

Pues tú, ¡oh Amor celeste
Que los espacios llenas!
Respiras en su seno
Y alientas en su ser;
El alma a su albedrío
Tiránico encadenas,
La gloria en sus pupilas
Me dejas entrever.

Y al contemplar atónito
Tu abrasadora llama,
Que al hombre lanza loco
Del ideal en pos,
Mi arrebatada mente
Con ansia te proclama
El ángel de los cielos
Y de la tierra el dios!

Julio de 1879.

LA ALBORADA

Todo reposa y calla;-la cumbre, el llano,
La campiña, el arroyo,-la fuente, el río;
La rústica vivienda-del hortelano,
La estancia perfumada-del caserío.

Duerme el valle y el bosque,-la noche llora;
Nada turba el silencio-de la montaña,
Y sólo se percibe,-lenta y sonora,
Del céfiro amoroso-la voz extraña...

Mas leves tintas bordan-el horizonte;
De la aurora despunta-la luz de rosa,
Y a su dulce destello-parece el monte
De musas y de genios-mansión dichosa.

Envuelven los espacios,-con áureo velo,
Del crepúsculo vago-tonos suaves;
La tierra se reanima,-despierta el cielo,
Y en sus nidos de pluma-trinan las aves.

Allá, sobre las olas-del mar en calma,
La góndola ligera-tranquila flota,
Acaricia el marino-sueños del alma,
Y sus alas extiende-la gaviota.

Erguidas en su tallo-muestran las flores
Las diademas de perlas-de sus corolas,
Y la cándida virgen-de mis amores
Reclinada en el lecho-descansa a solas:

Tal vez entre los sueños-de su alma inquieta,
De imagen misteriosa-la faz divisa,
Y a los vivos impulsos-de ansia secreta
Plega su bello rostro-dulce sonrisa;

Quizá los signos tristes-de penas hondas
En su hermoso semblante-quedan impresos,
Y en su cuello de cisne-velan las blondas
Un lunar revoltoso-que pide besos...

Los matices del iris-fingen mil soles;
Las auras sonoras-música grata;
Ígneas olas del alba-los arreboles;
Las bullentes espumas-cintas de plata...

¡Oh, alcázar encantado-luz del oriente,
Reflejos misteriosos-de la mañana,
Que no turban los rayos-del sol poniente

Ni los pueros cambiantes-de ópalo y grana!

Estático y absorto,-de gozo lleno,
Yo admiro vuestra hermosa-dulce armonía,
Y de la aurora al vago-fulgor sereno
Se mitigan las ansias-del alma mía.

En mudo arrobamiento,-fijos los ojos,
De placer embriagado,-loco os contemplo:
;Para amar del crepúsculo-los tintes rojos
Mi enajenado espíritu-conserva un templo!

Dejad que me embelese,-y anhele ardiente
Gozar por siempre el alma,-que ya os adora,
La gloria, a tur reflejos,-luz del oriente;
La paz, en tu regazo,-fúlgida aurora!

Marzo de 1879.

A LA PATRIA

Lívido el rostro, desgarrado el seno,
Marchito el esplendor de tu hermosura,
En triste oprobio y soledad sumida
La senda atroz del infortunio cruzas.

Perdido el lustre de tu insigne historia,
Roto el poder de tu grandeza augusta,
Ni al eco de los libres te levantas,
Ni el cetro de oro de tu gloria empuñas.

Cual dura roca que resiste inmoble
El fiero embate de la mar sañuda,
Menguada yaces en quietud eterna
De la revuelta Europa entre las luchas.

El monstruo audaz del fanatismo odioso
En tu seno clavó su garra aguda;
Dobló tu altiva soberana frente
El peso de su bárbara coyunda,

Y ante el genio caduco del pasado,
Que el muerto brillo de su faz oculta,
Postrada en servidumbre vergonzosa
La amarga hez de la ignominia apuras.

¿Quién calmará tus penas, Patria mía?
¿Quién, conteniendo tu febril angustia,
Disipará las lóbregas tinieblas
Que en tu negro horizonte se acumulan?

Gira en redor, estática de asombro,
De tus ojos la llama moribunda,
Y verás, de la ciencia a los fulgores,
De otros pueblos la próspera fortuna.

Sus ídolos cayeron; de las sombras
Rompió la Libertad la niebla oscura;
Ante el sol del humano Pensamiento
Del error los altares se derrumban,

Y al choque de sistemas prepotentes,
Que del Derecho la noción inculcan,
De la Razón al grito generoso
La luz de la Verdad irradia fúlgida.

Ya sacudiendo la servil cadena,
El hombre libre al porvenir saluda,
Y en su conciencia, templo sacrosanto,

Homenaje a su Dios noble tributa.

Ya el torpe yugo de poder cobarde
Rompe en pedazos, en contienda ruda,
Y la antorcha de nuevos ideales,
Faro feliz, la Humanidad vislumbra...

Tú sola, estacionada y soñolienta,
gimes llorosa y permaneces muda,
Y envuelta en los girones de tu manto,
Devoras en silencio tu amargura.

¿Dónde fueron tus inclitos varones,
Los altos hechos que tu historia ilustran,
el esplendor divino de tu nombre,
Tu osado genio y tu sin par bravura?...

Lóbrega noche tu horizonte cubre,
Callan dolientes tus risueñas Musas,
Y sólo se divisa fugitivo
El fosfórico brillo de las tumbas...

¡Oh, España; yergue tu cabeza altiva,
Y en germen muera la semilla inmunda
Que carcome tu seno ponzoñosa
Y cava tu funesta sepultura!

El férreo escudo inexorable abraza,
La voz severa del deber escucha,
Y el traidor pusilánime o protervo
Entre tu fiera execración se hunda.

¡Ah! Levanta tu frente profanada,
Derroca al monstruo que procaz te insulta,
El parche suene y el clarín guerrero
Y el tronante cañón vengue la injuria.

¡A la lid, españoles! El combate
Preste a mi lira vibración robusta,
Y yo también los ecos librades
Daré a los aires, que tu gloria anuncian.

"Iberia alzando su estandarte invicto,
A los pueblos diré, sedienta busca
En digna muerte o en bizarro triunfo
Su honra perdida y su grandeza pura.

¡Oh! ¡Qué presagio de su dicha sea
El limpio láuro que su sien circunda,
Y hundido en sombras el pasado infausto
Un nuevo sol en su horizonte luzca!"

LA INUNDACION

I

Allá en las hondas grutas resuenan las corrientes,
 Que extienden por los valles su cadencioso son;
 Escúchase a lo lejos la voz de los torrentes,
 Y al susurrar las auras y al murmurar las fuentes
 Parece que de júbilo palpita la creación.

Perfuman las campañas balsámicas las flores,
 Que guardan en sus cálices el néctar de la miel,
 Y en danzas caprichosas zagalas y pastores
 Olvidan sus afanes, conciertan sus amores
 Y ciñen a sus sienes coronas de laurel.

Los bosques de naranjos, los dátiles dorados
 Que ostentan las palmeras cubiertas de verdor,
 Los árboles que muestran sus frutos delicados,
 En la tranquila sombra de sotos y collados
 Ofrecen, abundantes, regalo bienhechor.

Del caramillo dulce la resonancia vaga
 Allá en las tardes óyese, con lánguida canción
 Que de la hermosa esquivada la vanidad halaga,
 Y del amante loco, que en su mirar se embriaga,
 Expresa la profunda frenética pasión.

Todo la dicha brinda; el panorama hermoso,
 Las tintas sonrosadas de nácar y arrebol
 Con que las nubes tíñense y el cielo esplendoroso:
 En las espesas selvas el eco rumoroso,
 Y en los espacios cóncavos el fulgurar del sol...

II

De súbito, se cubre de lóbregos crespones
 El éter, y avecinase la fiera tempestad;
 Elévanse a los cielos fervientes oraciones,
 Y de terror oprímense los fuertes corazones
 Y gimen angustiados el campo y la ciudad.

El ígneo rayo vibra flamígero y sin freno;
 La fértil tierra inunda la lluvia torrencial,
 Y entre el fragor horrible del pavoroso trueno,
 El aluvión rugiente, la tromba de agua y cieno
 Coléricos derraman su destructor raudal.

El noto zumba airado, y al ímpetu gigante
 De sus furiosas ráfagas, de su poder feroz,
 Descuájense los árboles, y rueda vacilante

El dulce hogar querido, del hombre nido amante,
Que arrastra entre sus hondas el huracán veloz.

En rauda remolino y en vórtice iracundo
Desciende por los montes horrisono el alud;
¡Parece que de espanto medroso tiembla el mundo
Ante su mole inmensa, que, aborto del profundo,
Semeja la ancha losa de fúnebre ataud!

Y sigue rebramando de la tormenta ruda
La bárbara pujanza, del cielo en la extensión;
Y a su violento empuje y a su presión sañuda
Se queda la campiña sangrienta, triste y muda,
Sembrada de cadáveres cial negro panteón.

III

¡Oh, caridad magnánima, emanación del cielo!
Tú, que del pobre huérfano mitigas el dolor,
Que del hambriento atajas el congojoso anhelo
Y alivias la miseria, la desnudez y el duelo
Con los preciosos dones de tu divino amor;

Contempla el cuadro tétrico que ante la negra fosa
Ofrecen esos hijos sin madres y sin pan,
La pena de la hermana y el lloro de la esposa,
Que trémulas saludan, como visión piadosa,
La imagen de la muerte que calmará su afán.

Ellas gozaron dulces las dichas placenteras
Con que feliz brindóles el nido de su hogar;
Mas extendió el torrente sus avenidas fieras,
Y fueron ya sus sueños fantástizas quimeras,
Cubriéndose sus pechos de luto y de pesar.

Los campos, que ofrecieron ayer sobre la tierra
Espléndidos y hermosos trasuntos del eden,
Hoy yermos y sin galas, con la borrasca en guerra,
El ánimo conturban, y pálido se aterra,
Ante su aspecto fúnebre, el corazón también...

Al indigente mísero y al triste desvalido
Socorre con tus dádivas ¡oh España! en su aflicción,
Y esplendoroso siempre, triunfando del olvido,
Dirás por donde quiera tu nombre bendecido,
Y latirá tranquilo tu noble corazón.

Octubre de 1879.

ELLA

¡Qué hermosa!... Al brillo de sus dulces ojos
 Se arroba el alma, de placer henchida,
 Y al tierno acento de sus labios rojos,
 Se disipan mis tétricos enojos
 E inunda el pecho misteriosa vida.
 El ángel de la cándida pureza
 Sus alas bate en su serena frente,
 Y en su divina faz radia fulgente
 El genio celestial de la belleza.
 En muda adoración de su hermosura,
 Admiro el sobrehumano
 Hechizo de su lánguida figura,
 Y su gallardo talle soberano.

¡Qué hermosa!... Ante la luz de sus pupilas
 Los astros palidecen;
 Del amor con las ansias intranquilas,
 Los mil encantos de su rostro crecen;
 Donosa luce en su nevada espalda
 La crencha sin rival de su cabellos;
 Y véñse ricos sus contornos bellos
 Y el pie menudo entre la breve falda.

¡Oh, imagen de mi amor! ¡Oh, cielo mío,
 Mujer divina de mis sueños de oro!
 ¡Rendido ante tus plantas mi albedrío,
 De mí te alejas, y mirarte ansío,
 Te vuelvo a hallar, y con pasión te adoro!...

Cuando en las noches del helado invierno
 El noto ruje y la tormenta estalla,
 Y el cielo extiende su crespón eterno,
 Y el mar no encuentra a sus furoros valla,
 Cerca de ti mi corazón palpita
 Con ritmo presuroso,
 Y contemplando tu semblante hermoso,
 Fuego santo de amor mi pecho agita...

Tu ser me brinda bienhechora calma,
 Tu voz exalta mi pasión ardiente;
 Tú eres el ángel que forjó mi mente,
 Tú eres la virgen que soñó mi alma.

¡Oh, ven a mí! De gozo enajenado,
 Loco de amor, henchido de alegría,
 Deslizándose el tiempo, vida mía,
 Sin penas ni dolores a tu lado,

Yo ceñiré tu frente nacarada
Con mis frescas coronas de poeta;
Yo te diré del alma enamorada
El dulce afán y la inquietud secreta.
Por ti las horas correrán suaves
Cual los mansos arroyos bullidores;
Por ti su cáliz abrirán las flores,
Y su regazo dejarán las aves
Lanzando trinos y cantando amores.
El aura arrullará nuestra ventura,
Y besará tus rizos,
Y al cruzar por el valle y la espesura,
Envidiarán los cielos tus hechizos!
Libres como los vientos agitados,
Y juntos cual los pájaros canoros,
Tú sentirás deleites ignorados,
Yo te daré de amor ricos tesoros...
¡Amor! murmurará blanda la fuente
Que en la honda gruta sosegada mana;
¡Amor! dirán el bramador torrente,
La blanca espuma de la mar durmiente,
Y la rosada luz de la mañana.

¡Y siempre de amor! Tus ojos divinales,
Donde la luz de la pasión fulgura,
Me prometen encantos celestiales,
Que alumbrará de amor la llama pura...

¡Oh, eternas dichas, que en mis vagos sueños
Placertero diviso;
Vuestros goces risueños
Me ofrecen en la tierra un paraíso!...

¡Alma del alma, cielo de mi cielo!
Esclavo de tu ser, que a amar provoca,
Vivir para adorarte es lo que anhelo,
Con frenético afán, con ansia loca.
Y si la Parca dura
Sólo entonces mis lívidos despojos
Deja en tus brazos de sin par dulzura,
Moriré bendiciendo tu hermosura,
Y abrasado en los soles de tus ojos!

Marzo de 1879.

LA REDENCION

I

Es eterno el dolor; su garra aguda
 Implacable y sañuda,
 Nuestro apenado corazón oprime.
 Domina altivo la agitada tierra,
 Y en perdurable guerra
 El hombre lucha y desfallece y gime.

II

En largas horas de mortal quebranto,
 Vuelve, deshecho en llanto,
 La vista al cielo, y su congoja estalla.
 Mas ¿quién responde a su afanar doliente?...
 El cielo indiferente,
 Sordo a sus quejas, enmudece y calla.

III

¡No hay salvación! Aunque su frente humilla,
 Y de su fe sencilla
 La ayuda anhela y el auxilio invoca,
 En vano clama con aargo acento:
 Su indócil pensamiento
 A rebelión abierta le provoca.

IV

Vacila, y de la duda en que se agita
 En su interior le grita
 La poderosa voz, que a sí le llama...
 sucumbe al fin, y entonces atrevido,
 Da el pasado al olvido,
 Y en arrebató amenazante exclama:

V

"¡Basta ya! Por la bóveda serena,
 De luz radiante llena,
 Que al mundo cubre con cerúleo velo,
 Mi espíritu vagó y sin guía,
 Buscando en su agonía
 Lenitivo al dolor y al mal consuelo.

VI

Yo vi, riñendo desigual combate
 Que al alma triste abate,
 Triunfante el vicio y la virtud vencida;
 Apuré del pesar hasta las heces,
 Y al cielo alcé mis preces
 Para calmar las penas de mi vida.

VII

¡Inútil todo!...Torpe simonía
 Y corrupción impía
 Profanaban las místicas mansiones;
 Y la ambición, la culpa y el pecado,
 Entre el altar sagrado
 Desataban sus miserables pasiones...

VIII

Giré entonces mis ojos, y doquiera
 Encontré por la esfera
 De la llaga social el cáncer hondo;
 La envidia, la ignorancia y los rencores,
 Bajo capa de flores.
 Sus batallas libraban en el fondo.

IX

Al lado del amor y la hidalguía,
 La negra hipocresía;
 Junto al candor, la tentación ardiente;
 Y en lucha el bien con la discordia fiera,
 Que por la tierra entera
 Alzaba audaz su victoriosa frente...

X

¡Sobre el caos sin luz de la conciencia,
 Como ángel de inocencia
 Cernía la Moral sus alas puras!
 ¡Pero el mundo, sacrílego y culpable,
 Con lodo miserable
 Salpicaba sus blancas vestiduras!

XI

En este universal relajamiento,
 Con aterrado acento
 -¡Señor, grité, la humanidad perece!
 ¡Conforta nuestro espíritu abatido,
 Y el orbe envilecido
 Su salvadora Redención empiece!

XII

¡Engañosa ilusión! silencio mudo
 A mi clamor agudo
 Respondió por doquier; de mi esperanza
 Rápida se extinguió la llama pura,
 Y soledad oscura
 Vislumbra consternado en lontananza...

XIII

Mas ¡ah! si el eco del lamento mío
 Perdióse en el vacío,
 Si huérfano me hallé de dioses lares,

¡No importa! ¡mis esfuerzos gigantes
Serán de mis deseos
Los verdaderos genios tutelares!

XIV

Dije, y alzando mis nervudos brazos,
Rodaron en pedazos
Los ídolos soberbios de mi culto:
¡Cesen-pensé- mis oblacones vanas!
¡de dichas soberanas
El germen llevo en mi conciencia oculto!

XV

De entonces, fija mi fecunda mente
en la próspera fuente
Del trabajo tenaz y fervoroso,
Hallé veneros de riqueza ignota,
De cuyos senos brota
De la ventura el manantial copioso.

XVI

A la luz bienhechora de la ciencia,
De la humana existencia
Investigué los móviles secretos,
Y adiviné del arte en la pureza
Raudales de belleza
A mi incansable inspiración sujetos...

XVII

¡Y he vencido! Las fuerzas destructoras
de la creación señoras,
No resisten el rayo de mi enojo;
Y el supremo vigor de mis inventos
Domó los elementos,
Que cedieron sumisos a mi antojo.

XVIII

Yo maravillas descubri pasmosas;
Yo en empresas briosas
A los hados vencí con mi pujanza;
Fueron mis leyes del infucuo freno,
Y ya, de gozo lleno,
Por la senda del bien el mundo avanza...

XIX

¡Oh, gloria a mi razón! ¡Loor divino
Al triunfo peregrino
De mi poder que la creación transforma!...
¡Y si aun la adversidad víctimas siega,
Mi valor no doblega,
Que ha de implantar la universal reforma!

XX

En luchas incesantes empeñado,
De mi espíritu osado
Yo seguiré los vuelos prepotentes;
Y a impulsos de mis vivas ansiedades,
En futuras edades
Realizaré mis sueños esplendentes.

XXI

Entonces lograré, libre de encono,
La dicha que ambiciono,
Con mis propios esfuerzos vencedores;
De la victoria ostentaré la palma,
Y lograré mi alma
La eterna Redención de sus dolores!"

Octubre de 1880.

EL LAGO

A ti

¿Lo ves? Ya agita mansos sus senos transparentes,
Ya riza sus espumas en círculos lucientes,
Y gime en los nenúfares con plácido rumor;
Parece que nos llama su regalado acento,
Y que al mover sus ondas el apacible viento
Murmura dulces quejas de apasionado amor.

En sus azules aguas la luna reverbera,
Bañando melancólicos sus rayos la ribera,
Que ofrece grata al ánimo tranquila soledad;
Perfuman el ambiente los fértiles jardines;
Rutilan las estrellas del cielo en los confines;
¡Naturaleza ostenta su augusta majestad!...

Olvida el vano vértigo de la ciudad lejana;
Desdeña el brillo falso que espléndido engalana
Sus fiestas ostentosas y sus placeres mil;
Unidos y enlazados transcurrirán los días
Y disfrutando ensiosos de puras alegrías,
Serás entre las flores la reina del pensil.

Al despuntar la aurora por el vecino monte,
Tiñendo sonrosada de luz el horizonte
Y dando a las campañas el beso matinal,
Recorreremos juntos los prados halagüeños,
Que brotarán al verte, lozanos y risueños,
Más rosas, donde estampes tu huella celestial.

Después, mirando fúlgido tras la cercana loma
Des astro-rey el disco, que por oriente asoma,
Las nubes matizando de grana y de arrebol,
Podrás, radiante siempre de espléndida hermosura,
Alzar tus bellos ojos, do la pasión fulgura,
Y avergonzar con ellos al luminar del sol.

Cuando la tarde llegue con sus celajes de oro,
Y se oiga de las brisas el murmurar sonoro
En la arboleda umbría y en el feraz vergel,
Bajo el ramaje espeso de la floresta hojosa,
Estrecharé tus manos con ansia deleitosa,
Y beberé en tus labios el néctar de la miel.

Y al apagar el día su luz en las alturas,
Hundiéndose en ocaso del sol las llamas puras,
Y al extender la noche su manto protector,

El lago cruzaremos en nuestra barca inquieta,
¡Y latirá tu pecho con emoción secreta,
Y sentiré yo inmenso deliquio embriagador!...

¡Ven ya! La nave aguarda y el lago se estremece;
Sobre su seno límpido la luna resplandece;
El alma que te espera consúmese de afán;
¿Lo ves? Todo, la onda que su cristal agita,
La luna que ríela y el alma que palpita,
Henchidas de impaciencia por recibirte están.

¡Oh! ven, ocuparemos la góndola ligera,
Surcando nuestra quilla, en calma placentera.
Del lago murmurante la móvil extensión;
Y al avanzar gallarda la nao triunfadora,
Saltando miraremos del agua bullidora
Mil peces que rompieran su nítida prisión.

Como tributo amante rendido a tu hermosura,
Y en el silencio grato del lago y la espesura,
Mi abandonada lira sus cuerdas vibrará;
Despierto al evocarlo mi numen adormido,
Yo cantaré tus gracias absorto y conmovido,
Y tu celeste imagen mi voz inspirará.

Tras ella resonando con eco misterioso,
Encantará el espacio tu acento melodioso,
Que incita a la locura y mueve a la pasión;
Y al modular, sentidos, tus lánguidos cantares,
Semejarás la bella sirena de los mares,
Que con su hechizo mágico subyuga el corazón...

En estas soledades ¡oh luz del alma mía!
La dicha que ambicionas y que tu pecho ansía
te brinda rebosando la copa del placer;
Y luego el verde sauce que crece en la ribera
Ofreceranos dulce su sombra lisonjera,
Al exhalar unidos el hálito postrer...

El lago agita mansos sus senos transparentes,
Ya riza sus espumas en círculos lucientes,
Y gime en los nenúfares con plácido rumor;
Su acento regalado parece que nos llama;
¡Oh! si tu ser es mío, si la pasión te inflama,
¡Ven, y tendrás tesoros de inextinguible amor!

NOSTALGIA

En vano el plectro mío
Quiere pulsar la lira resonante:
El alma se acongoja
Y enmudece la voz de mis cantares.

De la Patria alejado,
Las dichas que soñé miro distantes;
¡Y el corazón herido
Sólo por ellas venturoso late!...

Mi espíritu se apena
En estas infecundas soledades,
Que son para sus ansias
Prisión estrecha y tenebrosa cárcel...

En alas de los vientos
Yo anhelo presuroso remontarme,
Y ver, de gozo hechido,
El cuadro encantador de mis hogares.

Entonces contemplaré,
Del sol a los destellos fulgurantes,
El panorama rico
De mis nativos y adorados valles.

Las fértiles campiñas
De pompa llenas y de fruto grácil,
Que en la alborada alegran
Los blandos trinos de canoras aves.

El bullidor arroyo
Que se desliza por el ancho cauce,
O despeñado quiebra
Entre los duros riscos sus cristales.

Las fuentes sonoras
Que de veneros escondidos nacen,
Y derraman doquiera
Las linfas de sus claros manantiales.

Las rústicas cabañas
Que en sombra dejan los espesos árboles,
Y el arrayan silvestre
Que entrelaza y agita sus ramajes.

Las quintas, que caldean
Los recios troncos que entre llamas arden,

Y el humo vaporoso
Que eleva sus gallardas espirales.

Las risueñas colina
Donde murmura el céfiro suave,
Y la montaña enhiesta
Que desprecia los fieros huracanes!...

Al declinar el día
En los brazos cansados de la tarde,
O al extender su velo
La negra noche en los oscuros aires,

Yo viera el horizonte
Cubierto de purísimos celajes,
O estático admirara
De la luna los rayos vacilantes.

En móviles parejas,
Enlazados doncellas y zagales,
Prestaran con sus danzas
Grato alborozo al corazón amante.

Oyérase en los bosques
Dulce canción de misterioso vate,
Y el eco repitiera
su acento puro y sus sentido ayes...

Y en mi ciudad querida,
Albergue hermoso de celestes ángeles,
Donde la luz sonríe
Y cantan himnos los sonoros mares,

Mi mente se arrobará,
Y mi pecho oprimido y palpitante
Rompiera el nudo férreo
Que su antiguo vigor rinde y abate.

Allí cobrara forma
De mis ensueños la divina imagen;
Mis ansias de poeta
Allí lograrán su ambición constante!...

Mas hora entristecido,
Ni goces hallo que mi vida halaguen,
Ni vislumbro siquiera
Lejana dicha, en porvenir brillante...

Aunque el mundo agitado
Er. torno de mi ser sus ondas lance,
Cual los rápidos giros
De arrolladora y sin igual vorágine,

El alma indiferente,
En aislamiento mudo y perdurable,
Consúmese de tedio
Sin entusiasmo vivo que la inflame...

¡Oh Patria, de mi espíritu
Hechicera ilusión! ¡mil veces salve!...
¡Aparta de mis labios
Este de mi dolor amargo cáliz!

Miren ya tus recintos
Mis ojos fatigados y anhelantes;
Descubran tu horizonte,
Y de placer mi corazón estalle...

¡Tú eres la maga hermosa
Que con su encanto celestial me atrae,
Y en tu seno me esperan
Los dulces brazos de mi tierra madre!

A LA JUVENTUD

Alzad las nobles frentes, titanes de la idea;
Volemos al combate, corramos a vencer;
El sol de nuestra gloria brillante centellea
Y se hunden en el polvo los ídolos de ayer.

Lancemos a los aires en cántico potente
El grito soberano de santa rebelión,
Y aciame nuestro labio con ímpetu valiente
Por lébaro el progreso, por musa la razón.

No la sangrienta lucha que siembra muerte y llanto,
De las fragosas armas al bárbaro rugir;
La pluma es nuestro cetro, nuestra palabra el canto,
Y nuestro grito ardiente la voz del porvenir.

Cantemos las conquistas del siglo y de la ciencia;
La patria, el pensamiento, el bien, la libertad;
el yugo destrocemos que oprime la conciencia,
Y brille refulgente la luz de la verdad.

Pasaron las centurias de oprobio y tiranía,
Los hombres disiparon las sombras del error,
Y el genio que en sus senos recónditos yacía,
Lució con esplendente purísimo fulgor.

El torpe fanatismo que el alma envileciera,
Huyó cual los fantasmas horribos del mal,
Y el monstruo del pasado, que sueña una quimera,
Cayó, fiero y maldito, de su alto pedestal.

La mente humana, libre, señora de los mundos,
Las leyes de la vida constante descubrió,
Surcó, de gozo llena, los piélagos profundos,
Y en alas de la ciencia los cielos escaló.

Sus místicas plegarias en su desden olvida;
Ni el rayo le anonada ni teme su poder;
Y lucha, y retrocede, y avanza enardecida,
Y vence al fin, logrando sus ídolos romperr...

Oh! al ver las negras páginas del libro de la historia,
El alma se estremece, se oprime el corazón,
Y sólo contemplando del hombre la victoria,
Sonora el arpa vibra con alta inspiración...

Allí, de los esclavos llevando la cadena,
Mirámosle arrastrarse, desfallecer, morir;
Allí regar con sangre del circo vil la arena,
Y en lucha valerosa pujante combatir.

Allí de su calvario cruento los dolores
condenan del tirano funesto la maldad;
Allí de su ignominia los lúgubres horrores
Maldicen, silenciosos, tan bárbara crueldad...

Hoy, libre de las trabas de añejas sumisiones,
Al fin alzó su frente radiosa y varonil;
Y al grito poderoso de cien revoluciones,
dobló el esfuerzo ardiente de sus hazañas mil.

¡Camina!" dice el eco que escucha estremecido;
"¡Avanza!" su conciencia, "¡combate!" su razón,
Y ardiendo en vivo fuego, levántase atrevido
Y rompe de las sombras el lóbrego crespón.

Mas ¡ah! también la lucha sus fuerzas debilita,
También en la refriega desmaya su valor...
¡Oh, juventud valiente, generación bendita,
Conserva tú la llama de su divino ardor!

Implanta en las naciones el árbol del derecho,
Que a todos con sus ramas nos venga a cobijar;
De la justicia brille la luz, y el noble pecho
Por sus serenos triunfos comience a palpitar.

¡Ah! entonces, agitando tu enseña soberana,
Se agruparán los pueblos por siempre en su redor,
Y unida eternamente la gran familia humana,
Serán también eternas las leyes del amor!

Agosto de 1878.

¿QUIEN ERES?

¿Quién eres, blanca-paloma mía,
 Celeste imagen-de mi ilusión?
 ¿Quién eres, faro-de mi alegría?
 ¿Quién eres, llama-de mi pasión?...

¿Eres arcángel-del alto cielo,
 Eres sirena-del hondo mar,
 Sífide alada-de raudo vuelo,
 O tierna musa-de mi cantar?

¿Eres un sueño-de mi locura,
 Eres querube-fascinador?
 ¿Eres la estrella-de la ventura,
 Eres ondina,-pájaro o flor?

¿Tal vez aroma-de grata esencia,
 De luz divina-foco inmortal?
 ¿Tal vez fantasma-de mi existencia.
 Del alma acaso-bello ideal?

¿Quizá suspiro-que el pecho lanza,
 Algo impalpable-vago y sin ser?...
 ¿Quién eres, iris-de mi esperanza?
 ¿Cuerpo o espíritu,-diosa o mujer?...

Cuando en la noche-mi mente sueña
 Quimeras vanas-y ansias sin fin,
 Vislumbro absorto-tu faz risueña
 Y tus contornos-de serafin.

Mi pecho late-junto a tu pecho,
 Y nuestras almas-llenas de ardor,
 Unense y ligan-con lazo estrecho,
 Quédanse en éxtasis-embriagador;

Y en estos puros-de amor accesos,
 En estos raptos-del alma fiel,
 Oyense tenue-rumor de besos,
 Que siendo tuyos-saben a miel...

Si la campiña-mi planta huella,
 Y gime el céfiro-raudo y veloz,
 Pienso que escucho-de tu querella
 La palpitante-trémula voz.

Y si argentada-la luna brilla,
 Es tan vehemente-mi frenesí,
 Que con sus lampos-me maravilla,

Pues forjo en ellos-mirarte a tí...

Cual soles fúlgidos-radian tus ojos,
Do el alma un mundo-de hechizos ve;
Y me enloquecen-tus labios rojos,
Y me arrebatas-tu breve pie.

De tus mejillas-la tez rosada,
De tu figura-la majestad,
Los resplandores-de tu mirada
Y los encantos-de tu beldad,

Prendan y exaltan-mi fantasía,
Turban y aiteran-mi corazón,
Y te proclama-la lira mía
Suma y dechado-de perfección.

Eres más bella-que las huríes,
Eres tan dulce-como un panal,
Y de tus labios-cuando sonries
Mana la gracia,-brota la sal.

La linda trenza-de tus cabellos
Sobre tus hombros-luce gentil,
Y amantes besan-sus rizos bellos
Tu tersa espalda-de albo marfil.

La luz serena-de tus virtudes
Alumbra el caos-de mi razón,
Donde combaten-mis inquietudes
Con los anhelos-de mí pasión.

Yo te idolatro-con fuego ardiente,
Con vivo arrobó,-con hondo afán,
Y a ti atraído-mi ser se siente
De tus pupilas-por el íman.

Guardo en mi seno-tu efigie pura,
Que en él grabara-ígneo buril,
Y enamorado-de su dulzura,
Tributos ríndole-y ofrendas mil.

Allí recibes-ferviente culto
Y soberana-reinando estás;
Que allí ¡oh hermosa!-conservo oculto
El trono eterno-do siempre vas!...

Ante tus plantas-hora postrado,
Jurote ansioso-mi ciega fe;
¡De amor henchido,-y enajenado,
Mi vida entera-te adoraré!

¡Ah! no eres sólo-sombra querida,
Ni del espíritu-mera abstracción;
No eres luz móvil-aparecida
Como fantástica-fugaz visión.

¡No! Cuando el vértigo-del desvarío
Mi mente invade-loco y tenaz;
Cuando en el fondo-del pecho mío
Impresa llevo-tu amada faz,

No eres de un sueño-falsa quimera,
Ni un ser errático-y engañador,
Que tras los giros-de su carrera
Deja el vacío-desolador...

¿Quién eres, ídolo-de mi ternura,
Rico tesoro,-casta deidad?...
¡Eres... la reina-de la hermosura!
¡Eres... celeste-divinidad!

Eres la imagen-que me extasía;
De ti mi espíritu-va siempre en pos;
Que eres el alma-del alma mía,
Y eres mi oráculo-y eres mi dios!

Abril de 1880.

EL ARTE (1882)

I

El mundo gira en el espacio etéreo,
y de la luz en el fulgor se baña,
ya decline la tarde en Occidente
o ya despunte el resplandor del alba.

Puros celajes de doradas nieblas
en franjas de oro el horizonte esmaltan,
y ora murmuran los alados céfiros
o el noto zumba en estruendosas ráfagas.

Del mar inmenso las azules ondas
amantes besan las extensas playas,
que dique oponen a su espuma hirviente,
si ruje enfurecida la borrasca.

Cuando avanzan las sombras de la noche
melancólica, tímida y callada,
y tachonan las fulgidas estrellas
de los cielos la bóveda diáfana,

sus rayos vierte la argentada luna
sobre el móvil espejo de las aguas,
y allá semeja en el confín remoto
luciente disco de bruñida plata.

El ave forma su caliente nido
oculta de la selva en la enramada,
y alegre entona su canción de amores
con puros trinos de cadencia mágica.

La tierra entera de placer palpita,
ríe Naturaleza alborozada;
y todo en armonía se conciertra,
y un himno universal doquier se alza.

II

Mas ¡ah! que en torno de la dicha dulce
y en derredor de la ventura grata,
del mal funesto el genio maldecido
bate también las invisibles alas.

Del bosque inculto en la extensión umbrosa
salvajes crecen las arbóreas ramas,
que en íntimo tejido impenetrable
sus tallos vigorosos entrelazan.

Brotan pujantes los abrojos duros
del alto monte en la breñosa falda,
y coronan sus cimas gigantescas
con sus penachos de maleza brava.

Muge el torrente alborotado y suelto,
y el ancho río con furor rebrama,
sin que el cáuce refrene poderoso
su loco brío y su iracunda rabia.

De las fieras la indómita jauría
en las cavernas sus ruidos lanza,
y es en las noches del invierno helado
pavoroso terror de la comarca.

Lóbrego el cielo su horizonte cierra
si la tormenta fragorosa estalla;
el rayo audaz que de la nube surge,
vibra en los aires y en la tierra mata.

El hombre débil su cabeza inclina
bajo el techo de mísera cabaña,
que embravecido el huracán destroza
y que implacable la corriente arrastra.

Y en impotencia aterradora y triste
la pobre humanidad desamparada,
atravesada su vida lastimera
sufriendo penas y vertiendo lágrimas.

III

Entonces, se transforma el Universo;
el Arta luminoso se levanta,
y a su celeste aparición, el hombre
se redime del mal y la desgracia!

Va no admira tan solo en el crepúsculo
la soñolienta luz de la alborada,
que extiende en los espacios infinitos
sus vagas tintas de purpúrea grana.

Ni del sol a los vívidos destellos
se arroba ante el azul de la montaña,
ni el astro de la noche le embelesa
con los reflejos de su lumbre clara.

Ya no deleitan su agitado espíritu
los cantos mil de la pareja alada,
ni el murmurar de las sonoras fuentes,
ni los susurros de las frescas áuras.

Señor del mundo, de los hados vence
la airada furia y la terrible saña,
y del imperio de dolores rudos
con sus propios esfuerzos se rescata.

Del valle alegre en el frondoso seno
aspira de las flores la fragancia,
y el árbol secular sombra le brinda,
y dulce ambiente la aromosa planta.

De inútil pompa al vástago despoja
el filo agudo y destructor del hacha,
y del collado los espesos raudales
con mano fuerte y vigorosa arranca.

Del aluvión al resonante empuje
el muro opone de la férrea valla;
audaz acecha al animal dañino,
y le persigue en la valiente caza.

Con la atracción potente y vencedora
el fuego de las nubes arrebatada,
y las chispas flamígeras descienden
do el índice metálico las llama.

Artífice incansable y peregrino,
eleva en las llanuras sus moradas,
y si luchan los fieros elementos
allí de sus estragos se resguarda.

En los brazos robustos del progreso
el mundo sigue su perenne marcha,
y nunca inmóvil, con seguro paso
hacia el bien y la dicha se adelanta.

IV

El Arte brilla, y a su luz radiosa
el hombre perfeccionase y avanza;
doquiera extiende su gigante influjo,
allí de la cultura el sello marca.

En consorcio feliz, la ciencia austera
con el esfuerzo soterano enlaza;
renuévase la vida, rueda el tiempo,
y del planeta hasta la faz se cambia.

al vivo impulso de la nueva idea,
alientos cobra la existencia humana;
rómpanse las cadenas opresoras
que al siervo retuvieran en la ergástula;

palpita el corazón enardecido
por la imagen augusta de la Patria;
e impónese el Derecho venerando
a la fuerza tajante de la espada.

Sacude la Conciencia de su yugo
el peso abrumador que la infamaba,
fulguran la Razón y el Pensamiento
los ígneos rayos de sus puras llamas,

y al ímpetu glorioso de los siglos,
que ya la voz de la ignorancia acalla,
la bendecida Libertad del hombre
el universo intrépido proclama.

Como ruge el volcán bajo la sierra,
y en erupción atronadora salta,
lanzando por el cráter encendido
la materia candente de sus lavas,

así también la indignación del mundo
estalló prepotente y soberana,
y hundiéronse las torpes tiranías
y huyó el poder de la ambición bastarda.

No importa, no, que en tenebroso eclipse
se oculte el sol, que lucirá mañana:
¡los ténues lampos que el confín coloran
infunden halagüeñas esperanzas!

v

¡Ved! A la voz de Guttenberg sublime,
las negras sombras del error se rasgan;
la imprenta nace, y en el orbe entero
la pura luz de la verdad irradia.

Concibe Fulton su grandioso invento,
y el titan del vapor los mares salva
las ondas corta, las borrascas vence,
y el movimiento de la vida ensancha.

La soberbia y veloz locomotora
penetra de la sierra en las entrañas,
los valles cruza, y a los pueblos une
en su carrera impetuosa y rauda.

En sus hilos la eléctrica madeja
retiene y aprisiona la palabra,
que el rayo telegráfico conduce
y fronteras y límites traspasa.

Tiéndese el cable en los oscuros senos
del piélago profundo; las distancias
borra atrevido, y en abrazo estrecho
unidos ya, los continentes hablan.

Los hombres en la lucha se enardecen,
descubren, investigan y trabajan,
y auren istmos, perforan cordilleras,
y extienden vías, y jamás descansan!

VI

Las Artes bellas, su gallardo vuelo
remontan triunfadoras y preclaras,
y en altas y supremas concepciones
la gloria de los siglos agigantan.

Aureos cinceles, en el mármol duro
sus maravillas portentosas labran,
y a su golpe fecundo, de la piedra
perfecta brota la soberbia estatua.

Asombro son de los absortos ojos
las obras peregrinas de la plástica,
de la tosca materia vencedoras
y al conjuro del genio modeladas.

En líneas inmortales, sobre el lienzo
el valiente pincel sus joyas traza,
que ornán del templo las augustas naves
o adorno son del opulento alcázar.

Puras y hermosas, las risueñas musas
del sacro Pindo en las alturas vagan;
vibran las cuerdas de divinas liras
y un himno excelso y melodioso cantan.

Resuenan las celestes armonías
y blandos ecos de inspiradas arpas,
y murmuran con plácidos concertos
de sus rítmicas notas las cascadas.

Rugen y se desbordan las pasiones
del drama altivo en las jornadas trágicas,
y álzanse de la escena las figuras
que el casco ciñen y el coturno calzan.

Vierte el tribuno su elocuente arenga
de entusiasmo purísimo impregnada,
y el fuego patrio en su oración palpita
y oyen su voz las muchedumbres ávidas.

¡Las artes todas sus creaciones juntan
como amantes solícitas hermanas,
y sus triunfos egregios y supremos
la historia escribe en sus eternas páginas!

VII

¡Oh! ¡Gloria al Arte, que grandioso y rico
los horizontes del saber dilata!
¡A su calor vivífico, los hombres
eras de dicha sin igual preparan!

Doquiera alienta la serena vida,
allí su timbre victorioso graba:
¡ni las negras catástrofes sangrientas
los resplandores de su luz apagan!

El espíritu ansioso, que agitado
jamás sosiego ni deleites halla,
en sus puras esferas celestiales
con encantos ignotos se embriaga.

El es sonrisa de los altos cielos,
y de la mente inspiración galana;
él es raudal donde afanoso el mundo
su sed ardiente de belleza sacia.

¡Loor inmenso a su poder divino!
¡Gloria a su nombre y a sus obras fama!
¡El arte es inmortal, y en sus regiones
se transfigura y engrandece el alma!

APENDICE VI: ANTONIO LEDESMA HERNANDEZ

CANUTO ESPARRAGO (1903)

"Cinco años habían transcurrido. Canuto, después de brillantes ejercicios, obtuvo su título de Licenciado en Derecho Civil y Canónico, y la casa de Don Primitivo estaba de gala, para festejar la reválida del joven aprovechado...

!Qué transformación en la familia de los Espárragos, y en los destinos de Miralmar! La casa de Don Primitivo saliendo de su oscuridad y modestia y volviendo a aquellos tiempos en que la representaban Señores de horca y cuchillo, Conquistadores de villas y Alcaldes de Casa y Corte, y aquella humilde población recibiendo una lluvia de beneficios del Gobierno de S. M., por medio de su hijo predilecto, de Canuto, o por mejor decir, de Don Canuto, o más propiamente dicho todavía, del Excelentísimo Señor don Canuto Espárrago y Palomar.

Bien necesitaba Miralmar el empuje de aquel hombre nuevo. A pesar de la condición indolente de sus moradores y tal vez por eso, unos cuantos se habían dado buenas mañas para acaparar la cosa pública y se iba de mal en peor, como de toda España decía el Penitenciario de Granada. En tiempos de Isabel II, Don Primitivo, que era un moderado de tomo y lomo, recordaba haber vivido como en una balsa de aceite. Las monedas de cinco duros corrían a granel y no se encontraba cambio de ellas, porque en todos los bolsillos entraban a puñados; los napoleones sólo valían diez y nueve reales; en el Ayuntamiento eran Concejales las personas más acomodadas y decentes; Alcalde se nombraba a algún señor de campanillas; los pillos no se codeaban con los hombres de bien; los ladrones iban a Ceuta y los asesinos a la horca sin remisión, y si los moros derribaban nuestro escudo, hacíamos una gloriosa guerra de Africa, acuchillándolos hasta echarlos de Tetuán, y si se nos tosía en América, mandábamos una escuadra, no importa si de barcos de hierro o de madera, pero sí con marinos de bronce, que bombardeaban el Callao en un periquete y apagaban los fuegos de los cañones enemigos, a tres mil leguas de la patria.

Después vino la gloriosa revolución de Septiembre, y aquello fue una cena de negros. Cuatro ilusos formaron las juntas revolucionarias; se nombraron Gobernadores de las provincias a escribientes y matachines. En Miralmar fueron personajes notables, uno llamado Pedro el Burro, y otro apodado Gabrielucho, que llevaban siempre gorras encarnadas y sables de milicianos nacionales; se declararon en cantón muchas ciudades; fue Presidente de la República un filósofo huero, que cuando el golpe de estado se encerró en un retrete, para dejar pasar el chubasco, y que luego quiso recurrir contra las bayonetas al Tribunal Supremo de Justicia. Este mismo campanudo y hueco patricio,

deshonró nuestra bandera declarando piratas a los barcos revolucionarios que la paseaban por el mar, y alguno de los cuales llevaba aún las señales gloriosas del combate del Callao; y en medio de tantos desastres, huyó el dinero, se perturbaron los negocios, se aumentaron las contribuciones y por poco se lo lleva todo la trampa. No pararon aquí los males. Hecha la Restauración, para meter en cintura al país, entró con tan mal pie que se formaron dos partidos: uno acaudillado por el Excelentísimo Señor Don Antonio Vitroque, personaje infatuado y atento solo a asegurar el Trono y a satisfacer su personal orgullo, y otro regido por Don Mateo Tirabeque, antiguo miliciano de los del morrión, hombre listo, pero sin cultura, que no había leído en su vida más que chismorreos políticos de periódicos, que siempre amenazaba caer del lado de la libertad para que le dieran la breva del Presupuesto, que no creía en Dios ni en los derechos individuales, y que se granjeaba el aprecio de palacio con sus marrullerías.

Estos dos hombres funestos habían formado cada cual en torno suyo un ejército de ambiciosos, de mayor y menor cuantía, y organizado un turno de quitate tú para que me ponga yo, y viceversa, con sus respectivas mesnadas. Plana mayor de Ministros; plana menor de Subsecretarios, Directores Generales, Gobernadores y empleados de alta categoría, ocupaban los casilleros preferentes de cada grupo. Luego venía otra ristra de caciques, uno para cada provincia, y algunos que tocaban a dos o tres; adjunto a ellos figuraba el encasillado de Diputados y Senadores respectivos de cada situación, incluyendo en él los nombres de los de oposición convenidos de antemano y casi inamovibles; y con toda esta red y la Gaceta y los empleos y el Gobernador de cada provincia a las órdenes del cacique respectivo y cada cacique al habla con el Ministro de la Gobernación y éste con el Presidente del Consejo, España quedó sometida a fortiori a una era feliz de mangoneo de los yernos, primos y parientes, allegados y favorecidos de Vitroque y Tirabeque, alternando pacíficamente en el disfrute de los Presupuestos.

Este sistema repercutía en Miralmar. Allí el cacique puesto por Tirabeque era el padre del zahareño Paco: un hombrecillo desgredado, tosco, sin ilustración ninguna, de la más baja estofa de los políticos del país; pero atrevido como pocos, que era lo que servía a Tirabeque para sus planes.

Baltasar, como le llamaban los que le conocieron en su humilde condición de mandadero; Don Baltasar, como le decían los que, o no se acordaban, o no querían acordarse de su pobre origen; el Excelentísimo Señor Don Baltasar, como debía llamársele al fin por su Gran Cruz, se había hecho rico en la política, sirviendo de correveidile entre personajes influyentes de la Corte. Allí fue a dar con sus zancas y se las ingenió de modo que, de uno en otro, logró llegar a la casa del mismo Don Mateo Tirabeque, quien le hizo Diputado y cacique y amo de

Miralmar.

Esto es lo que no podía resistir Don Primitivo: la intrusión en los altos puestos de gentes que no tenían conquistadores de villas en sus árboles genealógicos, ni más árboles que las higueras de los caminos. Eso era la invasión de la canalla; el desbordamiento de la Inclusa sobre los pergaminos. Un mandadero mandando en Miralmar, representaba el mundo vuelto del revés.

De todo ello se hablaba en la tertulia del ex droguero; de que Baltasar (pues allí no se le daba tratamiento) había puesto nuevos Concejales; de que había hecho riza de empleados; de que había traído un Juez de su devoción y un Fiscal hechura suya; de que el Gobernador era también su misma persona; de que ya había completado a su gusto la Sala de Magistrados, para el juicio oral recién establecido; de que Tirabeque le había escrito una carta de su puño y letra, felicitándole por las elecciones municipales: en suma de que no se movía, sin su soplo, la hoja de ningún árbol de la provincia.

Pero Don Primitivo, que rabiaba y pateaba viéndose postergado con sus amigos, porque no había querido transigir con el mandadero, lo fiaba todo al empuje de Canuto, que de seguro derribaría aquello de un soplo y haría volver las cosas a su cauce.

Para eso le enviaba también a la Corte; para explicar a Tirabeque aquel desbarajuste; para amenazarle, si era preciso, con un escándalo en el Congreso, sobre los fondos municipales repartidos en Miralmar como pan bendito, los fantásticos arreglos de calles en que no se daba golpe, las escandalosas expropiaciones que no llegaban ni en la mitad a los expropiados, y aquella corrompida administración en que desaparecían de la Casa del Pueblo hasta las alfombras y los sillones curules.

Canuto estaba bien penetrado de todo ello. Veía a su ciudad natal y su provincia toda sufrir el yugo insoportable de aquel hombre insignificante, inculto, que sabía mal leer y peor escribir. Notaba que los señorones de posición y merecimientos estaban arrinconados en sus casas; que la nobleza miralmareense fraternizaba con el pueblo, deseando sacudir aquella tiranía, y se poseyó plenamente de su papel de Redentor."

("El Redentor" Tomo I, págs. 158-156)

"Salomón recibió a Canuto con toda pompa y solemnidad. Era aquel un hombre alto, moreno, algo encorvado, como por el peso de graves ideas, con la frente despejada, la nariz aguileña, la barba negra entre cana, cortada en punta, las cejas arqueadas y espesas, los ojos salientes y el pelo erizado a modo de puerco espín. Hablaba con tono enfático, con acento algo afrancesado,

por sus largas excursiones transpirenáticas, y procuraba dar a sus palabras la gravedad y el tono sentencioso de las apoteogmas. Aparentaba sencillez y modestia y era la soberbia personificada; quería pasar por un apóstol y era un sectario; por un filósofo y era un poseído; por un obrero de la inteligencia, demócrata y filántropo, y su vida y sus costumbres y sus maneras eran las de un burgués bien avenido con todos los desequilibrios sociales.

Su casa resultaba no ya cómoda sino lujosa. Despachos confortables, ricamente alfombrados, comedor suntuoso, con grandes sillones y hermosa chimenea, a cuyo grato fuego se frotaba las manos, meditando en las altas cuestiones del mejoramiento de la clase obrera; mesa espléndidamente servida, a que no faltaba nunca media docena de amigos íntimos que comiesen con el oráculo y escucharan sus sentenciosas disertaciones, y en fin, tertulia agradable, al amor de aquel templado salón en que se comentaban los sucesos políticos del día, o se rendía adulación perpetua por los concurrentes a la persona de aquel Santón de la Puntilla y a su invencible maza, con que trituraba en los tribunales o en el Congreso o en las academias al que se ponía delante, aunque fuera el mismísimo Vitroque.

El fuerte de Salomón era la Filosofía; allí no había quien le pudiera. Era Abogado per accidens, porque la Metafísica no daba dinero en España, pero filósofo por esencia, porque él solo y algunos de sus iniciados poseían aquel profundo secreto de decir las cosas sin que nadie les entendiese. La palabra tenebrosa era la clave de todo su poder metafísico, y tal vez por eso les llamaron Los tenebrudos a él y a todo su séquito y a los prosélitos de su escuela. Tres divinidades había que reconocer y venerar para entrar en aquella orden de la alta logomaquia: las tres que exigía Sócrates reconociera y adorase Estrepsíades en la comedia de Aristófanes: el caos, las nubes y la lengua; el caos para sumergir el pensamiento en él, las nubes para envolver en ellas las ideas, la lengua para traducir el caos en nubes y convertir el discurso en un caos sorprendente.

Hablar como Dios y la gramática mandan era un signo de vulgaridad, que hacía a cualquiera indigno de pertenecer a la secta de Los Tenebrudos. Salomón descendía de su tripode para perorar alguna vez así, ante los Tribunales, por temor de que no le entendieran y de perder el pleito; pero no dejaba de mezclar, aún entre sus más claras oraciones forenses, algún párrafo tenebroso, algún concepto caótico; de poner en la limpidez de su palabra alguna nube tonante, que dejara atónitos y confundidos a los oidores.

Hasta los criados de la casa estaban iniciados en los misterios de aquella palabra sibilítica, para poder atender a sus mandatos. El ser, el no ser, el yo, el no yo, lo inmanente, lo trascendente, lo que se da er mi condicionándome, el dualismo lógico; el ser uno y total, que no puede relacionarse consigo

mismo sino como idéntico, el imperativo categórico, y otras frases por el estilo eran allí moneda corriente.—Traeme ese no yo, decía al garçon que servía la mesa, señalándole el queso de gruyer, y el muchacho lo entendía y servía en el acto.—No tienes imperativo categórico, exclamaba enfurecido contra la doméstica que rompía un plato de la vajilla. Te falta lo inmanente, decía regañando a su ayuda de cámara. En fin, cuando sus servidores cambiaban de amo, ya no comprendían el castellano, ni los entendía nadie.

A la tertulia concurría la crema del racionalismo tenebroso y del republicanismo filosófico escuálido. Ascárides, especie de lugarteniente de aquella cruzada contra la sintaxis; Gonzalo, el más psicológico de los discípulos; Antón, el tenebrudo más melancólico; Demetrio, un naturalista ocupado en coleccionar almejas y que era en aquel centro la nota científica; y entre varios náufragos del deshecho bajel de la República, el famélico Lope, Subsecretario de la presidencia in illo tempore, soñador impertérrito de barricadas y gorros frigios, que le devolvieran el Edén perdido de su edad paradisiaca.

Todos quemaban sus granos de mirra y aloe en el altar del Pontífice. Ascárides le reconocía superior en tenebrosidad y descoyuntamientos sintáxicos; Gonzalo afirmaba que nadie ahondaba como aquel cerebro, donde parecía funcionar la barrena de un pozo artesiano; Antón le reverenciaba como a un derviche; Demetrio confesaba que valía más que sus famosas colecciones; Lope se le agarraba a los faldones, como a un profeta, y todos se asombraban de la gran obra que Salomón pensaba escribir sobre altos asuntos filosóficos, obra que tenía inédita allá en los rincones de su masa encefálica, y de la que sólo se sabía que, como suya, debía ser admirable. Era la única obra que había compuesto en su vida; la obra maestra de su genio.

En el seno de aquella secta cayó Canuto, como gallina en corral extraño. Desde sus primeras palabras notaron los contertulios que aquel joven hablaba en castellano y esto les desilusionó. Creíanle un catecúmeno de la iglesia en que comulgaban, y era un mortal adocenado; solamente, a decir verdad, Salomón que le había oído el brillante informe de marras, le dispensó su estima, aunque torciendo el gesto como quien dice: 'lástima de joven, no iniciado todavía en nuestros misterios de Eléusis'."

("Los Tenebrudos" Tomo I, págs. 205-210)

"Eran los días luctuosos. A las ciudades españolas de las costas y a Miralmar entre ellas, arribaban los negros barcos de vapor, con las banderas a media asta, cargados de espectros y moribundos. Se les veía desembarcar en los muelles, a racimos, tambaleándose, amarillos, flacos como esqueletos, y caer en

camillas y furgones, y ser llevados a hospitales y sanatorios, con los uniformes de rayadillo destrozados, los pies descalzos y los ojos muertos. Las madres, los hermanos, las prometidas, las gentes todas en tropel abrazábanse a ellos entre gemidos, y les seguían, lanzando contra sus verdugos tremendas maldiciones.

-!Madre! decía el que podía balbucear algunas palabras, !si no hemos peleado! !si nos han consumido de hambre y de vergüenza, y nos han entregado vilmente..!

-Yo vengo de Santiago, exclamaba otro. Hubiera querido morirme allí y no ver tanto sonrojo. !Ah! pero con Vara de Rey nos batimos bien! !Es lo único que nos dejaron hacer, antes de la entrega!

-Yo estaba en Manila, exclamaba el de más allá; no teníamos nada, ni cañones montados; así se nos entró la escuadra yanqui, como Juan por su casa, y destrozó nuestros barcos de madera vieja.

-Ibamos en el Colón, contaba otro: buen crucero; pero sin su artillería gruesa, sin carbón, sin municiones casi. Cuando nos mandaron salir, sabíamos que era a la muerte, y fuimos. !Canallas! los enemigos no pelearon: incendiaron y destruyeron a mansalva, con bombas de melinita. Por primera vez oíamos que hubiera esto.

De los trasatlánticos seguían saliendo masas de repatriados, cadavéricos y haraposos, y los que no cabían en los hospitales y asilos de la Cruz Roja, ni tenían familias que les recibieran, después de escoltados por las muchedumbres, se desparramaban por los caminos, con los pañuelos atados a las cabezas febriles, pidiendo limosna de puerta en puerta y de cortijo en cortijo, para poder llegar a sus hogares.

El sol de España, siempre espléndido, parecía cerrar los ojos para no mirar tanto desastre. Durante aquellos meses lúgubres, la bandera de la patria dejó de flotar, y si se alzaba en algún día señalado, colgaba como un pingajo, muerta y descolorida, avergonzada de su derrota.

Tirabeque se había retirado, viendo que era un escándalo continuar rigiendo al país, como si nada hubiera sucedido. Con su alejamiento temporal daba una satisfacción aparente a la opinión pública; buscaba un paréntesis, y después ya tendría ocasión de volver muy orondo, purificado de toda culpa, y con todo un programa de regeneración.

Vitroque no existía: sustituyóle en el turno la daga florentina de Velisla, en maridaje con la espada de Bernardo. Ambas mantuvieron el orden o mejor el desorden durante un par de años; en que por un lado asomaba la reacción su bonete, por otro

la revolución su gorro frigio, por allá el separatismo su barretina, por acá su boina el carlismo; menudeando los motines en las calles, las protestas en los mítines, los cierres de tiendas en las poblaciones, las huelgas en los talleres, el desasosiego en todas partes, y las cargas de caballería en algunas.

Demasiado poco era eso para la magnitud de la derrota sufrida.—"En mis buenos tiempos, decía Tirabeque, no hubiesen quedado ni los rabos." Pero de tal modo se había adormecido al pueblo español con opio de democracia y libertad engañosas, tanto se le había acostumbrado a mirar impasible ultrajes y depredaciones, que por el mayor desastre de su historia sólo estallaba en inocentes algaradas.

Había que meditar despacio en aquella guerra y aquella debacle, en pocos meses sobrevenidas. Si hubiésemos tenido estadistas, no nos hubieran sorprendido con las manos vacías, mientras nuestro adversario venía armado hasta los dientes. La historia de nuestras rebeliones de Cuba, el asunto del Virginius, todo avisaba a nuestros hombres de gobierno que teníamos al enemigo en acecho desde luengos años; pero a Vitroque sólo le importó asegurar y mantener la restauración y aquella Constitución interna salida de su caletre, y a Tirabeque seguir su mangoneo, su farsa liberal y su politiquilla de campanario, con su Baltasar en Miralmar, y toda su red caciquil extendida por la Península.

Cuando llegó el conflicto nos encontró solos, por la estrechez de miras de nuestros dos hombres de estado; solos como espárragos, en medio de una Europa egoísta y de una América ambiciosa, y además de solos inermes: porque no habíamos construido, como pudimos y debimos en aquel cuarto de siglo, una escuadra y que íbamos en un periquete a derribar a cañonazos, en la propia Nueva York, la estatua de la Libertad iluminando el mundo; cuando nuestros pobres barcos, de sencillo blindaje, sin carbón, sin municiones y hasta sin su dotación de artillería, no podían afrontar ningún combate con la armada americana, ni menos a las puertas de su casa y a dos mil leguas de la patria, debiendo forzosamente perecer bajo el fuego enemigo.

Un solo hombre del partido de Tirabeque vió claro el absurdo de aquella guerra y se opuso en Consejo a su declaración: el único de altas miras; pero de tal suerte se había extraviado a la opinión pública con los falsos datos de nuestras fuerzas y recursos bélicos, que no pudo resistir con éxito a la decisión de sus compañeros y hasta peligró su seguridad personal, por sus consejos pacíficos. Después, ni se estimaron sus advertencias, ni se apreció su sacrificio; pero la Historia le hará justicia, culpándole solamente de que con sus talentos, con sus clarividencias, con sus grandes ideas y con su palabra, se hubiese supeditado a Tirabeque; si bien es cierto que, organizado

por quién podía el carro de la gobernación del Estado con las dos únicas e invariables ruedas de Tirabeque y Vitroque, nadie que se hubiese puesto por delante habríase librado de revolcones y atropellos.

Aquel hombre hizo una maravillosa ley de autonomía para la colonia rebelde; pero, cuando llegó ya era tarde: porque el pueblo norteamericano quería a todo trance su presa e inventó todos los imaginables pretextos para venir a un rompimiento. Cabían dos soluciones: el arbitraje y el abandono. Cualquiera de ellas hubiese sido mejor que la lucha; pero Tirabeque pensó que con el abandono se venía la ruina de la monarquía y prefirió la ruina de la patria; como que aquello le dejaba fuera del turno del poder, que era la mayor desventura suya y de sus amigos, y esto ya se arreglaría, siguiendo iguales organismos en funciones.

Se fue pues, a la guerra, por un temor pueril, por una ceguera inaudita, y se fue sin fe, sin esperanza, con el solo propósito de disparar cuatro tiros y hacer la paz enseguida; pero no se calculó lo caro que nos había de costar este duelo a primera sangre, como lo calificaron entonces; este vergonzoso simulacro, como fue realmente. La cuestión, según Tirabeque decía para sí, era perder a Cuba de modo que se le echara la culpa a la fatalidad, al destino, a la suerte adversa de las armas; para eso era la guerra. El pueblo no podría decir así, cuando nos quedásemos sin la colonia, que se había abandonado por culpas o errores de los gobernantes: hasta el honor nacional estaba salvado. Pero no se quería la guerra de verdad: porque esto también podía dar al traste con la monarquía y la sabia organización de los partidos del turno: de suerte que había que conciliar ambas cosas e ir a una guerra de puro compromiso, de mentirijillas, a que nos hiciesen una cortadura que nanase alguna sangre y darnos enseguida por vencidos. De tal modo quería Tirabeque llevar sus artes sutiles y maquiavélicas hasta lo más sagrado: el honor del país, la vida de sus hijos y nuestra existencia como nación.

No calculaba que la guerra no puede supeditarse a esos convencionalismos: porque hay un enemigo que pega, que se crece con el achicamiento del adversario, y que, fuera ya de todo estado de derecho, impone su fuerza y con ella sus caprichos y sus exigencias, las más lesivas. Ibamos, por salvar accidentales intereses, a comprometer, pues, los más grandes; a caer como liebre en las garras de águila caudal, fiando en su magnanimidad; y claro, así fuimos despojados, no de Cuba tan solo, sino de Puerto Rico y de todo nuestro imperio de Oceanía, después de ser maltrechos y vapuleados, y ni el honor se salvó siquiera: porque hubo que embotellar nuestra pobre escuadra en Santiago y dejarla destruir, y rendir todo nuestro ejército sin pelear casi, y aquello fue un sonrojo.

Pero el plan le salió a Tirabeque en todo lo demás: porque

el régimen político, con su turno impar al poder, continuó tan famoso; e inútiles fueron las tentativas del señor Tomillo y Mejorana para crear un tercer partido, para destruir las viejas ruedas de aquel gubernamentalismo, en que precisamente él había colaborado con Vitroque, aplastando al país. El señor Tomillo era un orador parlamentario temible; pero todas sus artes se estrellaban contra la resistencia del poder moderador. Quería éste que no se hiciese alteración en los antiguos moldes, y perorar en contra era machacar en hierro frío.

Así que, adjudicada a Velisla la herencia política de Vitroque y perturbada España con aquellas semillas de regionalismo, que sembró como remedios, tornó Tirabeque a rebullirse y a pretender el mando, vestido al parecer de limpio y con un nuevo programa regenerador. Con su teoría de que del desastre ocurrido todos éramos responsables y a él le tocaba sólo una diecisiete millonésima parte de la culpa, no tardó en volver a los Consejos de la Corona el que confesaba poco ha que, en otros tiempos, no le hubiera quedado ni el rabo para contarle."

("El desastre" Tomo II, págs.109-115)

LA NUEVA SALIDA DEL VALEROSO CABALLERO D. QUIJOTE DE LA MANCHA
(1905)

"Sorpresa lector: voy a darte algunas razones para justificar mi atrevimiento de sacar a D. Quijote de la fosa, donde dijo Cervantes quedaba 'imposibilitado de hacer tercera jornada', y si no te convences y me absuelves, yo al menos dejo con ellas aligerado el peso de mi culpa, y mi conciencia tranquila.

Primeramente te haré saber que soy un enamorado como pocos del Ingenioso Hidalgo, y lo que suele acontecer a los que sienten grande amor, que es copiar la efigie del ser amado, sin presumir de pintores, eso me sucede a mí; que sin facultad para tanto, he sentido invencible obsesión por sacar redivivo al protagonista de ese libro inimitable.

De niño leía sus hazañas, persuadido de que no eran pura novela; creía a D. Quijote de carne y hueso (de más hueso que carne), y a Sancho Panza también, aunque al contrario (de más carne que hueso); seguía sus figuras a través de los manchegos campos; veía en las ventas, que aquel imaginaba castillos; oía sus encretenidas pláticas; acompañábales con afán en sus aventuras, y dolíame, cuando llegaba al final, de que mi amado héroe muriera tan presto, cuando yo le juzgaba destinado a vida inmortal, como los semidioses.

¡Cuántas veces después, joven, al emborronar mis cuatillas, continuando en aquella pasión, traté de resucitarle y de hacerle enristrar su lanza! ¡Cuántas, hombre ya, enfrascado en las luchas de la vida, eché de menos, entre la cobardía y vileza de nuestras gentes, aquel caballero noble y valeroso, para renovación de nuestros ideales y regeneración de nuestra raza!

Pensé que, de vivir Cervantes en estos días, le hubiera sacado él mismo de la tumba, compuesto sus huesos y colocado en su esqueleto la armadura, y enviándole a combatir a los modernos mandrines y a desfacer los nuevos agravios; que tal vez hubiera en él encarnado el genio antiguo español; que acaso habríansele ofrecido, como símbolo de la nación que conquistó el mundo, al lado de los Sancho que nos perdieron

Con estos pensamientos, no he considerado violación de la voluntad de Cervantes, sino más bien interpretación extensiva de su ánimo, componer una Nueva Salida de su héroe a las maravillas de nuestra civilización y al contraste de nuestras miserias; pero aguardaba, antes de intentarlo, que otros lo hicieran con más autoridad, arte y donosura.

« Visto que todos callan y dejan enterrado al caballero, como si nada tuviera que hacer en nuestro siglo y en nuestra España, yo en este tercer Centenario de su aparición, que hoy se celebra, he llamado a las puertas de su sepulcro y le he despertado atrevidamente de su modorra, para que se aice y vea lo que hemos perdido con ese sopor de tres siglos, y, a fuerza de imaginar nuevas locuras, nos diga verdades, nos preste alientos y nos infunda esperanzas.

Si esto es vituperable, arrostro la censura; pero quiero antes de me demuestre que Cervantes, de existir, vería mejor a su valiente campeón muerto y comido de gusanos, que vivo y animoso, ejerciendo sus nobles oficios.

Por la mutación de los tiempos no puede tener mi obra, ni era conveniente que tuviese, igual tendencia y pensamiento que la excelsa de que arranca; que ni yo hubiera ganado nada con ello, ni Cervantes en su siglo pudo presumir y abarcar las cosas de éste.

Le tomo solamente prestado su personaje: porque repito que lo creo de esencia inmortal; mas, al traerle al escenario de nuestra época, todo es nuevo ya para él, y por el prisma de su exaltado cerebro pasan las nuevas luces, esparciendo diferentes colores.

No he tratado de imitar tampoco, ni podría, el bello y copioso estilo cervantesco, aunque he querido que D. Quijote conservase algo de su deajo y manera de decir, para que no sea, según el aforismo de Aristóteles, otro hombre diferente. De su genio y condición, sí he procurado no se desprenda; así como tampoco de su figura.

A los que a pesar de las grandes dificultades de hacer una Tercera Parte del Quijote, sacándole en nuestros días, denigren mi libro por sus defectos, de que no puede carecer, les repetiré, con el loco de Sevilla: ¿pensarán vuestas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? Y para los que, no obstante mis excusas, no quieran ver disculpa a mis faltas en la sanidad de mis intenciones, pediré a Dios que les ayude en las suyas.

Libre soy como el viento; creyente como ninguno en lo inmortal del Valeroso Hidalgo, no por su rico lenguaje, que es forma y accidente; sino por su alta y humana representación, que es fondo y sustancia. A esto me atengo para traerle hoy al palenque. Cervantes creó un paladín tan solo para acabar con los libros de caballerías; pero le resultó de envidia y bríos para matar muchas cosas más de aquel tiempo, de los presentes y de los futuros. No hay, pues, que imaginar otro para hoy: sino que aquél se levante y prosiga sus empeños, que quedaron, mejor que acabados, suspendidos allá donde su autor quiso.

!Cosa rara! es un luchador que triunfa a fuerza de fracasos; cada caída suya es una victoria; sus golpes y molimientos resultan redentores sacrificios; sus idealismos ridículos le ennoblecen, y como el Fénix fabuloso, de sus cenizas, álzase siempre glorioso de sus derrotas. Es un loco cuyos ímpetus son necesarios en el mundo; un cerebro desequilibrado que le da un elemento de equilibrio; fuerza dinámica del espíritu que rompe la estética quietud de la materia. Yo al menos así lo entiendo, y veo a la humanidad retratada por sus dos caras, en ese D. Quijote alanceando molinos de viento, y en aquel Sancho Panza comiendo requesones en el yelmo de Mambrino.

Cada nación se envanece con un loco de esos, creado por el Arte, como fermento espiritual de la vida. Llámense Hamlet en Inglaterra, Fausto en Alemania, D. Quijote en España: suprema Trinidad de la locura, en que descuella el Hidalgo Manchego por su más feliz concepción; por ser menos metafísico; más humano y altruista. Hamlet nada resuelve, sino la venganza de la ultrajada sombra de su padre; el problema del ser o el no ser lo deja intacto. Fausto nada consigue para la humanidad harta de inútil ciencia, con su nueva vida pasional, sino el desencanto y el hastío: D. Quijote, desfacedor de agravios y enderezador de entuertos, tampoco logra su ideal, siempre derribado en tierra, molido por yangüeses o apedreado por Ginesillos; pero marca más seguramente a los hombres el camino del deber y del amor, de bien social y de la justicia.

Porque estos ideales son eternos, D. Quijote es imperecedero; porque son de todas las naciones y de todas las gentes, es también cosmopolita. Resucitándole, pues, no le doy vida que no tenga; ni haciéndole concebir aspiraciones patrióticas y otras altas ideas humanas, le infundo sentimientos que no aliente.

En el siglo XVII quedó sin ese total desenvolvimiento su espíritu. Ayudando a que gérmenes que en él latían, y que entonces no pudieron desarrollarse, fructifiquen, habré completado su evolución, sin poner más que el impulso.

No obstante estas exculpaciones, me presento voluntariamente a ti !oh lector y juez! como reo de desacato. Veo tu ceño adusto, adivino tu hostilidad, y reconozco que es delito mi intención; pero fío en las circunstancias eximentes o al menos atenuantes que me asisten. Sólo te pido que, para juzgarme, no me leas a medias, que si así lo hicieres, mi causa estaría perdida; y espero que no seas demasiado justo, por aquello de *summum jus summa injuria*, sino que uses conmigo de la equidad a que llamó Justiniano *justicia dulcore misericordiae temporata*.

Y ahora al libro, y plegue a Dios te agrade saludar de nuevo al buen Alonso Quijana, y seguirle en sus novísimas empresas, en medio de la España del siglo XX, tan mudada de la que él dejó cuando el sol no se ponía para su corona ni para su genio, y

asombraban y cautivaban al mundo, a la par su espada y su pluma!

(Prólogo, págs. I-V)

"Habrás visto, amigo, cuan silencioso y meditabundo estuve largo rato, mientras tú disponías de apacentar esas caballerías, como buen escudero. Pues has de saber que es por un recuerdo y un remordimiento que me acometen y que han de variar forzosamente nuestra ruta. ¿No te asombró que al salir de la fosa preguntase por todos, por ama y sobrina y cura y bachiller y no por Dulcinea? ¡Ay! lo más cerca del corazón es lo que suele estar más lejos de las palabras. En mis ímpetus por cumplir la promesa que te hice de ese imperio de Andorra, dejé pasar por alto otra primera y sagrada obligación, que es y estimo ser ir antes de nada al Toboso y avistarme con Dulcinea, a la que no veo tanto tiempo há, y pedirle la venia para todas mis empresas de esta última salida y recibir algún talismán suyo, que me ponga a cubierto de encantamientos y asechanzas. Porque, si por falta de este talismán, que bien pudiera ser un anillo como el de Angélica, que la trocaba en invisible cuando quería, soy víctima de las malas artes de aquel sabio Fristón mi enemigo, y a la mitad de nuestro camino hacia el populoso imperio de Andorra me convierto en piedra negra o en pájaro, adiós entonces tus esperanzas y mis esfuerzos, y bien puedes despedirte hasta otros trescientos o tres mil años de verme a tu lado. Es, pues, obligación mía y conveniencia tuya, que volvamos a desandar lo andado y tomemos el camino del Toboso, y entremos en aquel lugar y nos hagamos anunciar por el enano del castillo, donde llora Dulcinea involuntarias ausencias mías, hasta ser conducidos a su estancia recamada de oro y pedirle piedras preciosas y arrodillarnos a sus pies y pedirle su beneplácito y ayuda.

Mi señor D. Quijote olvida, respondió Panza contrariado y puesto en sobresalto, que su señora y mi dueña D. Dulcinea del Toboso debe de estar, como todos los demás seres vivientes de hace trescientos años, hecha polvo o con los huesos mondados cuando menos, en cualquier nicho o fosa común. Y tampoco he visto yo castillo alguno en el Toboso, ni enano que pueda anunciarnos, y por ende vamos a perder los pasos y el tiempo en busca de cosa imaginaria.

!Qué ideas te saltan en ese desdichado magín!, dijo D. Quijote poniéndose en pie. ¿No sabes que los caballeros andantes son consustanciales con sus damas y que éstas y ellos siguen la misma suerte? Pues si yo he tardado trescientos años me ha estado esperando Dulcinea, llorosa y acongojada, ignorante de mi suerte. Cinco esperó Isabel de Segura la vuelta de Marsilla, y quinientos le hubiera aguardado de ser él armado caballero y haber caído por tantos siglos en cautiverio. Con más y es que, mientras todo cambia y envejece para los demás mortales, las damas de los caballeros se conservan hermosas e incorruptibles. Con que así apresta los caballos y marchemos a prisa al Toboso; que yo te haré ver el castillo que no viste y el enano en que no reparaste

y la sin par hermosura de Dulcinea, en la que no han podido hacer injuria los años ni los desabrimientos.

Obedeció Panza, muy presuroso; pero, por no desandar lo que anduvieron, dijo a su señor que el camino del Toboso era aquel que seguían, y que pronto llegarían a él, yendo en línea derecha, sin más que torcer un poco a la salida del vallecillo. Creyólo D. Quijote, porque hacía harto tiempo que estuvo una vez allí, y al falso Toboso se encaminaron, pensando Panza que para satisfacer el antojo de su amo cualquier lugar con que topasen era bueno y cualquiera moza garrida le parecería, como en otro tiempo, Dulcinea.

Estrechábase el valle y estaba rematado por una montaña, donde había un túnel, por el que pasaba el ferrocarril a la otra parte de la estrechura, y andando Babiaca dificultosamente entre las malezas y no más desembarazadamente la mula vieja con sendos caballeros, llegaron a aquel túnel y vió D. Quijote aquel temeroso y oscuro hueco y asomándose, alargando la cabeza y empinándose sobre los estribos dijo a Panza:

Por lo que veo hay dos caminos para llegar al Toboso: uno fácil, pero largo, rodeando este cerro; y otro intrincado, peligroso y oscuro, pero más corto, entrando por esta sima. Eso suele acontecer a los caballeros andantes, encontrar tan diversas vías, cuando van en busca de sus damas, y es que ellas les ponen a prueba: porque, si eligen la más larga y fácil, es que son cobardes y les tienen desamor, y si la más corta pero espantable, es que a todo se atreven en su valentía, por llegar antes al objeto de sus ansias. Cúmplenos, pues, echar por este agujero para acortar la satisfacción de mis anhelos, pues esta debe ser la sima de Cabra, donde Casildea de Vandalia ordenó entrar al Caballero del Bosque; y vamos a ello, que el Toboso debe estar a la salida de ese antro.

Panza que tal oyó comenzó a mesarse los cabellos y a dar grandes gemidos, temeroso con razón de que, al entrar, por allí con las caballerías, pasase algún tren e hiciera tortilla a caballos y caballeros.

!Párese Usía y no entre por amor de Dios! gritaba a D. Quijote. !Mire que ese es un túnel y el tren que por él pasa no atiende a razones y nos arrollará y partirá en pedazos tales, que no serviremos ni para embutidos! !Oigame a mí, que Usía no conoce eso, ni es de su época!

Pero D. Quijote sin escuchar advertencias espoléó su rocín y entró de odado, teniendo que seguirle Panza, al que no le llegaba la cami a al cuerpo.

!Ande de prisa, señor; suplicaba éste: por los clavos de Cristo, que esto es más que temeridad!

Calla, hombre, decía D. Quijote, que tienes el corazón de mantequilla. Mirame a mí cuan sereno voy por esta oscuridad, y si viene ese monstruo de que me hablas no doy por él una paja; como quier que de un golpe de mi lanza lo dejaré herido y moribundo. Así hizo Perseo con aquella serpiente que iba a devorar a Andrómeda.

Oyóse lejos el silbato de la locomotora y Panza no pudo más; presa del terror, taconeó a su mula, Babiéca más avisado que su dueño sintió también el peligro y corrió a la salida, y echando a la derecha de la vía ambos, deslumbrados por la luz a que asomaron, oyeron otro silbido más próximo, que hizo volverse con su palafrén a D. Quijote.

La vía formaba una gran curva a la salida del túnel; así que el caballero estaba fuera de ella, creyendo aguardar de frente al enemigo y embrazando su adarga, enristrando su lanza y afirmándose en los estribos, esperó la embestida del monstruo, que ya rugía furiosamente.

Al minuto pasó la locomotora arrastrando sus vagones, ante el asombrado caballero. Espantose Babiéca, saltando hacia atrás y derribándole en tierra cerca de los railes, y cuando D. Quijote se levantó valerosamente echando mano a su espada, para luchar con el monstruo cuerpo a cuerpo, ya sólo quedaba una larga cinta de negro humo que flotaba y se desvanecía en el aire.

¿Sabes, Panza amigo, dijo emocionado, que jamás he visto más espantable dragón en el mundo? Fuego echaba por sus fauces, humo por sus narices, terribles resoplidos daba, furiosamente retorcia sus anillos y su cola, volando vertiginoso; pero ya viste cuan velozmente se echó a un lado sin atacarme, convirtiéndose en esa nube negra, para escapar del filo de mi espada. El espanto de Babiéca tiene la culpa de que yo no le haya rematado aquí. Ya le buscaremos de nuevo por esos montes, donde debe tener su guarida, que parece horadar con sus poderosas uñas.

Rece Usía por haber salido con bien del trance, dijo Panza: porque sólo un milagro divino le ha salvado, y yo le ví ya partido en dos pedazos sobre el tajo de esas barras de acero, de las que cayó cerca.

!Partido en dos dices! no me conoces, exclamó el de la Triste figura. Pero, aunque así fuera, pudiendo tú poner los dos medios cuerpos míos bien acoplados, de modo que cada hueso y arteria se correspondiese, y untándoles un poco del bálsamo que te dije, volverían a componerse y pegarse como si tal cosa y quedaría en disposición de pelear de nuevo contra ese dragón; mientras que si tengo la suerte de atravesarle por donde haya la piel más fina, o le parto en dos mitades, él no tiene compostura posible.

Al contrario, Señor, objetó el escudero; a él lo componen cuando lo há menester y le echan piezas nuevas, y a Usía no habría fragua en que arreglarlo. Y Panza contó a D. Quijote lo que era el dragón aquel, y cómo llevaba en su vientre pasajeros y mercancías; de lo que el caballero quedó altamente asombrado, pero no convencido.

Bueno que Jonás hubiera estado tan horondo en el buche de una ballena, que al fin era solo y único; pero que cupiesen dentro de aquella serpiente con alas tantos viajeros y bultos y equipajes, sin ser hechos papilla dentro de su estómago, y depositándoles sanos y salvos luego, en el punto de llegada, eso se le resistía. Porque, no había duda: aquello no era una máquina inerte, tirada por caballerías, ni por bueyes, ni por elefantes; sino un ser vivo, que volaba por sí solo, respiraba y resoplaba y silbaba y rugía a su antojo.

Señor, añadió panza: como Usía viene de un siglo tan atrasado, no comprende esta maquinaria. No la entiendo yo más; pero lo que me sé es que es máquina y no monstruo, eso que echa fuego por los ojos y humo por las narices, y que sirve para llevar muchos vagones de viajeros y mercancías, y que dicen está movida por caballos de vapor.

¿Lo ves, Panza? exclamó D. Quijote; eso de los caballos de vapor lo aclara todo: porque, si fuera ese reptil gigantesco alguna serie de carros tirados por caballos naturales, no serían de vapor éstos, sino de carne y hueso; y pues son de vapor, son cosa sobrenatural, vaporosa y mitológica, como aquel caballo Pegaso. Déjame a mí, que yo buscaré a ese monstruo en su madriguera, que creo debe estar soterrada y profunda, y allí donde no pueda escapar pelearé y le cortaré la horripilante cabeza, aunque sea como la de Medusa. Tú la has de ver echando en mi mano los últimos chorros de sangre, con los candentes ojos apagados y dando los últimos resoplidos de humo, y a Dulcinea la llevaremos, para que quede más prendada aún del valor de su temerario caballero.

En esto divisaron un pueblecillo lejano, que dijo Panza ser el Toboso, y D. Quijote, dando un largo suspiro exclamó:

Tenemos delante la tierra de promisión, ¡oh Panza! y traigo a la memoria aquel bello canto del Tasso, en que describe a Jerusalén contemplada desde excelsa parte por Godofredo de Buillón: caundo dice que descansa en dos collados de desigual altura; que un valle la parte y la muestra eminente; que tiene por tres lados difícil cuesta y que del costado que tiende hacia Boreas la defiende altísimo muro. Mirala igual y digna de ser cantada por otro poeta sorrentino, con más que en esta se halla Dulcinea, lo que la ilumina y avalora.

Panza callaba, a fuer de hombre resignado, esperando ver cómo se las compondría su amo para mostrarle el castillo y el enano y a Dulcinea, allí donde no había nada de esto; y así caminaron largo trecho por la monotonía de aquel campo.

Atardecía cuando se iban aproximando, y veíanse ya distintas las primeras casucas del pueblo; pero de pronto D. Quijote aprestó el lanzón, sujetando por las riendas a Babieca, para asegurarse mejor, y dijo a Panza.

¿No ves ahí, entre la neblina, esos seis o siete gigantes muy adelgazados pero altísimos, que a nosotros vienen en fila, y aquellos otros que asoman más lejos por el collado? Pues esos sí deben ser verdaderas avanzadas que mi enemigo me presenta, para que me atajen el paso al ya próximo Toboso, y vencerles y derribarles hé, para tenerlo franco y abierto, y que pueda Dulcinea mirarlos tendidos y sin vida, desde los ajimeces de su torre. Y dirigiéndose a ellos a grandes voces añadió: 'Ya os conozco fementida canalla: no escaparéis con vida'.

No veo tales gigantes, respondió Panza, ni cosa alguna que se le parezca; ni nada hay sino aire y nieblas que se espesan con la caída de la tarde y la vecindad de la noche.

Pues si tú no los ves, porque tus ojos no te alcanzan, yo los tengo de Argos y penetro en la oscuridad, replicó el de la Triste figura, y te digo que, no uno ni dos, sino seis y más gigantes son los que van alargándose y adelgazándose, para hacerse más invisibles y sorprendernos, rodearnos y cautivarnos. Tú estate ahí, que verás cómo los deshago en un abrir y cerrar de ojos; que éstos no parecen tener ruedas veloces, ni caballos de vapor, como los otros.

Dicho eso, dio de espuelas a Babieca, el cual con el escozor echó a galope, y llevando Don Quijote la lanza en el ristre, fue a chocar contra el primer enemigo, que le hizo un gran desollón en la pierna y derribó a Babieca; pero, levantándose el caballero, arremetió con su espada al adversario, que parecía mantenerse a pie firme; hasta que, viendo no le hacían mella los tajos, abrazóse a él para ahogarle y le zarandeó y le hizo dar en tierra con estrépito, cayendo también los otros dos inmediatos que le seguían; lo cual, visto por D. Quijote, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Acude, Panza amigo; vencidos son y en tierra estos gigantes desaforados, y el pie tengo puesto sobre la cabeza del primero, que he de cortarle a cercén!

Acudió Panza, al trote dificultoso de su mula, porque sólo había visto en la distancia y oscuridad el forcejear de su amo, sin distinguir cuál sería su adversario; pero apenas llegó al sitio, comenzó a dolerse amargamente.

¿Qué ha hecho Usía, mi Señor D. Quijote? le dijo. Más le valiera no haber salido de su ataúd, que acometer esta empresa. Mire Usía que esos no eran tales gigantes, ni guerreros puestos en avanzada; vea que son palos del telégrafo, que sirven para sostener los alambres por donde corre la electricidad, y que es cosa prohibida tocarles y delito el derribarlos: porque corta y destruye la comunicación de las estaciones.

D. Quijote que nada comprendía de este lenguaje, insistió en que aquellos largos y enflaquecidos cuerpos, tendidos por su valeroso empuje, eran de gigantes verdaderos; o que si no, sería artificio y traza de los Fristonos que le mudaban el ser de las cosas; pero Sancho le mostró los aisladores de porcelana y los alambres que los unían, por los cuales, al caer un poste, habían venido a tierra con el tirón los otros dos, y le explicó que aquello era un medio de mandar noticias, con una cosa invisible y muy sutil que por esos hilos corría, y que así en un segundo se decía desde Cádiz a la China, por ejemplo, todo lo que se deseaba.

Dígame, respondió D. Quijote, lo que hube de decirte de los caballos de vapor. Cosa es esa fantástica y sobrenatural: porque sale de los términos del humano poder y de los naturales resortes de la materia; de modo que, por lo que veo, hay porción de monstruos, duendes y gigantes, que han venido ahora a vivir a la tierra, para hacer esas fazañas y que la tienen por suya. Pero ya has visto cuán poco les aprovechan sus artes mágicas, cuando son conmigo en batalla.

Lo que he visto, Señor, interrumpió Panza es que ahora será con nosotros la Guardia Civil y nos conducirá maniatados a la cárcel más próxima, si averigua que es Usía el que ha conseguido esa victoria.

¿Qué Guardia Civil es esa, preguntó D. Quijote, que tan incivilmente ha de tratarnos? La Santa Hermandad no será: porque si por cuenta de ella corrieran hoy estos asuntos, seguro estoy de que no a mí, sino a los fautores de esos embolismos y diabluras de los alambres y de esa electricidad que dices, les hubiera dado caza y acusado de brujería. Pero si tan trocadas están las cosas ahora, vé qué podemos hacer para que esa Guardia Civil no nos interrumpa nuestro camino; que yo soy hartamente respetuoso de la autoridad y no he venido al mundo para negar al César lo que sea del César.

Lo mejor es, respondió Panza, que no entremos ahora en el Toboso, donde muchas gentes nos verán y darán indicios de poder ser nosotros los autores del desaguisado. Torzamos a la derecha, Señor mío, y apartémosnos de los lugares y proximidades de esos gigantes difuntos; que ya oírás Usía hablar de ellos y los verá otra vez en pie, apenas se note que no corre la electricidad por

sus hilos rotos. Mire Usía aquella hoguera que denota majada de pastores, que desde aquí se parece; abordémosla para pasar la noche, como Dios quiera, y por El le suplico no diga Usía nada de esta aventura; sino cuente si quiere las otras dos de las ruedas sùtiles y del monstruo de fuego y humo, para que los pastores no den el cante a la Guardia y nos estropée el plan de nuestra visita al Toboso, preliminar de la conquista de Andorra.

Cedió D. Quijote, a quien el desollón de la pierna, ya enfriado, dolía más de lo regular, y andando cosa de media hora llegaron a la majada."

("De la plática que de sobremesa tuvieron D. Quijote y Panza y demás cosas que ocurrieron después." Libro I, cap. IV, págs. 35-44)

"La entrevista fue cordialísima entre D. Quijote y la Emperatriz del Toboso, que llegó a la hora en punto señalada, magníficamente vestida, con su estrella de brillantes sobre la frente y su sonrisa inefable en los labios.

Alzad, valeroso caballero, dijo al de la Triste figura, que como siempre le rindió acatamiento hincando la rodilla. Ya he sentido los efectos de vuestras proezas maravillosas, y de haber dado cima a las tres empresas que el viejo del desierto de Sahara me ponía por condición. Nueva estoy flamante y rejuvenecida, tal que todo lo del patagón me ha parecido una pesadilla tétrica. Hasta aquello del hijo nacido de mí lo creo una fábula.

D. Quijote se estremeció, pensando si podría ser un nuevo y temeroso obstáculo para sus ansias el descubrirse que él se había comido la tercera parte del hijo de su dama; pero, consultando al Nigromante sobre el caso en un momento en que aquella salió a traer un valioso regalo para su campeón, enterado de todo, aquél le descubrió que no y que el cabrito desollado por Tragaldabas era una mera figuración fantasma, de los muchos que suelen forjar y presentar como realidades los encantadores.

Recibid, dijo Dulcinea a D. Quijote, volviendo con un estuche, estas insignias de la más alta orden de mis Estados; y abriendo la caja de terciopelo y raso, echó al cuello del caballero una cadena de oro con muchos dijes y zarandajas, que solían llevar las damas a la sazón, y en que había un cuernecito, una calabacilla y un borreguillo del mismo metal. Es el toisón de oro, añadió; y D. Quijote lo recibió como la más alta merced de aquella soberana Señora.

¿De modo, preguntó ella, que ya está hecha la unidad ibérica; que ya es nuestro Gibraltar, y todas las naciones americanas de origen ibero también forman con nosotros una gran confederación de Estados hermanos?

Completamente, respondió D. Quijote; y refirió a Dulcinea y al Nigromante cómo llevó a felice fin aquellas al parecer difíciles conquistas, unas veces con la diplomacia, otras con la espada y otras con el discurso. Ahora, Señora mía, le suplicó, espero ver colmadas mis ansias y que os dignéis conceder ya a vuestro cautivo caballero la mano y el corazón.

Este vuestro era, es y será, dijo Dulcinea; mi mano va tras él como corderilla. Sea el señor Nigromante testigo de nuestros esponsales, y pues él tiene las órdenes sacerdotales recibidas, aunque está algo retirado de la Iglesia porque no le hicieron Obispo, él mismo bendiga aquí nuestra unión.

Pues lo queréis lo haré, exclamó el Nigromante con tono solemne; e instándoles a arrodillarse, les recitó algo que parecía la Epístola de San Pablo, les pidió el sí respectivo, y les echó las bendiciones.

Quijote, dijo Dulcinea; pues que ya eras mi esposo y Emperador consorte de mis dominios, nada quiero sin ti hacer ni disponer en ellos, y lo primero en que te pido consejo es en si hacemos al Sr. Nigromante primer Ministro, o mejor Canciller de nuestro Imperio, sin que su condición sacerdotal sea obstáculo; puesto que ya tuvieron igual categoría en Francia Richelieu y Mazarino, y en España el Cardenal Jiménez de Cisneros.

Altos méritos, dijo D. Quijote, lleva contraídos el Sr. Nigromante para ese elevado cargo; cuanto más que conviene a un Imperio que su Canciller posea esa oculta ciencia de la nigromancia, que todo lo conoce y escudriña, para dirigir mejor la nave del Estado y precaverla de escollos; pero ya sabes Dulcinea las corrientes de opinión que hay en estos días y dirían los enemigos del Estado, al ver un ordenado in sacris de Canciller, que te habías entregado en brazos del clericalismo.

Tiene razón V.M., dijo el Nigromante, y de grado me quedaré no más que como confesor de la Emperatriz.

Eso es diferente, respondió el caballero; por más que vuestra tarea de confesor será sencilla, porque sabiendo todos los sucesos por medio de esa ciencia oculta, en cada instante podéis tener conocimiento de los pecados de la emperatriz, sin ella declararlos, y, con absolverla de cuando en cuando, se simplifica la operación.

No tal, objetó aquél; que el bien de la confesión no está en eso, sino en la humilde declaración de las culpas y el propósito de la enmienda, y faltarían estos esenciales elementos.

D. Quijote lo reconoció, como buen cristiano, y el Nigromante quedó con este cargo de director espiritual.

Otra cosa me ocurre consultarte, Quijote mío, dijo Dulcinea; y es qué organización daremos a nuestros reinos: si me declararé Reina absoluta, o constitucional, con Ministros responsables de mentirijillas y Cámaras de sempiterna charlatanería.

No me hables de Constitución, replicó Don Quijote, que en mis tiempos no se estilaba eso y todo iba a maravilla. El Rey ha de ser Rey, responsable él mismo ante Dios, ante la Historia y ante su pueblo de los actos de su poder y de sus decretos soberanos. No hay más que dos maneras de gobernar útiles y verdaderas: o esa, o la del pueblo mismo, haciendo las leyes por sí y rigiéndose por sí propio, como en la República de Atenas. Fuera de ello, todo es mentira y farsa; y esa república ilustrada y no representativa, de gobierno directo del pueblo por el pueblo, no será conveniente todavía, mientras haya tantos Tragaldabas en tus dominios. Entonces D. Quijote contó lo acaecido con su tercer escudero, y dijo que el primer decreto que esperaba refrendase su consorte la Emperatriz era el de mandar ahorcar a Bartola.

Así lo haré, dijo ella, y servirá de ejemplar castigo.

Será justicia, espondió D. Quijote, y ahora pasemos a otro asunto.

Ya sabes por lo que te he contado, que nuestro hijo el futuro Príncipe de Asturias, es el prometido de la Princesa Beatriz. Hay que mandar una embajada extraordinaria a Portugal, a pedir la mano de esa Princesa al Rey su padre, y debemos escribirle una carta autógrafa, si te place.

Dulcinea asintió placentera, y la concordia de voluntades de los regios cónyuges, en aquellos primeros negocios, dijo el Nigromante que era prenda segura de paz y de prosperidad para la Nación.

Acabados por aquel día los asuntos interiores, trataron de los exteriores, o sea de las relaciones que convenía mantener con los pueblos. Y Don Quijote opinó que con Portugal, hecha la unión no debía haber sino unidad de gobierno, de administración y de leyes; pero con gran libertad de régimen municipal para todas las ciudades; pues aun en tiempo de los Césares romanos, existía esta vida libre de los municipios. Las Américas y Filipinas debían gozar de autonomía; gobiernos suyos, administraciones suyas, leyes peculiares de sus usos y costumbres; pero dependencia con la Metrópoli, para la guerra y la paz, y la gloria y el poder de la gran familia hispano-colonial. Respecto a colonias atrasadas, como las africanas y otras de Oceanía, opinó por un régimen tutelar. Y con todas las naciones extranjeras aconsejó paz y armonía, para que el carro de la civilización no se atascase ni volcara.

Ahora, añadió el caballero, como si lo tuviera vivo y en la edad de la razón a su lado escuchándole, quiero dar a mi hijo algunos consejos. Tú, hijo mío, estás llamado a regir este Imperio colosal, que recompuse y que era de mis mayores. Te lo encuentras rehecho casi todo, incluso la formación de la gran familia ibero-americana. La noble obra de tu reinado debe ser la unión de las varias familias latinas, para que esta gran raza no se vea privada de su glorioso cetro en la cultura del mundo. La raza latina debe sentirse y reconocerse, juntarse y amarse, y tú has de ser el campeón de esta idea, proponiéndola a los demás pueblos en algún Congreso, como yo hice con los de América española. Procura que algún poeta te haga alguna gran oda, alusiva al asunto, y con ella tendrás andada la mitad del camino; que la poesía es suave voz que en las almas se introduce. De todas las familias latinas, la nuestra es la mayor y la más extendida. Sin embargo, si todas quieren hacer de Roma su Metrópoli, y firmar las paces en sus altares, no te opongas; que ella es la más antigua de la raza, y la que a eso tiene más derecho.

Permítame V.M. una interrupción, dijo el Nigromante, y es que sin duda no ha caído en la cuenta de que ahora Roma es la capital de Italia, porque perdió el Santo Padre el dominio de ella y de todos sus Estados Pontificios, en tiempos de cierto Rey galanteador de doncellas, que se atrevió hasta con la cúpula de San Pedro. Siendo esto así ¿qué se hará con el papa, y qué papel jugará en estas bodas de los pueblos latinos?

El las consagrará dijo D. Quijote; pero como no será conveniente ir a romper ahora la unidad de Italia, ni dejar a ese Pontífice prisionero en una iglesia, ni en un palacio, aunque éstos sean San Pedro y el Vaticano, le darán todos los pueblos otros nuevos Estados Pontificios, para que desde ellos gobierne con independencia la Cristiandad, y serán tales que no los rehusará ciertamente, y se habrá realizado otra aspiración histórica y cristiana de esos pueblos, que se levantaron un día a la voz de Pedro el Ermitaño.

¿Cómo? exclamó el Nigromante curioso de saber esta quimérica solución.

Sencillamente, añadió el caballero. Reconquistarán esos pueblos el Santo Sepulcro, y de todos los Sagrados Lugares, en mal hora dejados en poder de gentes infieles, se harán los nuevos Estados del Papa, poniendo la Cátedra de San Pedro al lado del Monte Calvario, del Huerto de las Olivas y de los más memorables parajes de nuestra Redención. Palestina, arrasada por las guerras y las desidias, florecerá de nuevo. Suntuosos templos se alzarán en ella; ciudades portentosas y cristianas surgirán. Inmenso número de peregrinos afluirá a Jerusalén, y la voz del Vicario de Cristo resonará, como si fuera la del Mártir mismo del Gólgota, extendiendo su influjo por el mundo. El Cisma griego se acabará;

se reconciliarán las dos iglesias de Oriente y de Occidente, y las herejías de Lutero, Calvino y demás vi es reformadores, quedarán aisladas, retorciéndose en la impotencia, con la cabeza como la serpiente del Paraíso aplastada por el calcañar de la Iglesia católica.

El Nigromante, a pesar de sus burlas, no pudo menos de quedar admirado ante aquel portentoso soñador, que recomponía pueblos y razas, y arreglaba a su placer la labor futura de los siglos.

No os admiréis, prosiguió el caballero, viendo la estupefacción del confesor de la Emperatriz; yo también tengo algo de ciencia oculta, para la adivinación de lo futuro, y veo claro como si se copiara en un espejo, todo lo que ha de suceder en las nuevas etapas de la Historia. ¿Creéis, por ventura, que todo ha de quedar como hoy está? Viendo las mutaciones que ha sufrido el mundo desde que me dormí hasta que me desperté, colijo las que han de sobrevenir, mayores cada día. Se hará cuanto he dicho, y mucho más, sobre todo cuando ya están doblegados por el hombre y le obedecen sumisos los gigantes, hadas y fuerzas ocultas del universo.

Los pueblos, agrupados en familias, se unirán en razas grandiosas, como los señoríos y baronías minúsculas se unieron en fuertes nacionalidades. Repartido el globo en cuatro o cinco raras, como quien dice, en las descendencias de Sem, Cam y Jafet, estas grandes agrupaciones pactarán la paz universal y la armonía definitiva de todos los Estados del mundo, y cesarán las guerras y conquistas. Sobrevenirá en el interior de cada Estado el imperio de la justicia, de la fraternidad y de la razón, y los caballeros andantes colgarán sus armaduras y espadas, no habiendo ya agravios que desfacer, ni entuertos que enderezar, y descolgarán los laúdes para cantar sólo amorosas penas. Las ciudades quedarán aisladas, como inmensas galerías de máquinas que trabajarán solas y sin ayuda del hombre, dando para todos gratis el alimento y el vestido; y en los campos las zagalas en trenza y en cabello y los hidalgos hechos pastores con sus zampoñas, renovarán la edad de oro ensalzada de los poetas, y recobrarán el Paraíso perdido por nuestros padres. La tierra seguirá dando frutos para regalo y flores para ornamento; apagaránse los volcanes temibles, y se convertirán en auras suaves los ciclones; las mismas montañas se achatarán, perdiendo sus asperezas, y se bajarán al hombre obedientes, como dromedarios que se arrodillen para recibir su carga; los ríos fecundarán los desiertos y templarán los rigores de los simounes, y el globo será un inmenso y deleitoso jardín, teniendo por lagos los mares, por macizos los bosques olorosos y por cisnes las góndolas en que pasarán las hermosas, coronadas de flores, cantando.

Dulcinea que también maravillada de esos sueños suaves de

bienandanza y de la imaginación inagotable de su caballero; orgullosa desde luego, como mujer, por haber cautivado de veras a un espíritu semejante.

Casi no hubiera querido dejarle partir; quizás deseaba mantenerle cerca de ella, oyéndole ese dulce delirar; pero aquello no podía pasar de una hora de divertimento, y el Nigromante ya la miraba impaciente.

Fue preciso fingir que la llamaban de la Mandchuria, en ayuda de Rusia contra el imperio del Sol Naciente, y que, teniendo que partir ella, debía quedarse de Gobernadora general en sus Estados de la Mancha, su consorte D. Quijote; así que, muy a pesar suyo, con las lágrimas en los bellos ojos, que entristeció como actriz consumada, despidióse de su esposo, haciéndole muchos encargos de que velara por sus súbditos, y de que él mismo se cuidase de mandar ahorcar a Tragaldabas y a todos los de su ralea.

D. Quijote se afectó grandemente con aquella forzosa separación, y preguntó a Dulcinea qué conflicto era aquel de Rusia y el Imperio del Sol, y ella le refirió muy por cima la guerra que mantenían aquellos rusos rubios, de largas melenas, con aquellos ejércitos del Mikado, compuestos de hombres de color de aceituna sevillana, de ojos oblicuos y pómulos salientes; diciendo que era tal el pánico en Europa por los triunfos de éstos, que ya constituían lo que se llamaba el peligro amarillo, que hacía a las gentes blancas mirar con horror hasta la bayeta amarilla, y todo lo que tuviese color semejante.

Si es así, dijo D. Quijote, parte en auxilio de los franceses, que son nuestros iguales y no dejes un aceitunado en tu parte del haz de la tierra; pues sería cosa triste y fea que nos arrullaran, vencieran y exterminasen, y quedaran imperando sobre el planeta como prototipos de la fuerza, del talento y de la belleza, esas caras amarillas y melancólicas, de abultados pómulos y de ojos perpendiculares. Dios mismo, al ver así contrahecho a su Adán, mandaría algún diluvio para que volviese a empezar la especie humana, por una pareia blanca y bella, la historia del mundo, y no se dejase arrebatarse la supremacía por ninguna desviación de su tipo.

Y como le objetara el Nigromante que todos eran hijos de Dios y tenían derecho al planeta en que vivían, no lo negó D. Quijote, como no negó que los tuertos y los jorobados y los cojos fueran también hermanos nuestros; pero añadiendo que, no obstante, sería una gran desgracia que no llegara a haber en el mundo, más que tuertos, o cojos, o jorobados; lo mismo que resultaría horrible que, por estas luchas y preponderancia de una raza inferior, pero más prolífica, no llegara a haber sobre la tierra más que negros o aceitunados.

Ellos mismos, añadió el caballero, tendrían en tal caso que procurar la reconstitución de la raza blanca para ornamento de la tierra, para nobleza del arte y para deleite estético de los sentidos; porque, decidme, por ejemplo ¿con qué Venus aceitunada y de cara dificultosa podrían sustituir la blanca y armoniosa de Fidias, ni con qué estatuas de su tipo japonés el Apolo de Belveder, ni con qué rostros las vírgenes de Murillo? Por lo demás, concluyó, cuando esas razas inferiores, aceitunadas o negras, levanten en Parthenón, tengan un Dante, canten como un Petrarca, den vida a un Colón, cuenten con un Newton, o reciban el beso de la predilección divina, encarnando en ellas un Verbo, entonces tendrán derecho a hombrearse con la raza nuestra y a disputarle su hegemonía.

Miróse Dulcinea al espejo, arreglóse un poco los ricillos de los dos, se puso más saliente la estrella de brillantes sobre el promontorio de su cabellera, y vió que D. Quijote tenía razón y que esa estrella era el símbolo del triunfo indispensable de su raza, hermosa y gentil, inteligente y espiritual, suprema expresión de belleza del celeste escultor, que modeló las formas de las criaturas.

En seguida se colocó su sombrero de amazona, cogió el látigo de montar, e hizo como que partía hacia aquellas remotas regiones, a dar en la cara a todos los ejércitos del Mikado. Don Quijote la abrazó, la dejó salir de la estancia, y se quedó un momento con el Nigromante, que procuraba consolarle y animarle, para que partiese incontinenti a su Regencia de la Mancha.

Cuando el caballero partió para tomar el camino de su tierra manchega, Dulcinea salió de su escondite; dejó el látigo, se quitó el sombrero de amazona, y se colgó al cuello del Nigromante, diciéndoles con mimo: ¿Te has enojado de que haya hecho tan a lo vivo mi papel?

No, hija, respondió éste; así como así, a ese pobre sonámbulo le pasó lo que a cierto perro flaco de un labrador de secano, que yo conocí, que tan débil y desmedrado estaba que hasta para ladrar tenía que arrimarse a la pared.

Sonrió Dulcinea; no hablaron más del caso, y se vistieron para bajar al comedor del hotel, porque ya había sonado la tercera campanada."

"Del matrimonio de D. Quijote y Dulcinea y los consejos que dio a ella y al Príncipe heredero non nato, y otros desvarios que se le ocurrieron." Libro II Cap. XXII, págs. 416-425.)

BIENAVENTURADOS LOS QUE MUEREN (1883)
Drama trágico en tres actos y en verso

Escena IX

Dichos y Enrique por la segunda puerta lateral derecha.

Enrique (Iracundo) ¡Tú!

Eduardo (Reprimiéndose)

¡Yo soy; no te asombre mi presencia.

Enr. (Con furor) ¡Un ángel vengativo aquí me guía!

Eduar. Pues a mí, el mismo cielo es quien me envía,
a apagar el volcán de tu demencia.

Enr. ¡Qué audacia! ¡qué cinismo! ¡qué impudente!

Eduar. ¡Tu ciega ofuscación es la notoria!

¡De mi madre querida por la gloria,
yo juro que tu esposa es inocente!

Enr. ¡No es verdad!

Eduar. ¡Que a mis pies se abra la tierra!

¡que no vea más luz! ¡puñal oculto
se hunda en mi corazón! ¡yazga insepulto,
si ese tu labio, al desmentir, no yerra!

Enr. (Con impaciente ira.)

¡Buena! cortemos discusión ociosa;
Tú vienes a aplacarme ¿sí? ¿no es eso?
Pues yo, al tenerte aquí de nuevo preso,
no vengo a convencerme, sí a otra cosa.
Necesito matarte o que yo muera;
tu sangre en mi furor de beber trato.

(Avanzando.)

¡Miserable! defiéndete, o te mato
como a un perro!

Eduar. (Refrenándose y procurando aparecer con calma.)

Sí, mata; pero espera.

Vas a saberlo todo, y cuando midas
los hechos, y a las luz los ojos abras,
para prestar firmeza a mis palabras
mi sangre te daré, cuanto me pidas.

(Pausa breve)

Yo adoro a Margarita; es ella, es ella
la que irradió en mis sueños y locuras;
cerraron contra mí las desventuras
y allá en mi noche se eclipsó su estrella.
¿Cuándo a verla volvía? cuando en pedazos
mi esperanza voló deshecha y rota!
¿cuando ella estaba, como perla ignota,
encerrada en el cerco de tus brazos!

Tú puedes comprender mi duelo interno,
 tú, que sabes lo airado de mi suerte;
 yo no te hice traición, busqué la muerte,
 el suicidio, que es puerta del averno.
 Un ángel me salvó del negro lazo,
 mas cual Judas a Cristo por venderle
 dió un beso, tal al ángel por perderle
 al mismo Satanás le dió un abrazo.
 El me empujó, nos viste, nos igualas,
 y aquí está tu injusticia y tu demencia;
 que no ves de ese arcángel la inocencia,
 cuando extiende purísimas sus alas!

Enr. (Con ironía.)

La causa del delito yo comprendo;
 tu defensa me explico, es elocuente;
 pero delata tu arrebató ardiente
 en vez de defender.

Eduar. (En el colmo de la desesperación.)

!Verdad! ¿para luchar no eres bastante?
 ¿Podrá más el error? No. ¿Quieres pruebas?
 (Cogiéndole de un brazo y atrayéndolo.)
 !Ven acá! ¿a qué le prestas fe en el mundo?
 !No al juramento, porque crees lo vano!
 !No al honor, porque dudas de él insano!
 ¿Crees en la confesión de un moribundo?
 ¿Dirá verdad el que, al dejar mortales
 sus restos a la tierra, de aquí al irse,
 con su postrer palabra puede abrirse
 o cerrarse las puertas eternas?
 ¿Podrá nadie lanzar mentira impia
 en el trance supremo de la muerte?
 ¡Pues mátame, y acaso convencerse
 logrará el estertor de mi agonía!

Enr. (Amenazador.)

!Tu vida, sí, tu vida es lo que quiero,
 y no de tu palabra el vano alarde!

Eduar. !Tómala!... (Golpeándose el pecho.)

Enr. !Morirás como un covarde,
 si no quieres luchar cual caballero!

Eduar. !No lucho! (Impávido.)

Enr. (Avanzando.) ¡Pues te mato!

Eduar. (Presentándose) ¡Pues la muerte!

(Madrid, 1883, págs. 7

A ROMA

Canto

Aún en pie te contemplan las edades,
 !Soberana del mundo! !eterna Roma!
 El soplo de sus vientos destructores
 No apagó de tu vida las antorchas,
 Cayeron mil imperios derribados,
 Magníficas ciudades populosas
 Apenas un vestigio en sus ruinas
 Dejaron a las gentes; Babilonia
 No se ostenta del Éufrates a las márgenes,
 Ninive yace en las llanuras solas,
 Y en humo de Ecbatana los recintos
 Convirtiéronse al fin; Tebas famosa,
 Sidón y Tiro, cuyas raudas naves
 Surcaban antes las rugientes olas,
 Cartago tu rival, Balbeck, Palmira,
 Persépolis, Corinto y tantas otras,
 En los hondos abismos, do la muerte
 Escombros y sepulcros amontona,
 Hundidas véense, como aquello Atlántida
 De que sólo nos resta una memoria.
 Tú, tras luchas terribles y continuas
 De patricios y plebes revoltosas,
 Escuchando la voz de tus tribunos,
 Bajo el peso de espadas dictatoras,
 Con el cetro de Augusto deslumbrante
 O de Nerón con la sangrienta ropa,
 Ebria con las escenas de tu Circo,
 Apurando tus noches licenciosas,
 Teniendo al despertar de tus orgías
 Que disponer un tiempo tu corona,
 Mirando tus murallas asaltadas
 De extraños pueblos por salvajes hordas;
 Tú, después de aquel caos en que sientes
 De tu alto imperio las columnas rotas,
 Arrasados tus templos y palacios,
 Derribados tus dioses y tus diosas;
 Después de aquel eclipse, en que a la tierra
 Alarico y Atila hicieron sombra,
 Como el sol otra vez te levantaste
 A bañarla en tu luz, excelsa Roma!
 ¡Ah! reina destronada, tú gemiste
 De aquella noche en las tinieblas lóbregas;
 El mundo desprendido de tus brazos
 Rodó al incendio de las fieras hordas
 Del Septentrión, y roto en mil fragmentos
 Creyó su destrucción y muerte próximas.
 Tú misma, al contemplar ensangrentadas

Del Tiber las corrientes caudalosas,
Al ver tu grieteado Capitolio
De donde huyeron las augustas sombras
De Manlio y Escipión, al ver desiertas,
Sin legiones tus plazas espaciosas,
Al escuchar el galopar cercano
De los corceles de las tribus godas,
Temblaste por tu suerte, como tiembla
La nave entre las mares borrascosas.
Tal vez, como acabaron sus destinos
La Grecia o la guerrera Macedonia,
Se creyeron los tuyos terminados
Y tu muerte lloró la tierra toda;
Mas no, que en tus escombros humeantes
Se alzó la Cruz como en segundo Gólgota,
Y ante sus brazos para el mundo abiertos
El mundo recibió la Fe católica.
Los reyes, sucesores de los Bárbaros
Que te arrancaron tu imperial corona,
Postrados a los pies de tus Pontífices
Cayeron; muchedumbres fervorosas
Agrupáronse en torno a tus altares,
Y en medio de las guerras destructoras,
En medio del pavor y las ruinas
De la revuelta y desquiciada Europa,
Cuando Italia lloraba desgarrada
Por sangrientas venganzas y discordias,
Tu genio fulguró entre las tormentas,
Como el rayo del cielo entre las bóvedas.
Luchaste con los pueblos y los tronos,
Y a tu voz imponente y poderosa
Vacilaron los unos conmovidos
En sus bases firmísimas de roca;
Los otros, que orgullosos te retaron,
Heridos por los rayos de tu cólera
Cual peñascos lanzados de las cumbres
Rodaron a tus plantas vencedoras;
Que el sueño acariciado por tus Césares
En sus noches de lúbricas zozobras,
También las ansias invasoras.
Jamás como a tu acento congeráronse
Los pueblos desunidos de la Europa;
Jamás como a tu grito el Occidente
Empresa acometiera tan grandiosa;
La tierra enmudeció ante sus legiones
Que avanzaban cual nubes vengadoras,
Y vió cubierto su sangriento disco
El asiático sol con negras sombras.
Millones de cruzados, de la Siria
Pisando las arenas ardorosas,
Llevaron en la luz de tus espadas
Las rápidas centellas de tu gloria;

Los mares condujeron tus bajeles
Henchidos de esperanzas y victorias;
Tu nombre repitieron del desierto
Las ciudades proféticas e históricas,
Y del Arno al Cedrón, del mar helado
A las riberas do Salem reposa,
El mundo cobijado nuevamente
Quedó bajo tus alas protectoras.
Es verdad que en tus bóvedas oscuras,
De tus iglesias en las naves góticas,
Encerrado el espíritu cristiano
Vegetó en las tinieblas opresoras;
Es verdad que a la ciencia encadenaste
Con torpes anatemas, e insidiosa
Te arrogaste al poder del pensamiento,
Y el imperio supremo de sus obras.
Con delirio fanático encendiste
La luz de las hogueras destructoras,
Y el siniestro fulgor de sus pirámides
Alumbró tus venganzas ominosas;
Más lejos de impedir el gran impulso
De las nuevas ideas salvadoras,
De tus viejos poderes arruinados
Ellas fueron las fúnebres antorchas.
!Insensatos! En vano pretendieron
Detener las ideas luminosas,
Sujetar al planeta en el abismo,
Con diamantes clavar las altas bóvedas;
En vano asesinaron a Giordano,
En vano a Galileo en su mazmorra
Amenazan y exigen se retracte;
La torpe inquisición que lo aprisiona
Soberbia falla que la tierra es fija,
Y sin embargo, en su impulsión grandiosa,
La tierra, oyendo el atrevido fallo,
Girando sigue en sus celestes órbitas!
Y cual ella los pueblos se emancipan,
Su derecho el espíritu recobre,
Su libertad demanda el pensamiento,
La razón se levanta triunfadora,
Y en sus hondos cimientos carcomido,
Batido por los vientos y las olas,
El tiránico solio se quebranta
Y con sordo fragor se desmorona!
Si esclava en otro tiempo de sus leyes
Te negaste a la ciencia y las reformas,
Si sumida en la negra intolerancia
Luengos años yaciste, !sana Roma!
Si al son de tus campanas ahuyentaste
Al espíritu libre de la Europa,
Hoy, sacudiendo la fatal mortaja,
Al despertar abandonada y sola,

Sin duda que recibes ese espíritu
De las razas modernas pensadoras.
No bajás al sepulcro con aquellos
Podés que sin fuerza se desploman;
Vives, sientes, palpitas, te levantas
De nuevo a realizar gigantes obras.
No han perecido los latinos pueblos
Cuyos nobles recuerdos atesoras;
Tiempo es de que conviertas a tus hijos
Tus miradas serenas de matrona;
Tú les distes tu vida, los acentos
De tu voz aprendieron, protectora
Les guardaste las Artes inspiradas
Por la idea pagana y la católica;
Sinaí refulgente, en tí se alzaron
Del derecho las tablas brilladoras;
Se rigieron por él los pueblos bárbaros
Y las cultas naciones de la Europa,
Recoge los girones de tu púrpura,
Vuelve a juntarlos !imperial señora!;
Si en torno de tus muros sacrosantos
Volvióse a unificar Italia toda,
Tiendan el vuelo tus gigantes águilas
Del Atlántico mar al raudo Volga.
A tu voz agrupadas las naciones
Cesarán en sus luchas y discordias,
Las paces firmarán en tus altares,
Y en torno tuyo federada Europa,
Saludará a los siglos venideros
Magnífica, potente y venturosa.

(Revista de Almería, año II, tomo II, 1880)

LA TORRE DE DON ALONSO

Leyenda

I

El Andarax desigual
nace entre abruptas montañas,
y ora es torrente en sus sañas,
ora es cinta de cristal;
truécase en su seco arenal,
del estío en el ardor;
y en su cauce abrasador,
imagen fiel del desierto,
no canta un pájaro incierto,
ni brota una tierna flor.

II

Dos anchas vegas se extienden
de ese río a las orillas
con sus murallas sencillas
los labriegos las defienden;
y si los ojos se tienden
desde las altas laderas,
se ven quintas hechiceras
en los parajes umbríos,
y pueblos y caseríos
entre bosques de palmeras.

III

Aquel Andarax traidor,
ora desierto arenoso,
ora arroyo cadencioso,
o torrente destructor,
cuando baja sin furor
y renuncia a sus rapiñas,
da vida a aquellas granjas,
adornadas de naranjas
y coronadas de viñas.

IV

Y es de ver cual sin sospecha,
en medio de un fértil año,
olvida el labriego el daño
y recoge su cosecha;
mientras el gigante acecha
y a veces en su descuido,
se lanza emberbecido,
hacienda y hogar arrasa,
y la ventura sin tasa
convierte en luto y gemido.

V

Del río al margen izquierdo,
conforme al mar se descende,
una torre el aire hiende,

como histórico recuerdo.
 Fue el que construyola cuerdo;
 pues cuando el torrente corre,
 aunque arrase y aunque borre
 campiñas, lindes y hogares,
 halla fuertes valladares
 en los muros de esa torre.

VI

Vigía de extensa hacienda,
 hoy mágico paraíso,
 la torre tiene, es preciso,
 su patética leyenda.
 La contaré sin enmienda,
 sin ficción ni aditamento:
 estéme el concurso atento,
 que es una historia sentida;
 y que se marche en seguida
 el que la suponga un cuento.

VII

Allá por el año treinta,
 la torre, en pie cual ahora,
 era orgullosa señora
 del valle donde se asienta;
 contra la oscura tormenta
 refugio y lugar sagrado;
 mirador del dilatado
 campo ameno que domina;
 joya la más peregrina
 del más noble Marquesado.

VIII

Vivía en rústico asilo,
 cerca de la torre aquella,
 en una explanada bella,
 entre el naranjo y el tilo,
 cierto labrador tranquilo,
 que la mies trocando en oro,
 guardaba un mayor tesoro
 que el de su honrada riqueza:
 un dechado de belleza,
 de humildad y de decoro.

IX

Era Isabel, hija suya:
 doncella de ojos divinos,
 de contornos peregrinos,
 de voz que al hablar arrulla;
 de un talle (no se me arguya
 por mi vida que exagero,
 tan breve y tan hechicero,
 tan aéreo y sobrehumano,
 que en el cerco de una mano
 podía estar prisionero.

X

Cuando allá en la primavera,
 al entreabrir de las rosas,
 las zagalas bulliciosas
 bajaban a la pradera,
 quedábase en la ladera
 en pie Isabel, contemplando
 cómo se iban alejando;
 cuando se iba despidiendo,
 la dejaba sollozando.

XI

¿Qué desventura amargaba
 a la gentil labradora?
 Una, y en verdad traidora:
 la pobre Isabel, amaba.
 Rendir al amor esclava
 la voluntad sin sentido;
 tener por el dios cupido
 prisionera el alma pura:
 ¿cabe mayor desventura,
 tras de la de haber nacido?

XII

Y ¿Quién el objeto era
 de aquella pasión ignota?
 Del amor, planta que brota,
 es semilla una quimera.
 Tal la aldeana hechicera
 nutrió su amor con un sueño;
 vió una vez cruzar risueño
 un jinete la campiña,
 y los ojos de la niñas
 siguiéronle con empeño.

XIII

Y así, desde el elevado
 sitio en que siempre quedaba,
 los ojos tristes clavaba,
 en el confín dilatado.
 ¡Buscaba el evaporado
 fantasma su corazón!
 Yo, con igual emoción,
 seguí, siendo mozalbete,
 a ese rápido jinete
 que se llama ¡la ilusión!

XIV

Pero sucedió que un día,
 una tarde, mejor dicho,
 absorta en aquel capricho
 Isabel, mientras seguía
 al sol que se despedía
 tras del empinado mante,
 cuya cumbre de bisonte,
 proyectaba en la llanura,
 del jinete la figura

pintóse en el horizonte;

XV

Y poco a poco agrandando.
 fuélo Isabel avanzando;
 la niña estaba llorando,
 pero inmóvil de pavora;
 parecía una escultura
 besada del aire-ledo;
 la misma estatua del miedo,
 clavada sobre la altura.

XVI

¿Llegó el jinete? Llegó.
 ¿Qué aconteció? eso se ignora;
 mas la tierra labradora
 ya otras tardes no lloró.
 Alguien que espiaba vió
 que dos seres, uno y una,
 bendiciendo su fortuna
 en amantes soliloquios,
 tenían dulces coloquios
 a los rayos de la luna.

XVII

¿Quién era el feliz doncel
 de la niña preferido?
 Tampoco hallar he podido
 noticia exacta sobre él.
 Valiente, arrogante, fiel,
 tal mostrábase a porfía;
 y aún presumirse podía
 que, por su porte y su traje,
 más que de humilde linaje,
 de un más alto descendía.

XVIII

Amor gran nivelador,
 no distingue alcurnia o raza;
 al pobre y al rico enlaza;
 a la sierva y al señor;
 con su influjo seductor
 el universo domina,
 y él que la yedra encamina
 al tronco del fuerte roble,
 pudo unir a un pecho noble
 una rosa campesina.

XIX

No fue sin desdicha, empero;
 siempre el hado traicionero
 nos niega su acción ingrata;
 lanza la flecha de plata
 untada de miel en la punta,
 da al corazón a que apunta,
 y a la par endulza y mata.

XX

Notó el padre de Isabel
 su extraño desasosiego;
 pensó que amoroso fuego
 latía escondido en él;
 tropezó con el doncel
 tras de mucho andarle a caza;
 y al ver su porte y su traza,
 sintió secreto martirio,
 y halló en su amante delirio
 a su honor una amenaza.

XXI

Como mastín vigilante
 siguió a Isabel por doquiera,
 a la cumbre, a la pradera,
 al río, al cañar distante.
 ¡Rondaba en vano su amante!
 ¡Tristes seres sin fortuna!
 ¡Ya no hubo manera alguna
 de unir sus almas estáticas!
 ¡Ya concluyeron sus pláticas
 a los rayos de la luna!

XXII

Una mañana, al abrazo
 de su padre la doncella,
 subía por una bella
 cuesta de un verde ribazo,
 cuando al alcance del brazo,
 como un pámpano caído,
 encontró un papel prendido
 de un triste ramaje seco;
 era una voz, era un eco,
 un grito del ser querido.

XXIII

"Isabel: sé que me adoras,
 decía el mudo mensaje;
 sé, sin que a tu padre ultraje,
 que está amargando tus horas;
 sé que sufres y que lloras
 ven conmigo, eso te pido;
 seré tu esclavo rendido;
 el destino, ya se sabe,
 lleva a la mujer y al ave
 fuera del paterno nido.

XXIV

Hay cerca de aquí una ermita,
 huiremos sin que se note,
 y al llegar, un sacerdote
 hará nuestra unión bendita;
 piensa en la dicha infinita
 que solo así nos espera;
 medítalo, y considera
 que es mi muerte tu retardo;

hasta la noche; te aguardo;
que no faltes; Dios lo quiera".

XXV

Quedó Isabel sorprendida
por tan extraña lectura,
como un ave que en la altura
se siente del plomo herida;
anonadada, aturdida,
llegó a su paterna casa;
no sabe lo que le pasa
en situación tan extrema;
siente un rubor que la quema,
y una ansiedad que la abrasa.

XXVI

Late agitado su pulso;
contiene un hondo gemido;
su corazón comprimido
golpea el pecho convulso;
quiere en su primer impulso
borrar el nefando pliego,
romperlo, olvidarlo luego;
la ayuda divina impetra,
mas lo toca, y cada letra
parece un escua de fuego.

XXVII

Por virtud y fuerza mucha
que a reunir un alma lleve,
preciso es que al fin se entregue,
si es consigo con quien lucha.
¿Quién su corazón no escucha?
¿Quién de él se pondrá al abrigo?
El más temible enemigo
es siempre el más traicionero:
aquel que menos espero;
el que siempre va conmigo.

XXVIII

De Isabel, en conclusión,
cual de todo ser sensible,
el enemigo invencible
estaba en su corazón.
Era su inmensa pasión,
su amor insensato era;
y aunque luchó con entera
voluntad y fe consigo,
teniendo tal enemigo,
¿qué extraño es que sucumbiera?

XXIX

Tal fue; sucedió a su espanto
cierta atracción no explicada;
estaba inquieta, asustada,
pero impaciente entre tanto;
vertía abundante llanto,

se ocultaba en su aposento;
temía que a paso lento
la oscura noche viniese;
y aunque tanto lo temiese,
anhelaba aquel momento.

XXX

Cayó el sol, vino la tarde.
¡Qué crepúsculo tan largo!
Para Isabel ¡cuán amargo
fue aquel postrimer alarde!
Tornábase más cobarde
de la sombra a la presencia...
Para acallar su impaciencia,
para aumentar su amargura,
llegó al fin la noche oscura,
nublada cual su conciencia.

XXXI

Besó a su padre Isabel;
le estrechó contra su pecho;
fingió encaminarse al lecho,
y se deslizó al dintel;
asomó; avanzó el doncel,
que ya la aguardaba fuera;
cerrada la noche era;
se lanzaron en lo oscuro,
y un relámpago inseguro
rasgó la nublada esfera.

XXXII

Quedó la niña aterrada,
Quiso volverse "¡Adelante!"
dijo el atrevido amante;
"no temas; eso no es nada."
Siguieron por la escarpada
pendiente. De cuando en cuando,
los relámpagos brillando
iban el cielo entreabriendo;
con atronador estruendo,
la tempestad avanzando.

XXXIII

-¡No paso de aquí! decía
Isabel de terror llena.
Su amante, con voz serena
-¡Adelante! repetía.
La lluvia en tanto caía
empujada de soslayo.
Crujió la espada del rayo
hendiendo el oscuro suelo,
presa de mortal desmayo.

XXXIV

"¡Dios mío!" exclamó el doncel;
se arrodilló junto a ella;
movió su escultura bella;

- Isabel! gritó, ¡Isabel!
 Un mármol de Macael
 era de yerta y de fría.
 En tan terrible agonía,
 sollozante, loco, incierto,
 cargó con su cuerpo yerto
 y huyó sin saber qué hacía.

XXXV

La tempestad estallaba
 con un rugido imponente.
 De cada risco, un torrente
 bramando se despeñaba.
 Todo incendiado brillaba,
 en un relámpago eterno;
 y al cárdeno brillo externo
 que cielo y tierra tenían,
 monte y valle parecían
 un paisaje del infierno.

XXXVI

Corría el mancebo errante
 con Isabel sin sentido;
 ganar buscaba atrevido
 la opuesta orilla distante,
 cuando hinchado, amenazante,
 oponiendo su torrente,
 al fiero Andarax rugiente
 reunió sus aguas de plomo,
 y azó una inmensa serpiente.

XXXVII

¿Dónde buscar un seguro
 refugio en trance tan triste?
 Contra el Andarax que embiste
 ¿dónde hallar un fuerte muro?
 ¡Allá en el fantasma oscuro,
 vestido de musgo y yedra!
 El joven, pues, no se arredra;
 estrecha a su amada, corre,
 y entra en la desierta torre
 por su ventana de piedra!

XXXVIII

Difícil fue la subida;
 a las grietas aferrado,
 trepó como un acosado
 tigre a su negra guarida;
 en su brazo sostenida
 su amada de rostro bello;
 en desorden el cabello,
 la faz lívida, y los ojos
 como dos volcanes rojos,
 de la tormenta al destello.

XXXIX

¡Deseó el asilo anhelado,

besó su carga preciosa,
 llanola con voz ansiosa,
 y oyó un quejido apagado.
 "¡Se ha salvado! ¡se ha salvado!"
 gritó con tenaz empeño;
 "¡Isabel! ¡mi dulce dueño!
 ¡vuelve en tí! ¡vuelve en seguida!"
 e Isabel tornó a la vida
 como quien sale de un sueño.

XL

Tendió la mirada errante,
 volvió de nuevo a su espanto,
 y cayó anegada en llanto
 en los brazos de su amante.
 La tempestad resonante
 era más recia en la altura;
 rompía con más pavora,
 cuando se escuchó a la puerta
 de aquella torre no abierta
 voz de auxilio y de amargura.

XLI

¿Oyes? exclamó Isabel,
 desasiéndose a su impulso;
 y con acento convulso,
 gritó atolondrada: ¡es él!
 ¿Quién? interrogó el doncel;
 ¡Mi padre! repuso ella,
 tal vez siguió nuestra huella,
 y en esta noche imponente,
 le ha sorprendido el torrente,
 y le amaga la centella.

XLII

¡No! dijo fiero el mancebo,
 ¡no puede ser! "Es el mismo!
 clamaba en su paroxismo
 Isabel, y abrirle debo!"
 Sonaba la voz de nuevo:
 "Por piedad! ¿quién me socorre?"
 Isabel revuelta corre,
 "¡Huye!" a su amante le grita
 ella a abrir se precipita,
 y él se lanza de la torre.

XLIII

Mojado, todo, jadeante,
 el anciano padre entraba,
 al par que se despeñaba,
 desde la torre, el amante.
 Isabel, muda y temblante,
 se interna en la estancia oscura;
 un relámpago fulgura,
 alumbrando a los dos, y ciego
 queda clavado el labriego,

como una pétrea escultura.

XLIV

"¡Perdón!" Isabel exclama.
 "¡No hay perdón!" "el padre grita:
 "¡Maldita seas! ¡maldita!"...
 Y el cielo en tanto se inflama.
 "¿Dónde está? ¿Cómo se llama?
 ¿Quién es el raptor?" -Rugiente
 va a buscarlo, y de repente,
 ve el cadáver del mancebo
 llevado por el torrente.

XLV

También lo divisa ella,
 sale un grito de su boca,
 se mesa el cabello, y loca
 pide al cielo una centella;
 quiere de la torre aquella
 salvar la altura distante;
 inclínase delirante
 por la ventana. ¿Qué intenta?
 ¡Lanzarse al río que aumenta
 y arrebatarse su amante!

XLVI

"¡Isabel! ¡hija! ¡detente!"
 Repite el viejo infelice;
 "Tu padre no te maldice!
 ¡te perdona! ¡fue inclemente!"
 Con carcajada estridente,
 Isabel la torre llena;
 y aquel eco que resuena,
 nuncio de mayor quebranto,
 causa al alma más espanto
 que la tempestad que truena.

XLVII

¡Noche horrible y destructora!
 Tras las lejanas colinas,
 sobre escombros y ruinas
 al cabo brilló la aurora.
 La corriente asoladora
 cesó, y el sol refulgente
 bañó desde el rojo Oriente,
 a un cadáver destrozado,
 a un padre desesperado,
 y a una mujer ya demente.

XLVIII

Halló el cadáver reposo
 del Andarax junto al cauce,
 de susurro cadencioso,
 también asilo piadoso
 dio la muerte al triste anciano,
 tan solo Isabel en vano

invocóla en su tristura;
espectro de la locura,
quedó errando por el llano.

XLIX

Allá, al fenecer del día
los últimos resplandores,
orlado de mustias flores
el fantasma aparecía;
descender se le veía
por la escarpada ladera;
con mirada lastimera
buscaba el sauce distante,
e iba a llorar por su amante
a la desierta ribera...

L

Espíritu peregrino,
alma errante y sin sendero,
era asombro del viajero
y terror del campesino.
Yo le encontré en mi camino,
y él me relató completa
toda esta historia secreta,
pues las celestes visiones
suelen contar sus pasiones
al artista y al poeta...

LI

- Marquesa, dueña y señora
de este retiro encantado;
ángel del cielo bajado
que habita esta torre ahora;
sabed, pues, que con vos mora
un ser que cual vos inspira;
pensad, cuando el sol espira
tras el Ocaso brumoso,
que hay aquí un Genio amoroso
que canta, llora y suspira.

LII

El cruza bajo el dosel
de los naranjos del huerto;
si el céfiro gime incierto,
quien gime o suspira, es él;
es el alma de Isabel;
es el amor que aquí habita;
y en su ternura infinita
se anonada el que aquí llega,
y a sus quimeras se entrega,
y entre sus ansias palpita.

LIII

Por ello, no sin razón,
siento atracción inefable,
ansiedad inenarrable,
de esa torre ante el blasón.

Ella evoca una pasión,
sublime, inmortal y fuerte;
ella prueba de esa suerte,
que el amor con su ternura,
es un sueño, una locura,
que vence a la misma muerte.

LIV

Ese sueño que embelesa,
esa locura que embriaga,
ese fantasma que vaga
en torno de aquí, Marquesa,
por vuestro acento se expresa,
y causa afanes o enojos;
acecha desde esos rojos
pétalos de vuestra boca;
con vuestra beldad provoca,
y hiere con vuestros ojos.

LV

¡Cuánto y cuánto corazón
flechado por su hermosura,
ha tenido sepultura
al pie de este torreón!
Víctima de su pasión,
el amante de Isabel,
reposa bajo el dosel
de aquel sauce en este suelo;
pero le queda un consuelo,
que hay otros muchos cual él.

(Revista de Almería, año IV, 1884)

RENACIMIENTO

¿Recuerdas la leyenda del Fausto pensativo,
que, tras de haber pasado su vida en meditar,
del frío Mefistófeles vendióse por cautivo,
para vivir de nuevo, para volver a amar?

¿Recuerdas la poesía celeste e infinita
de aquel amor ardiente que al punto le inflamó,
cuando sus ojos vieron cruzar a Margarita,
y su primer coloquio con ella celebró?

Las mismas ansias íntimas de revivir yo siento;
igual latido el pecho cuando te miro da.
¡Oh, Margarita dulce del triste pensamiento!
¿por qué otro Mefistófeles tu amor no me traerá?

Con esos ojos bajos leiste mi locura;
acaso a solas piensas en mi imposible amor:
si te amo, ya es posible; pero pedir cordura
al que ama, es ir en busca de un fuego sin calor.

En la pasión no hay leyes, razón, ni persuaciones;
es ella un ciego impulso que arrastra a nuestro ser:
opón a los torrentes juiciosas reflexiones;
convence a los incendios ¡qué se han de convencer!

¡Oh luz de mis pupilas! por esta eflorescencia,
por este sentimiento que mueve al corazón,
yo cambio pensamiento, razón e inteligencia,
que inútiles y estériles sin tal encanto son.

Un rayo de tus ojos, un íntimo latido
del alma que te sueña, cuando alejada está,
más valen que la vida brumosa que he vivido,
en busca de verdades que no encontré jamás.

Sin otro sortilegio que mi pasión extraña,
el nuevo numen siento, renazco a nuevo ser;
yo era un titán que encima tenía una montaña;
la he levantado en peso; la luz ya puedo ver.

Derrámanla esos nimbos que cercan tu cabeza;
se vierte de esos ojos de brillo, sin rival;
circunda tu figura de esbelta gentileza,
más bella que el capullo que oscila en el rosal.

Con esa luz se tiñen de azul los altos cielos,
de púrpura las rosas, la aurora de carmín,

el mar de verde claro, con argentados velos
de espumas en que saltan la barca y el delfín.

Por esa luz el mundo me ofrece su poesía,
la tierra reverdece, las plantas echan flor,
hay cantos en los bosques, como en el alma mía;
hay nidos en los árboles, como en mi pecho amor.

¿Qué quieres? ¿Que renuncie a esta emoción sublime?
¿que cierre mis pupilas a luz tan divinal?
Pregunta al prisionero que al cabo se redime,
si volverá de grado a su prisión fatal.

Ya soy otro ser nuevo; mi juventud primera
ha vuelto mis arterias de sangre moza a henchir;
el aterido Fausto sintió la primavera
y pudo el Resurrexit en el espacio oír.

Salió del gabinete de gótica techumbre,
bajó por las praderas que iluminaba el sol,
vió el hielo derretirse al rayo de su lumbre;
los cielos y la tierra de arrebol.

Oyó de las campanas el repicar a gloria,
sintió la nueva savia bajo el botón de Abril...
y halló toda su ciencia estéril e irrisoria,
y la trocó anhelante por el amor gentil!

De tal renacimiento la causa tú resumes:
aquí no hay Mefistófeles que opere esa reacción;
no hay más que Margarita: sus mágicos perfumes
dan vida a un alma yerta, latido a un corazón.

No importa no respondas a esta pasión ardiente;
tan solo con causarla inmenso bien me das:
sacaste del marasmo mi alma indiferente,
la hiciste que sintiera cual no sintió jamás.

Ya tiene un dulce objeto en que pensar constante;
un idolo estético halló su inspiración:
inagotable fuente de vida exhuberante
brotó con tus miradas del seco corazón.

Así brotan las aguas en medio del desierto,
formando de palmeras y flores un vergel.
¿Qué hará la caravana ante el frondoso huerto?
¿pasar hacia adelante sin reposar en él?

¡Oh no! bajo las palmas en forma de abanicos,
ante las claras linfas, decidirá acampar;
se saciará en las ondas; los dátiles más ricos
arrancará a las ramas, para su miel gustar.

¡Oasis del desierto, que de frescura bañas
 mis páramos, yo quiero calmar en tí mi ardor;
 soñar bajo los cielos que velan tus pestañas,
 cuando los ojos bajas con divinal candor!

¡Inútil! ¡Imposible! te dices a tí misma,
 a solas meditando sobre mi loco afán.
 ¿Inútil lo que exalta al alma que se abisma?
 ¿Irrealizables sueños los que la dicha dan?

Entonces ¿de qué sirve la mente que los crea;
 el pecho que los nutre con su vital calor?
 ¿de qué la vida mísera que en ellos se recrea
 y que es, sin sus encantos, tristísimo sopor?

¿Entonces por qué existe tu mágica hermosura?
 ¿por qué tienen tus ojos tan poderoso imán?
 ¿por qué enamora al alma tu angélica figura?
 ¿quién mi pasión enciende? ¿los cielos o Satán?

¡Satán! él que es la sombra, la duda y el lamento,
 que sufre la tortura de no sentir amor,
 ¿Cómo crear pudiera tan alto sentimiento
 que es luz, que es fe, que es vida, que es himno del
 Creador?

¡No! son los cielos mismos los que esta luz derraman;
 es de selectos seres sentir y hacerse amar:
 los que en la luz espléndida de la pasión se inflaman
 consiguen en la tierra la gloria anticipar.

En el poema bello de Fausto y Margarita
 no es causa del fin trágico aquel divino amor;
 fue infernal espíritu que sus ternuras quita;
 fue que la hiel mezclóse con el feliz licor.

¿Por qué no realizamos la idílica leyenda?
 la célica poesía ¿será ficción no más?
 Vivámosla, aunque el mundo prosaico no la entienda:
 la dulce Margarita de mi pasión serás.

Te seguiré doquiera, con ojos soñadores:
 al templo, en que murmuras plegarias de fervor;
 y envidiaré los mármoles, los vidrios de colores,
 los Santos, que contemplas con celestial amor.

No hay oración como esta, que la piedad envía
 de dos almas gemelas al eternal confin,
 cual de la voz del órgano dos notas de armonía,
 que suben en las alas de un blanco serafín.

En vez de profanarse con hálitos mundanos
aquel recinto augusto, morada del Señor,
venéranle esas almas que, unidas de las manos,
allí ponen la ofrenda de su ideal amor.

Entonces sus pesares encuentran lenitivo:
baja la luz cernida del alto ventanal;
ahuyenta sus tristezas un rayo compasivo;
parece que sonríeles la adusta Catedral.

Santificados salen del templo esplendoroso;
la bóveda del cielo bendíceles también;
llevando en sí el perfume de su éxtasis dichoso,
los ángeles las puertas les abren del Edén.

De esos amores místicos gocemos los aromas:
también reproduzcamos la escena del jardín,
cuando entre verdes ramas, envidia a las palomas
dan Fausto y Margarita, con ósculos sin fin.

Aquel huerto de Marta, florido y apacible,
donde en hermosas pláticas su pacto amor selló,
abierto está a nosotros; su encanto es indecible;
es esta tierra espléndida, que Dios engalanó.

Sus naranjales altos de ruiseñores llenos,
sus mágicas llanuras, de verdeador tapiz,
sus mares bonancibles de plateados senos,
sus álamos que filtrar la luz, como un tamiz.

Angélica y Meodoro grababan las cortezas
del bosque con sus nombres, en su amoroso ardor;
bajo sus sombras plácidas juntaban sus cabezas
y hacían de los árboles doseles de su amor.

Así, en las verdes selvas, hasta en la misma roca,
de donde brota en hilos la fuente de cristal,
pondremos nuestras cifras; los besos de mi boca
serán más armoniosos que el sol del manantial.

No escribiré, harémosla viviente:
poemas de ternura, idilios en acción,
endechas de mis labios impresos en tu frente,
y rimas de latidos de amante corazón.

¡Dios mío! ¿qué más dulce cantar que tus dos ojos
sobre mi faz suspensos con tierna languidez?
¿qué madrigal más lindo que el de tus labios rojos?
¿qué página poética como tu blanca tez?

Verás entonces cómo aquel adusto Fausto,
que con estudios graves su vida empozoñó,

olvida las tristezas de su pasado infausto,
y encuentra el infinito que siempre ambicionó.

Si ¡el infinito! el cielo del alma y la poesía,
con sus estrellas todas y numen inmortal;
el Orbe que armonioso Pitágoras oía;
el círculo sin límites que definió Pascal.

Y ese infinito ansiado del soñador poeta,
del Fausto metafísico, enamorado de él,
condénsase en un rayo de tu pupila inquieta,
concéntranlo en un ósculo tus labios de clavel.

Potencias celestiales mi sentimiento inspiran...
pero ¡ah! si un Meristófeles pudiérame brindar
aque! ansiado rayo con que tus ojos miran,
y el beso que a tus labios quisiera arrebatár,

con sangre de mis venas sellara el pacto infando;
vendiera el alma inútil, por tu anhelado amor:
porque al morir tus labios suavísimos besando,
por la perdida gloria, lograba otra mejor!

(Almería, 1900)

APENDICE VII: JOSE JESUS GARCIA GOMEZ

QUITOLIS (1900)

"El Mirador es un paseo por más ancho que la acera de una calle, preso entre dos filas de palmeras y resguardado del Norte todo él por la gran fachada del Hospital de la Magdalena. Es recto y corto 'como el camino del deber' -que decía Quitolis.

En uno de sus lados y entre palmera y palmera vense enclavados unos bancos de hierro fundido, de moderna y rústica traza; al otro lado... hay que explicar bien lo que al otro lado se ve, porque es ello raro, caprichoso y bello en extremo.

Figuraos un plano inclinado tan largo como el Mirador mismo y un poco más ancho que él; suponedlo ahora pegado materialmente a la margen izquierda como una gran rampa que desciende suavemente hasta otro paseo más hondo, más ancho y más largo que el primero, por el cual pasan los carruajes siempre y sólo a veces y con paso de tortuga el tren que va de la Estación al puerto... y todavía no tendréis exacta idea de lo que aquello era y sigue siendo. Hay que poblar con la imaginación la rampa dicha de flores, arbustos y verde follaje. Hay que colocar en medio de ella, en línea recta y de trecho en trecho, caprichosos juegos de agua que pulverizan el riego sobre el césped; hay que reconocer en justicia que el paseo de carruajes no pertenece al Mirador, sino al otro, al de 'San Telmo', que paralelo a él corre también festoneado de palmeras; y hay que ver, por último, allá, al frente, al Sur fijo, la ancha inmensidad del mar azul, siempre quieto, siempre limpio, siempre luminoso y sonriente. Con esto y con soñar que al otro lado de aquellos mansos cristales y entre la lejana bruma del hondo horizonte se descubre el perfil de la costa africana, tendréis cabal idea de lo que es El Mirador. Y así comprenderéis cómo aquella pintoresca atalaya parece en verdad un gran balcón con atestada de floridas macetas, desde el cual contempla Pinares a sus anchas las salobres ondas del Mediterráneo, y desde el cual atisba en la lejanía el continuo regatear de naves y bajeles por el golfo, cual si las naciones del mar latino lo hubiesen erigido en tribunal de honor para sus náuticos campeones.

¡Qué mucho que, primero el vulgo y luego el Ayuntamiento, bautizaran aquel lugar con el simpático y poético nombre de 'El Mirador'!

¿Y quién o quiénes miran desde allí? -preguntaréis.

Pues, en verdad os digo que ya estoy arrepentido de cuantas engañosas metáforas se me escaparon al correr de la pluma, porque honradamente hablando, hay que confesar que desde allí... ¡nadie o casi nadie mira!

La aristocrática muchedumbre pinarense escogió há mucho tiempo para su solaz y recreo el otro paseo, el de San Telmo, bien por más espacioso y próximo a la orilla del mar, bien porque se allana fácilmente a recibir, como un cinturón que lo aprisiona, la inmensa rastra de coches que alguna vez que otra en derredor suyo circula. Ello es así y así hay que consignarlo.

El Mirador es, por tanto -aparte innobles alabanzas- un sitio en cierto modo solitario y tristón, con ser tan risueño el horizonte que ante él se dilata; un lugar de quietud y recogimiento para alguna enlutada familia enojada con el bullicio de allá abajo y ansiosa de aire sano; un mentidero de cesantes desarrapados y escuélidos y un rincón de plácido esparcimiento para los canónigos de la Catedral.

El Cabildo miró en él algo así como una antesala del Coro, y en aquellos bancos de hierro, rara es la hora del día y de la tarde en que no se descubre la negra sombra de una sotana.

Allí estaba casi siempre el bondadoso Quitolis mirando al mar como un enamorado; recreándose en la grandeza y hermosura del coloso, y ponderándose a sí mismo, durante largas horas, de un éxtasis profundo y tierno, la augusta majestad de dios, creador de aquellos cielos y aquel mar que ante sus ojos tenía.

Quitolis no era para todo el mundo Quitolis a secas. Llamábanle así cariñosamente el señor Obispo, el Magistral y alguno que otro vetusto padre del Cabildo; pero para los demás, Quitolis era una respetable y cándida institución dotada de singular pureza que atendía al lacónico nombre de 'Juan'. Nadie le anteponía el Don galante y urbano con que se inicia el nombre de los mortales de la Tierra, creyendo que con esto le profanaban. Quitolis andaba en los linderos de la beatitud; casi, casi penetraba en las celestes esferas de la santidad y... no había que señalarlo con ningún mote mundano. El era Juan y nada más que Juan, dicho así, con aquella sobriedad que recuerda las severidades del estilo bíblico."

(I Preludio, págs. 17-22)

"Lo primero que resaltaba en el fondo de aquella estática conciencia de Juan, era la idea de Dios; pero de un Dios muy suyo, muy personalmente adorado, muy santo y misericordioso.

Si en sus arrobamientos de místico le reconocía el don de la Majestad augusta, propio de la Omnipotencia, hacía lo de modo que aquel don no llegara jamás a nublar la faz del Eterno con las sombras de la tiranía ni con las actitudes apocalípticas de la excelsa ira.

La majestad era como un risueño resplandor de la Verdad y de la Justicia totales que en él se daban, entrevisto por el alma estática que abría de par en par los ojos ante su infinita belleza. Si Dios era Dios, toda la redondez del cielo, con el voltear continuo de sus soles, no era más que la brillante pupila de uno de sus ojos garzos.

No cabía su imagen en la humana mente... y había que doblar la rodilla e inclinar la cerviz ante lo Infinito.

Este era el principio de la oración y de la reverencia; y el hombre rezaría siempre, aunque la revelación faltara y aunque todas las religiones positivas borrasen de un tachón sus mandamientos.

Aparte este grandioso culto al Dios Uno, todas las demás ideas y manifestaciones parciales de la Divinidad parecíanle menudas creaciones del arte poético-religioso, muy dignas de respeto sólo porque establecían una serie graduada de notas de lo Eterno frente a la serie total de los humanos seres: mas atendiendo al valor real y positivo de todas estas soñadas condensaciones del ideal, considerábalas como desteñidas estrellas, pálidas y muertas en el gran claror de la luz diurna.

Lucharan otros por la integridad de esos dogmas estrechos en los que la Iglesia ahogaba su gran Verdad: él se apartaba de esta lucha sin revelar a nadie el flaco de su fe y creía que bastaba, para los fines de la vida y de la religión, afirmar el dogma de lo Infinito: ese dogma grandioso del Dios Uno, que tan olvidado tenían los canónigos del cabildo en tanto reñían ruda batalla al pie de cualquier minúsculo altar.

Como se ve, aquella singular bondad con que Quitolis miraba a los combatidos racionalistas del siglo, no era sólo caridad cristiana, sino instintiva simpatía de su espíritu que, sin darse cuenta de ello y aún dándose la muchas veces, llegaba a coincidir con algunos en la sencillez y sobriedad de una fe pastoril, desembarazada de enrevesados misterios e inextricables laberintos filosóficos.

Cuenta y muy clara dábale el buen cura, en sus hondas meditaciones, de lo que cualquiera llamaría su nefanda heterodoxia: lo que no se le alcanzaba, por mucho que fuera su buen deseo, era el peligro de estas ideas y de esta fe que, aceptando todo lo esencial para la vida del espíritu, rechazaba muchos accesorios que a la razón repugnaban. '¡Era tan sencillo creer así y amar lo creído!' Se imponía de tal modo a su alma la idea del Dios Padre, creador y ordenador de todo, que no comprendía cómo la Humanidad entera no descansaba en esta singular creencia, como en un eje formidable que apoyara sus extremos en dos opuestos polos del Infinito azul.

Y era el caso, que aunque a sí mismo se argumentaba y a sí mismo se lanzaba en rostro sus herejías muchas veces, como un pecador, el Juan interior, el cura modesto y humilde, el soldado de Cristo permanecía firme, impasible y sonriente ante sus propios pasajeros escrúpulos, con toda la blancura de su fe marmórea allá dentro y la conciencia tan tranquila y tan serena que, a ser un lago, en él se reflejaran sin quebrar su luz todas las estrellas del firmamento.

'Aquí estoy, Dios mío, decía, tal como soy. No puedo engañarte; pero tampoco quiero hacerlo. Tómame tal como me hiciste... y perdóname si no confieso ante los hombres mi flaqueza: no me entenderían'.

Al influjo de estas extrañas oraciones iban reviviendo en su mente las imágenes de los redondos canónigos del Cabildo, de los curitas turbulentos de la última hornada, del señor Magistral, su protector y amigo; y ante ellas pensaba si aquellos seres, cuyas sombras acababa de evocarle el recuerdo, no tendrían como él, allá dentro del pecho, guardada una fe simple y sencilla, muy otra de la que a diario propagaban con el quejumbroso clamoreo de sus irritadas voces.

Pensándolo y dejándose arrastrar de ciertos interiores anhelos, notaba el serpear de un fugaz escalofrío por el nervioso cuerpo y ... acongojado lloraba.

'¡Cuán ejemplar y hermoso espectáculo sería el de la súbita desnudez de todas aquellas almas encapotadas y oscurecidas bajo la fórmula teológica! ¡Cuán rica ofrenda para la humanidad atribulada la sincera confesión de todas estas misteriosas dudas que minaban la paz del Espíritu Cristiano! Acaso llegaría el día en que esto sucediera, y entonces la Religión tornaría más humana y natural, dilataría su imperio sobre las conciencias, perdería el afán sectario que la entenebrece, y no dejaría por esto de ser divina, ni de asomarse por encima de las fronteras de lo sobrenatural sobre la infinita extensión de lo ignorado y suprasensible. pero esto iba para largo...

Aunque era cierto, rigurosamente cierto, que Juan se despeñaba a menudo por aquellos peligrosos senderos, también lo era que jamás se sintió tentado del espíritu reformador y militante de otros furibundos ministros del Señor. — ¡Eso nunca! — pensaba. Aquellas cosas eran para él solo. Él era así: profundamente estático y pasivo, humanamente egoísta, si se quería.

Aunque fuera batallador, tampoco creía necesaria ni conveniente la lucha en este punto. Era preferible la quietud, el estancamiento de la fórmula en medio del silencio y del olvido, y dejar al tiempo su misión destructora. Dogma combatido, era dogma despertado, y revivido ante la cristiana e irreflexiva

expectación de los fieles. 'Si queréis que eternamente viva, combatidme eternamente' parecía decir la fórmula teológica alzando su cabeza de serpiente herida por encima de la discusión de los pueblos.

Con estas cosas la sombra de Lutero venía a su memoria y si bien le admiraba con la tenaz bravura de su espíritu reformador y arrogante, no le convencía. Él se formulaba a sí mismo también sus conclusiones, mas no las clavaría jamás sobre la puerta de ninguna Iglesia, ni sometería el pleito de sus dudas al Papa, ni a la Dieta, ni siquiera al Concilio General Congregado. Él apelaba a otro tribunal más egregio y augusto; él alzaba sus ojos y su corazón hasta el mismo trono del Altísimo y ofrecíase inerte, confiado e indefenso, a la divina contemplación. ¿Que se había equivocado?... ¡Pues a pesar de ello habría realizado el bien en el mundo sin llegar a ser piedra de escándalo, que era lo fundamental y lo eterno!

Y aquel Abate Fromente pinarense alentaba pujante de lozana vida en el fondo de su creencia y no caía en la tentación de escribir su Nueva Roma, ni se movía a nada que no fuera solicitado por el acompasado ritmo de su quehacer diario, simple, sencillo, desapasionado y ascético...

Para comprender una tan robusta fe unida a una tan pasiva y estoica serenidad del ánimo, no había más que mirar a la cara del padre Juan. Allí estaba todo el hombre.

Era por obra del mismo Dios, que así quiso hacerlo, un temperamento linfático-nervioso dotado de gran sensibilidad y ayuno de fuerzas impulsivas, de esos que con tanta frecuencia se descubren entre las mujeres de espíritu cultivado. Cual de aquellos humores predominaba en él y cuales eran las entrañas más activas de su individuo, sería difícil determinarlo. Sentía, sí, con calor de niño; pero la ola de sus internas energías hinchábase y estallábase en blancas espumas allá dentro y ... apenas si proyectaba sobre su rostro de arcángel una sonrisa fresca y brillante que en los rojos labios le resplandecía.

Por imposición de esta su naturaleza, sentíase apartado no sólo del batallar romántico que tanto enamoraba a otros soldados de la fe, sino de muchas pruebas y atenciones propias de su ministerio. Él ni siquiera soñaba con las peligrosas aventuras de las misiones del Oriente; él no podía tolerar en su oído sin temblar la punzada de una humana queja; él, no podía ver los rojos labios de una herida sin caer redondo al suelo con la cara desencajada y fría. Se hubiera entregado a la muerte sin pestañear con un Cristo entre las manos, pero no tenía valor para asomarse al borde de una úlcera. Él era así; un pasmado, un estático, un cura sensitiva, un alma sanamente bondadosa. Él era... Quitolis."

(V Lo más recóndito, págs.65-75)

"A decir verdad, todos recibieron con júbilo el nombre del nuevo predicador, porque era un santo bendito; pero allá, en el fondo del alma, abrigaban el temor de que el bondadoso cura no rayase a la altura que su antecesor alcanzara en casos semejantes, y, aunque no lo parecía, lo deploraban.

Los sacerdotes, sus compañeros, y los canónigos del Cabildo, en cambio, mirábanlo como una esfinge impenetrable. ¡Qué saldría de allí! Si Dios quisiera inspirarle y desatar su lengua, su sermón sería una maravilla. ¡Era tan bueno y tan sabio en su modesta apariencia! pero no era orador.

Tal era, punto más, punto menos, el susurro de la murmuración...

Llegó por fin la hora del suplicio. La Virgen, de vuelta ya del largo paseo, contemplaba desde su trono el vivo mosaico de rostros humanos que a sus pies se extendía como una alfombra, y sonreía bajo la espesa capa de menudas hojas de flores que la piedad había arrojado sobre su manto desde los balcones y ventanas de la carrera.

La Iglesia, vestida con sus rojos y estrellados paños de gala, centelleaba con el titilar de millares de encendidos cirios esparcidos con profusión increíble por todas las cornisas, altares y rincones. Por el abierto cancel penetraba estrujándose -como el ganado a la puerta de un aprisco- la inquieta muchedumbre de los fieles, y con ella todo el mundano rumor de la calle.

De repente amainó el tumulto. El padre Juan, con su negro bonete entre las manos y la blanca sobrepelliz sobre los hombros, habíase deslizado desde la sacristía hasta el trono y caído a sus pies en muda y extática oración.

Todos los ojos le miraron. Alzóse al fin, y, como Dios pudo encaminarlo, llegó hasta la escalera del púlpito, pálido, frío y tembloroso como un calenturiento. Subió... y apenas asomara la hermosa cabeza sobre el balanco tambor de la Cátedra, cayó en tierra desvanecido.

Los fieles creyeron que se arrodillaba otra vez para invocar de nuevo a la Virgen, y sobre el manso oleaje del apiñado gentío alzóse el rumor de una Salve, que a Quitolis en su postración le parecía el monótono rebramar de la playa lejana.

El frío de aquel marmóreo fuste en que el buen padre apoyara su espalda al caer, le penetró las entrañas y le volvió a la vida. El vértigo había pasado.

Quitolis irguió sobre las temblonas piernas el noble y aplomado busto en un supremo esfuerzo; apoyó una de sus manos en

el barandal del púlpito; alzó sus ojos de iluminado hasta las sombras del crucero, y con voz enronquecida y velada, en la que a cada instante crujía el sollozo, dejó escapar entre sus secos labios estas augustas y solemnes palabras: '¡Qué frías están, Señor, las columnas del Templo!'

Sobre la aplastada multitud de allá abajo cayó como una escarcha. El mismo Quitolis quedó sobrecogido de espanto al escuchar el eco de su voz. No sabía de donde le había nacido aquel angustioso grito; alguien acaso lo exhalara a su lado.

¡Pero no! Que era él mismo; el solitario y reflexivo cura; el abnegado y humilde soldado de la fe; el gran Quitolis contemplador y estático que, al asomarse por vez primera al borde de aquel abismo negro que ante sus plantas abriera el Magistral, lanzaba sobre la muchedumbre el fardo de todas sus meditaciones; su corazón entero, acongojado y triste, tierno y bondadoso. Por un verdadero y patente milagro nunca visto, aquel taciturno cura que jamás alzara la voz ante dos personas, llegó en un segundo a la plenitud del poderío, del dominio y de la elocuencia, y arrebató las almas con el mágico y celestial encanto de un arte inimitable y de una sinceridad jamás oída.

¡Qué frías estaban las columnas del Templo!- repetía como un hipnotizado.- Y desataba su lengua dócil y valiente contra todos los que en el mundo viven y medran con la fe, aunque tienen la obligación de morir por ella, pobres y humildes como el Nazareno. "¡Qué consolador y sublime el fervoroso anhelo de aquellos devotos hijos de la Virgen!'

'La pobre y desolada Humanidad creía y rezaba aún, porque era buena, porque en su alma alentaba un ansia infinita de idealidad que sobrevivía y triunfaba victoriosa a pesar del desencanto'.

'Era cosa de volcar la techumbre de la Iglesia y de apartar a un lado aquellos helados muros para ofrecer al Dios de las alturas el dulce y delicado espectáculo de aquella Virgencica hermosa, vestida de flores y adorada sobre la plena faz del mundo por el riente y alborozado rebaño de sus hijos!'

Glosando estos motivos, el padre Juan crecía ante la muda emoción de los fieles, transfigurado y gigantesco. Su brazo derecho se adelantaba en arrogante y brava actitud por encima del barandal, cual si quisiera descorrer a los ojos del pueblo aquella asombrada cortina de murallas que cerraba sobre la azul inmensidad de lo infinito; las palabras acudían a su labios encendidas y vibrantes; su voz era una voz del cielo, severa y robusta, que ora gemía con el desmayo de una honda pena, ora relampagueaba tocada de puro y ferviente amor.

Contemplado desde abajo, su rubia cabeza destacábase por

encima de la rizada sobrepelliz como la de un ángel. Era la augusta cabeza del Angel de Salzillo sobre el blanco bellón de una nube. Sus ojos brillaban inspirados: todo era en él firmeza y aplomo, verdad y entusiasmo, ternura y majestad.

Terminó; y después de lanzar sobre la muchedumbre una solemne bendición que partió el templo en cuatro pedazos, abandonó el púlpito, sudoroso y acongojado, tambaleándose como un borracho.

En todos los ojos había dejado una lágrima; en todas las gargantas un sollozo; en todos los corazones la sana alegría de vivir, de creer y de amar.

A su espalda quedó la impresión de aquel pasmo, flotando sobre la apiñada y satisfecha multitud de la Hermandad de la Virgen."

(VIII El Sermón de Quitolis, págs.101-108)

TOMAS I (1902)

"Si estudiantes felices hubo un día en la Universidad de Villaumbrosa, ninguno lo fue tanto como Manolito Riquelme, de la Facultad de Farmacia. Era todo un buen chico: estudioso como (acos, morigerado cual ninguno, temeroso siempre del señor Rector y dado en cuerpo y alma a sacar apuntes de las explicaciones de sus maestros. Estas recomendables cualidades granjeáronle en poco tiempo el cariño y el respeto de muchos de sus condicípulos. No obstante lo dicho y antes de seguir por el camino de las alabanzas, bueno será afirmar que Nelo no era un alma sedienta de verdades científicas y que acaso no considerara como tales ciencias las prosaicas materias propias de su Facultad. '¡Cómo es posible—decía— que cristiano alguno pueda colegir la existencia de leyes inmutables y eternas contemplando aquellos cacharros, tubos, retortas y morteros del laboratorio!' 'La imperecedera majestad de lo eterno —proseguía— debe de andar muy lejos de estos innobles y frágiles cachivaches profesionales.'

Así era, en efecto, Manolín para todo: un espíritu frívolo, ligero, poco penetrante. Jamás se iba al fondo de las cosas. En su estudiantil anhelo contentábase con arañar la materia orgánica en la dura superficie (...) olerla (...) clasificarla y (...) restituirla al seno de la familia correspondiente, sin tratar de penetrar otros misterios. Si se había dedicado a la Química (él lo confesaba ingenuamente) no lo había hecho por satisfacer secretas ansias del espíritu, no; sino azuzado por un instintivo afán de reposo, quietud y orden casero que en su alma pasiva se imponía a cualquier otra consideración, cosas todas que seguramente habría de encontrar en la Botica mejor que en parte alguna. Licenciarse al cabo como una buena persona; abrir al público su tienda rotulada, y ver —guarecido detrás del mostrador y ajeno a las rudas batallas del mundo— como se deslizaría mansamente la vida por la puerta de su casa de Pinares... esta era su ilusión, este su bello ideal.

Como se ve, el bueno de Riquelme, muy a pesar de sus apuntes, era sólo un tendero virtual y en potencia, un hortera disfrazado de estudiante, que rodaba por aquellos venerables claustros universitarios como pudiera haberlo hecho por los almacenes de una abacería. El soñado título considerábalo él un mero trámite, necesario para ingresar más tarde en la matrícula de industriales privilegiados en nombre de la ciencia. ¡Que unos vendían arroces o paños o juguetes! Pues él vendería específicos y despacharía recetas.

Con tales ideas en el magín, andaba emborronando sus

cuadernos y esperando la hora feliz de la emancipación universitaria, y hasta se permitía el lujo de derrochar la poca gracia que Dios le había concedido, propagando y defendiendo sus estrambóticas opiniones ante sus compañeros. Mas no se crea que por ello se encontraba aislado, no: su rara habilidad taquigráfica triunfaba de toda malquerencia y -aunque era indigno de ciertos homenajes- en derredor suyo siempre había una porción de menudos satélites que aprovechaban, para el mejor resultado de su estudiantil empresa; los luminosos destellos de aquel astro.

Esta pequeña y desarrapada tribu escolar que a Riquelme seguía, sometíase de buen grado a las honestas costumbres de este; celebraba sus sesiones de mundana charla en el cuarto de Manolo; paseaba con él sus murrias y escaseces por el campo frondoso, donde tantas Boticas florecían al alcance de la mano; jamás ser remontó al Cosmos, ni se atrevió a descubrir lo Eterno, y en cambio, recreábase en la contemplación de lo temporal y deleznable del cantueso, la malva y el romero, con cierta curiosidad, a su modo científica. Acompañaba a la estudiantil manada muchas veces en estas excursiones campestres un tal Tomás Viara, de la facultad de Derecho, chico simpático y bienhumorado, a quien Manolo llamaba El Monarca y a quien todo el mundo llegó a conocer por este nombre. Era el tal un mozo listo y bien plantado, ocurrente y decidor -aunque sus dichos y ocurrencias iban siempre impregnados de cierta ironía- y a más de todo ello, desaplicado y revoltoso como pocos. Decía él, que había tenido unas palabras con Justiniano en cierta casa vinaria de la Vía Apia por mor de la Instituta (una mujer de mala vida) y que de aquí le venía su aversión al Derecho. Era cuestión de dignidad menospreciar profundamente al romano. En cambio estimaba y distinguía a Nelo Riquelme y hasta le perdonaba sus prosaicas aficiones culinarias."

(Cap. III Manolito Riquelme, págs.27-31)

"Ambas Carrizales pertenecían al mismo estilo de belleza o al mismo orden arquitectónico, que pudiéramos decir. Sin embargo: diferenciábanse a la simple vista en el tamaño y en el color.

No era Lola una de esas vigorosas hermosuras en las cuales la opulencia de las formas se revela con avasalladora majestad; pero tampoco corría el peligro de ser arrastrada por el viento de Pinares, con ser este recio y tempestuoso a veces. Su andar, de corza quieta, imprimía a sus carnes tan graciosa palpitación, que no costaba gran trabajo admirar bajo los paños y pliegues de su vestido increíbles redondeces del cuerpo menudo y lleno de vida. Esta singular cualidad de la vibración -que en ambas hermanas se ofrecía con perfecta semejanza- era debida sin duda a la firmeza del paso breve, al airoso aplomo del busto, al misterioso concierto de líneas, proporciones y volúmenes, y acaso a un milagro patente de equilibrio, por virtud del cual manteníanse erguidas, sobre la menguada base de unos pies

chiquitos, las soberbias esculturas de aquel par de hembras.

Si en esto revelaban las hijas de don Ventura el aire de familia, distinguíanse en tantas otras cosas a los ojos del observador atento, que bien pronto se olvidaba el parentesco que las unía. Lola era más flexible y esbelta que su hermana; su cuerpo se movía con una mayor ligereza. Consuelo era una hermosura blanca, nítida, solemne, y tenía el encanto y la majestad del monumento clásico.

La primera era, pues, lo que se llama una mujer bonita, pero nada vulgar: su belleza tenía algo de picante. Era una moza que pudo ser blanca y dorada, pero que en realidad era morena de rostro y tenía las quedejas de un rubio tostado. ¡Vamos! teñida de sol de alto a bajo. Sus ojos querían ser azules, como los de su hermana, más no podían. Sobre ellos caía la sombra de unas pestañas espesas y largas que los oscurecían un poco. En la base de la frente, lucía la aterciopelada línea de unas cejas pobladas y frondosas que prestaban singular firmeza y encanto a todo el semblante; y bajo aquellas ojivas... relampagueaba un alma, dulcemente melancólica. Contrastando con la apacible mirada, ofrecíase más abajo la boca diminuta, de labios redondos y encarnados, siempre riente, la cual era en su cara ventanal gracioso de par en par abierto a la alegría, a donde se asomaba de continuo la infantil malicia de la nena, envuelta en un gesto delicioso escarchado con la blanca pedrería de sus dientes. En el conjunto de toda esta personilla descubriase la frescura y lozanía de la flor temprana: en el airoso desenfado de sus movimientos tomaba la inocencisa tanta parte, como la especial, instintiva y precoz coquetería de una mujer que empieza a notar el valor de su hermosura. su cabellera rizada, rebelde y espesa, dominada apenas por el artístico peinado, era el digno coronamiento de tan simpática belleza: en ella solían buscar grato asilo algunos rojos claveles, que parecían amapolas entre aquellos trigos demasiado maduros.

'Si no estuviese mal visto, ella cambiaría las apreturas del corsé, las estrecheces de la falda de moda y el sombrerito marinero, por la bata amplia y chillona, el mantón de Manila y el pañuelo de seda, que llevaría atado al cuello, pero caído sobre los hombros'.

'La Montaña' que en lo de hacer frases y retratar con una sola a cosas y a personas se daba gran maña, aludiendo al garbo de Lolilla y al severo ademán de su hermana, hubo de bautizar a la gentil pareja con el ingenioso dictado de 'Gracia y Justicia'. Y ya podían rodar siglos y envejecer las cosas en Pinares; que de todo se borraría el recuerdo menos de aquella ejecutoria con que la gente moza distinguiera a las hijas del librero.

Hay que reconocer en verdad que los montañeses anduvieron acertados: la Gracia y la Justicia no hubieran escogido mejor

personificación en la tierra..."

(Cap. VIII Gracia y Justicia, págs.121-124)

"Ciego habría de estar, en verdad, quien a la Carrizales contemplara, para no descubrir en su brava apostura, y en el vivo y calenturiento serpear de su mirada cárdena, frente a Tomás, la lozania de un temperamento mal pagado. En su boca fresca y roja, veíase estereotipado el gesto agresivo de la pasión amorosa mal reprimida. Su seno turgente agitábase con frecuencia al influjo de secretas ansias que removían en su interior las amargas heces de su espíritu. Y, cuando esto sucedía, sobre su rostro bullicioso y animado caía de repente como una sombra de tristeza que lo nublaba. ¿A qué ocultarlo? También ella tenía en el fondo de su pecho, como dormida y en potencia, otra hirviente ola de sangre semejante a la que al propio Tomás ruborizaba de vez en cuando, y también revelábase en el rostro de la dama súbitamente con resplandores de incendio, al primer estímulo.

¿Qué hermosa estaba así -pensaba él- y cuán poca cosa parecía siempre Manolo a su lado?

Viéndola tan mal acompañada... comprenderíase en ella la rebelión y hasta el pecado. Una hembra tan garrida y frondosa tenía derecho a algo más que aquella figura enteca y ridícula del marido. Sí; tenía derecho, por lo menos, a un Tomás de la Cruz, recio y fornido como él era, capaz de comprenderla y de subyugarla'...

Arrastrado ahora por esta corriente, recordaba hasta con gusto el tono zumbón que sus nuevos amigos los montañeses emplearon siempre al hablar de Manolo, y procuraba explicarse el caso en sentido favorable a sus deseos y apetitos. Claro era que él venía obligado a fingir el mayor candor ante las maliciosas reticencias de aquellos y que así lo hacía; pero allá en lo íntimo de su alma pensaba con cierto júbilo: 'también estos creen posible esa barbaridad.'

Un resto de pudor se alzaba ante él, sin embargo, durante estos monólogos mentales; mas ¡cuán deleznable y efímero era...! en realidad, él no tenía la culpa de que los montañeses pensarán con tal malicia. Cuando él llegó a Pinares, el cliché que representaba a Nelo como un tipo gris, menudo, desdibujado y ridículo, era ya cosa hecha; era un lugar común en la opiniones de todos. Si no fuera por la grandeza estética de su amada y por el encanto de la simpár Lolita, hasta él mismo se hubiera reconocido como un humillado con aquella amistad.

Y lo peor de todo era que los maleantes chicos, inspirados por el demonio, habían llegado a penetrarle el alma y parecían empeñados en arrebatarse todos sus escrúpulos, cual si estuviesen animados de un salvaje sentimiento de venganza contra el

frustrado químico.

Nada de extraño tenía, pues, que -al cabo de tanto machacar unos y otros y siendo él víctima de una poderosa y perpetua sugestión,- llegara un día en que se reconociese impávido y sereno ante su propio pecado.

Ya no era, no, el que fue: se sentía caer en la peligrosa tentación de su ensueño amoroso y hasta se dejaba ir por la pendiente de ella sin lucha, sin resistencia, sin conflictos de conciencia que merecieran la pena de hacer un alto en medio de aquel derrumbadero de sus virtudes. Su pasión venía a ser la cosa más natural del mundo. Su caída obedecía a la fatalidad de un ignorado destino, o a la malsana y solapada influencia de aquellos joviales montañeses que tales juegos malabares sabían hacer con el honor de una dama: a todo, menos a su propia flaqueza. Acaso ellos, en su atolondramiento y buen humor- pensaba- poseían mejor que nadie el recto sentido de la vida y de los amores; acaso él había sido escogido por el azar como un ciego instrumento de justicia... ¿Era justo, por otra parte, lo que a él mismo ocurría? Una vida tenía que no supo jamás a quien atribuir; y cuando se le ofrecía la ocasión de vivirla toda entera, plena y envilecida le salta al paso con todo el aparato de sus gárrulas virtudes. '¡Ah, si ella quisiera.' -se decía.

Al calor del vivo deseo que estas palabras simbolizaban, la imagen de la gran Carrizales comparecía ante su pensamiento con la sonrisa provocadora en medio de los labios, y el monarca soñaba que estrechaba a su amiga contra el pecho y que le llenaba de besos el hoyuelo que en su barba parecía un diminuto búcaro...

Con la mente cargada de tan dulces quimeras salió Tomás un día de su despacho, y en el corredor topó con su amiga. Vestía esta una amplia bata blanca, estilo imperio, y llevaba todo el haz de sus cabellos dorados retorcido sobre la nuca con arte exquisito. La hermosa cabeza de la dama lucía con este peinado de tal modo la corrección de su dibujo irreprochable, que Tomás, al verla, no pudo contenerse, y acercándose a ella, le dijo todo admirado: -'¡Qué bien estás! ¡Qué bien te cae ese peinado, chica!' -¿Te gusta? -murmuró ella, bajando la voz y enrojeciendo hasta en lo blanco de los ojos.

Tomás palideció entonces, y contestóle con una mirada fija y sostenida, semejante a una súplica sin palabras.

Al siguiente día sorprendióse el huésped de ver a su amiga de igual modo tocada, y cuenta la fama que, al verla, sus labios se secaron y su rostro se contrajo con expresión de súbita seriedad. Parecióle que entre ambos acababan de concertar un trimen.

Desde entonces peinose siempre Consuelo con esmero el mismo

peinado bajo que tan bien encajada dejaba su cabeza sobre los hombros, y lo ofrecía a la contemplación de su amigo como una promesa.

En esta singular convivencia iban pasando el tiempo uno y otro, y a medida que este pasaba, familiarizábanse con su tentación y en el alma de ambos tomaba consistencia el deseo.

Llegó a ser este tan formidable en el ánimo del monarca, que en ocasiones hubo de verse y de desearse para no romper por todo y acabar con una explosión amorosa franca y brutal.

Franca y brutal, sí. Alentado él por aquellos positivos encantos de su amiga, casi no podía ya sustraerse a una preocupación tenaz: la de hablarla claro y a solas... Su espíritu no se satisfacía como antes con el diálogo de sobremesa, ni con la mera y estúpida contemplación del bien querido. había algo de falacia en aquel su continuo cavilar y en aquellas solapadas irreverencias de su pensamiento y... él no era hombre que aceptara jamás una posición cobarde en la vida... ¡Hablarla, sí, y hablarla claro era preferible a tan hipócrita adoración! si esto era una caída ¡dónde mejor que a los pies de aquel portento!

Y pensando el uno en hablar y la otra en oír, sin darse cuenta de ello, tornáronse taciturnos, y acabaron por permanecer mudos e impenetrables el uno frente al otro, siempre mirándose a los ojos, siempre con la mente caldeada por una misma ilusión.

Desde que tal y tan decidida fue la resolución de Tomás, no pensó en otra cosa que en buscar una ocasión para hablar a solas con su amiga, y animado de este propósito deshacía en un segundo la tertulia de sobremesa o abandonaba a Manolo en el corro de la Montaña para volver a casa. Su pretexto era la correspondencia de Villaumbrosa, y su atalaya el silencioso despacho."

(Cap. XII Plenilunio, págs.205-212)

" Miró y remiró en derredor suyo buscando algo de consuelo para llevárselo con él para siempre, ya que no se le ocurría su última mirada: algo personal, muy de ella; algo en lo cual ella alentara y viviera con todo el poderío de su brava hermosura: un retrato, por ejemplo. algunos manoseados libros yacían por allí tirados, y unos cuantos tarros de perfume brillaban sobre el mármol de la peinadora entre una tropa de bibelots y nonadas femeniles. ¡No era esto lo que él quería!

De pronto alzó los ojos y ahogó un grito de placer en su garganta. pendiente de una percha estaba la blanca bata imperial de la Carrizales que tanto había enloquecido en su pasada aventura. Era una Consuelo lacia, estrujada, vacía de formas y sin pies ni cabeza; pero allí estaba toda ella con su perfume,

con su curva línea tentadora, con toda la expresión de su arrogante belleza, como está en el cadáver la vaga sombra del vivo. Arrebatola con brío, la estrechó entre sus brazos, aspiró con delicia todo el humano olorcico de gloria que ella exhalaba y salió llevándosela consigo, sin volver atrás la cara, como un ratero perseguido.

Saltó al coche y gritó: ¡a la Estación! A su espalda se había hundido, por arte del Demonio, un rincón de aparente felicidad.

A poco el tren partía silbando, como un pillete en libertad, su eterna canción por la vía adelante, y en él Tomás, aplastado bajo el peso de su negra, parecía la imagen viva de un ángel derrotado.

Allá, a la izquierda, el riente mar hervía como un lago de fundida plata bajo el centelleo de los oblicuos rayos del Sol poniente. El blanco y apiñado caserío de Pinares coloreaba en la lejanía, tendido sobre la falda de la montaña. De la espaciosa vega se levantaba, como un hálito tenue, el singular zumbido de los campos muertos, pálidos y desarrapados del Agosto. El tren, ascendía jadeante por la cuesta de una trinchera, con su melena de negro humo desgredada por el viento. La torva mirada del Monarca, se escapaba también hacia allá, y buscaba en las sombras de la ciudad la soñada imagen de su amiga.

'Adiós, Pinares' -aulló la máquina con lastimero son, refrenando su marcha a la entrada de una curva. 'Adiós, Consuelico' - gritó el alma entera de Tomás con el ansia del condenado que va al presidio a cumplir su condena. 'Hasta luego. Hasta siempre. Al otro lado de tu viudéz te aguardo con mi pasión entera aquí dentro.'

Y el atribulado expósito miraba ansioso por la ventanilla; y ante él se despeñaba el paisaje con la turbulencia de las aguas tempestuosas; y sus abiertos ojos, clavados en el espacio, nada o casi nada veían; y en el fondo de su turbada conciencia se alzaba el recuerdo del pasado, para incrustarle en la mente, como un inri, el convulsivo sollozo de su amigo: '¡Cunero, cunero!'

(Cap. XVI ¡Adiós, Pinares! págs. 285-297)

BROZA (1908)

"Hay algo de sugestivo y disolvente en el ambiente de un vagón que arrastra a una mujer hermosa, sobre todo durante la noche. El nuestro -como todos los de su clase- parecía una cueva alumbrada por un candil. Aquello no era propiamente luz, sino ausencia de ella; grata y dulce penumbra en medio de la cual se hubieran esfumado los defectos de una cara fea, y en la cual veía yo realzada como por un velo la nativa belleza de mi compañera de viaje. Todo aquello iba teniendo para mí el sabor picante de una aventura amorosa. Acurrucado en un rincón, no podía dormir, siendo yo un santo que duerme cuando no ama, a cualquier hora.

Soñaba ya contemplando de soslayo a mi dama, cuando noté que, en la blanca almohadilla que había colocado sobre su falda, cayó como una oscura mancha: era un haz de encarnadas rosas de Córdoba, frescas y olorosas como odaliscas perfumadas, que me hicieron volver los ojos a la solapa del gabán, en donde traía prendido un orgulloso y fanfarrón clavel granadino. Me alegré mucho de que coincidiéramos en esta adoración por las flores y arranqué del ojal el clavel para aspirarlo a cada momento, como ella hacía con sus rosas.

Esta perfecta adaptación de mis actos a los suyos era, a no dudar, un principio de lenguaje tal vez demasiado elocuente. Mi compañera sonreía en la sombra y subrayaba su sonrisa con las flores, mientras yo soñaba bajo el gesto más adusto y serio de que era capaz mi semblante. Nadie puede imaginar la extraña seducción de aquella sonrisa brillando entre las rosas de Córdoba: ¡el romper de un aiba en un cielo de pitimín!...

Era verdad: estábamos bajo el sortilegio de una espiritual simpatía y de una mutua y viva sugestión. Si hubiese sido posible despojar a nuestras almas de todas sus orgánicas envolturas, se hubiera visto que su pensamiento y el mío se abrazaban, se confundían, y celebraban sus bodas ideales en la sombra, presas de amorosa curiosidad y encendidos de rara y repentina pasión. Entre ambos flotaba un ensueño que parecía haber adquirido densa plasticidad. No hablábamos, es cierto: el mutuo respeto y la diversidad de nuestro idioma ponían en los labios una mordaza; pero nos entendíamos. ¡Soñar y cambiar ensueños con la mujer que los provoca, es algo más que vivir y amar a la manera corriente!...

Yo, como todo fumador que adora, sentía un ansia rabiosa de fumar y un goce exquisito matando el ansia a los pies de mi idolo. ¿Notará que no fumo por ella? ¿Me agradecerá el sacrificio? Me preguntaba lleno de humano y terrenal egoísmo.

¿Cómo lo haría yo para que lo comprendiese y agradeciera mi martirio?...

Sobre la otra ventanilla del testero estalló una cerilla a dos dedos de los mostachos del ingeniero. Mi compañera miró hacia allá, volvió a mí sus ojos, y con una mirada mil veces más elocuente que las palabras, me dijo: '¿Ha visto usted qué grosero es aquel señor?'

Yo me incorporé, mire al fumador irrespetuoso con cierto aire de superioridad y... también con la mirada ¡sólo con la mirada! dije a la dama de mis pensamientos: 'Ya se irá usted convenciendo de que supo escoger sitio, señora mía... Soy un poco más galante que el caballero del otro rincón. pero es que yo la voy adorar con todo el alma por hermosa, por buena, por interesante...' en fin: le dije con el pensamiento mil barbaridades y seguí callando...

La noche del vagón se hizo de repente más densa en derredor nuestro: yo me creí más cerca de mi amble compañera. Me parecía que nuestras almas chocaban ya en medio de aquella peligrosa sombra; nos veíamos mejor y... ¡hasta se me figuró que comencé a oír el diálogo de nuestros pensamientos, como un dulce susurro que se destacara sobre el atronador estrépito del tren en marcha! Sin embargo: aquel supuesto diálogo no contenía más que un rumor positivo y cierto: el débil y entrecortado acento de un suspiro que del pecho de la joven salía alguna vez, que venía a morir en mi oído sin turbar el sueño de los demás.

Así iban pasando las horas preñadas de ilusiones ante nuestra vigilia, y así nos sorprendió el azulado resplandor de la luna menguante, llegada la media noche. En las curvas y recodos del camino los plateados rayos del astro triste metían en él, por el borde de las cortinillas, sus agujas de blanca luz. Algunos de ellos fueron a caer sobre la faz interesante de mi compañera: entonces sí que me pareció una esplendorosa visión...

En medio de esta deliciosa embriaguez se asaltó de súbito un gran temor. El día habría de venir alguna vez. Jamás hasta entonces me pareció odiosa el alba. Si yo hubiese podido coger de sus doradas greñas al astro rey con mi mano, no hubiera osado asomar su jeta a orrecida por el horizonte. Para ser completamente feliz no hubiera yo necesitado sino que se prolongara eternamente la noche ante mis ensueños, en aquel vagón oscuro lanzado a toda máquina sobre unas cintas metálicas. La vida que a mi espalda quedaba, con toda la trabazón de sus múltiples afectos, era para mí como otra vida ya pasada, a la cual no debería volver. ¡Soñar y soñar siempre, confundido con mi compañera en aquel vellón de sombra; fantasear lo que habría sido en lo pasado aquella existencia, para mí ahora tan interesante; levantar una a uno, día a día, todos los de su vida ante mi pensamiento, vistiéndolos de pura felicidad; husmear en el fondo

de aquella alma desconocida; recorrer los rincones de aquel corazón misterioso; adorar, en fin, a la esfinge carnal, que el acaso puso en mi camino, sin otros estímulos que aquella esplendorosa visión cuajada en un rayo de luna, su gorrita escocesa y el elegante pliegue de su falda sobre la curva y poderosa cadera... ¿para qué más dicha?

Estaba a punto de romper en mí la canción de amores que duerme en los labios de todo caminante. Confieso que la fiebre me enloquecía, y que... me alegré de ver el día claro en Alcázar de San Juan.

Despiertos los que dormían, todos salimos a tomar el desayuno en la fonda.

La bella y rubicunda extrajera salió del vagón también; pero hecha una rosa de primavera: sus mejillas parecían de estreno; en sus ojos brillaba la luz del día anterior. Yo no me veía, pero me presumpía pálido y ajado. Después del desayuno tornamos al vagón. El ingeniero había desaparecido.

—¡Qué buenas amigas son nuestra flores! —me dijo con marcado acento extrajero, al verlas en el asiento confundidas.

¿Qué clase de mujer es ésta? —me pregunté admirado.

E iniciado por ella, entablamos un diálogo en el cual la dificultad de expresión era un nuevo encanto, y en el cual miré simbolizado el premio que se concedía a mi corrección durante la noche sucesiva...

La conversación iba teniendo para mí más encanto que el vago cavilar de la noche pasada...

Mi compañera era hija única. Viajaba con sus padres y con su tía paterna —la más fea de aquellas dos señoras— que ahora seguía con el rabillo del ojo nuestro coloquio. Había venido a Gibraltar y de allí saltaron al Africa para ver Orán y Argel. Retornaron a España por Málaga; habían pasado la Semana Santa en Sevilla; visitaron las ruinas de Itálica, y de un vuelo... ¡a Granada! ¡Oh, Granada!

Yo venía ahora de Granada: aquel clavel que conversaba con sus rosas en el asiento, en el espacio libre que nos separaba, era uno de los cármenes del Darro. ¡Qué lástima! ¡No nos habíamos visto en Granada!...

Ellos habían vuelto a Córdoba y habían descansado allí dos días, sólo por ver la Mezquita. Ahora marchaban a Madrid con el propósito de visitar el Museo, correrse al Escorial y dar una ojeada a Toledo.

Para ellos el viaje era un medio educador, y los jefes de las estaciones los mejores maestros. Recorrían el mundo atraídos por las grandezas del arte humano y olvidados de la vida menuda y corriente de la ciudades. Lo que ellos visitaban era aquellas encarnaciones grandiosas que por su excelsitud habían perdido el sello de localidad y podían ser consideradas como gigantescas florescencias de la humanidad toda. La guía del viajero les ofrecía el mapa ideal de lo que es de todos por igual, y conducidos por ella revoloteaban por el planeta como las mariposas por el campo, oteando paisajes y monumentos para los cuales eran letra muerta los límites y fronteras en que los hombres quieren encerrar y sofocar el alma del mundo. De estos vuelos y escauceos, sacaban ellos un fuerte consuelo y un poderoso sentimiento de amor. El hombre que veían en sus viajes era el hombre bueno y grande: la vida que ellos atisbaban era digna de ser vivida y de ser amplificada con el propio esfuerzo, para que los demás hombres la contemplaran con admiración también.

Yo escuchaba embelesado, ¡qué digo embelesado!, enloquecido, a mi linda compañera tan bonitas cosas...

Si viaje por Andalucía la había convencido de que en España se habla muy mal el español; pero su visita a nuestro pueblo la había reconciliado por completo con nosotros. Desde su país, quizá por su escasa cultura, no descubría allí más que dos grandes cumbres poco admiradas aquí: Cervantes y Velázquez. Las demás, si existían, eran bajas colinas que apenas descollaban sobre las fronteras. Los toros le hicieron poner un mal gesto y la habían causado un gran pavor. 'Sangre, sangre' -repetía como hipnotizada por el recuerdo. Aquello era una insensibilización. Lo de los caballos, otra. Y todo lo que no fuera matar al toro a la primera, feo, muy feo.

-¿Por qué no quitan los caballos?- me preguntó.

-Habría una revolución si se intentara.

-En Alemania la habría por quitarlos.

En esto el tren se deslizaba sobre la estepa manchega, ya vestido de tul verde, y ante la ventanilla pasaron fugaces las imágenes de algunos molinos de viento. La alemana tendió la mano hacia ellos y muy recogida gritó: -¡Cervantes, Cervantes!

La hice comprender que atravesábamos la supuesta patria del genial Don Quijote, y que aquellos vetustos molinos inspiraron a nuestro inmortal alguna de las aventuras que hizo correr al romántico caballero. Entusiasmada de júbilo se dio a palmotear y a brincar, y llamó la atención de su familia con un borbotón de frases, de las cuales yo no entendía más que las palabras 'Cervantes' y 'la Mancha'.

Todos pusiéronse en pie y la rodearon para otear el paisaje. Aquella ideal figura de mi bella berlinense, toda delicadeza y gracia, brincando de alegría ante la desierta llanura que pasaba,

me impresionó vivamente. Había en el entusiástico homenaje al recuerdo de sus lecturas, algo de la propia grandeza del hidalgo manchego; algo de la singular locura que alguna vez le hiciera empuñar su lanza y enderezarla contra las aspas de un molino, creyéndolo un gigante. -¿Es usted de la Mancha?- me preguntó de repente con cierta picaresca malicia.

-No tengo ese honor- repuse, estimando en sus palabras una intención que acaso no tuvieran.- Pero también veo encantamientos en cualquier parte, y hasta me siento capaz de aventuras frente a unos rizos dorados y una gorrita escocesa.

¡Nada! Que empecé a perder el poco seso que me quedaba.

No sé si me entendió. Lo que puedo asegurar es que compuso un poco su semblante, que me llamó de nuevo pintoresco y que continuó largo rato con sus ojos de par en par abiertos sobre la extensa planicie...

-¿Y... nada más? -preguntará tal vez algún curioso.

-¡Y... nada más!

En la estación de Madrid nos despedimos luego. Y al estrechar, quizá por última vez, la mano de mi hermosa compañera, creo que estábamos tristes ¡muy tristes! y que... entramos nos quedamos silenciosos, como heridos de un mismo pensamiento. ¡Por qué habrá trenes expresos en el mundo!"

(Mi tren expreso págs. 92-110)

815

APENDICE VII: FRANCISCO AQUINO CABRERA

SENSACIONES (1900)

En la liza
A mi madre

¿Qué lucha? Luchando vivo.
¿Qué no ceda?—¡Quién desmaya!
¿He de llegar?—¡Pues arriba!
¿Rodaré al fondo?—¡Qué caiga!

.....

Siempre los mismos anhelos
y siempre las mismas ansias
y el tiempo agostando vidas
y los desengaños, almas.

Siempre los mismos afanes
y las mismas esperanzas
y el tiempo inmutable y frío
deshaciéndolos en lágrimas.

.....

¡Un poco más! Ya vislumbro
el final de la jornada,
y es meta que nadie pisa
y es cumbre que nadie escala.

¡Qué interminable camino!
¡Qué áspera senda y qué larga!
No hay trecho sin un abrojo,
no hay linde sin una zarza.

.....

¿Qué lucha?—Luchando vivo.
¿Qué no ceda?—¡Quién desmaya!
Como el acero en el fuego
se temple en la lucha el alma.

.....

¡Tienes razón: muchas veces
cedo en la fiera batalla,
cuando la duda me hiere
o el desengaño me mata.

¡Es tan brutal la refriega!
¡es tan sangrienta y tal larga...!
La envidia, el desdén y el odio

esgrimen tan bien sus armas!

.....

Dices bien... Dulces consuelos
jamás a mis penas faltan,
pues cuando triste y sin fuerzas
llego al umbral de mi casa,
encuentro, bálsamo santo
que mis heridas restaña,
unos ojos que me miran
con indefinibles ansias,
unos labios que me besan
y unos brazos que me aguardan...

.....

¿Qué luche?—Luchando vivo.
¿Qué no ceda?—¡Quién desmaya!
¿He de llegar?—¡Pues arriba!
¿Rodaré al fondo?—¡Qué caiga!

.....

Si triunfo, cuántos laureles
que poner sobre tus canas!
Si caigo... ¡pobre de mí!
pero tú no temas nada.
Para escuchar tu vejez...
'Dios dará temple a mi alma!

En el Norte

Para Salvador Rueda

Sentado en el escarpe de una montaña,
que el Cantábrico fierro rudo tantea,
vuelvo a ratos mi vista, que el llanto baña,
buscando entre la bruma mi pobre aldea.

En lejanos confines, que otro mar toca,
la adivinan mis ansias de desterrado,
recostada al abrigo de ingente roca,
bajo su cielo inmenso, jamás nublado.

Blanca con la blancura de la paloma,
cercada de sus huertos y sus vergeles,
que ,imosos la embriagan con el aroma
de sus nardos, sus rosas y sus claveles.

Amante de lo bello, doquier lo halle,
rindo, Norte, a tu suelo ferviente culto;
no hay para mi en tu tierra perdido valle,
ni riachuelo ignorado, ni bosque oculto.

Amigo de los genios de tus cavernas,
conozco las leyendas de tus ruinas,
giro en las espirales de tus galernas
y floto entre los pligues de tus neblinas.

Pero más que tu sierra brumosa y fría,
tus bosques de manzanos y tus jarales,
pprefiero mis riberas del Mediodía,
sus naranjos, sus palmas y sus maizales.

Yo, más que el amor tibio de tus mujeres,
melancólicas, rubias y soñadoras,
prefiero los arranques de aquellos seres
de ojos negros y trazas de reinas moras.

Y más que tu lenguaje severo y frío,
que el concepto más amplio ciñe y acota,
prefiero la cadencia y el murmurio
de mi charla andaluza, viciada y rota.

¡Oh noches deleitosas de mi Almería,
llenas de luz, de aromas y de cantares!
Del Norte en la brumosa región sombría
son jirones de niebla los luminaires.

¡Oh fiesta improvisada bajo la parra!
¡Oh cita misteriosa junto a la reja!
¡Oh pregón incopiable de la guitarra,
que es plegaria y es himno, suspiro y queja!
.....

Yo más que la montaña brumosa y fría,
los bosques de manzanos y los jarales,
prefiero mis riberas del Mediodía,
sus naranjos, sus palamas y sus maizales.

De mi tierra

Para Julio Pellicer

Muestra en su tez alabastrina y pura
tonos de luz del refulgente día,
y en su pelo, de fina sedería,
las negras tintas de la noche oscura.

Guarda en su boca la eternal frescura
de la rosa sin par de Alejandría,
y al andar con gentil coquetería
entona himnos de amor con la cintura.

Su mirada de lumbre abrasadora,
enloquece, fascina, aturde o ciega,
e incitante, nerviosa, soñadora,

la juzga aquel que a contemplarla llega,
soberbia mezcla de andaluza y mora
con algo propio de la estatua griega.

Ausencia

Para José Durbán

Tienes razón, vida mía,
tú eres la triste palmera
y yo el solitario abeto
de la alemana leyenda.
Yo del Norte en la montaña,
siempre de nieve cubierta,
y tú en el tostado suelo
de la andaluza ribera,
ausentes y enamorados
nos morimos de tristeza.

Inútilmente el abeto
alza su copa soberbia
por vislumbrar en sus ansias
las abrasadas arenas
donde de amor y de celos
sus ramas lánguidas seca
la palmera solitaria
de la andaluza ribera.
¡Jamás vislumbrarla puede,
nunca a distinguirla llega,
pues a su anhelo se oponen
con inhumana fiereza,
el cierzo que lo entumece,
el noto que lo doblega,
la escarcha que lo aprisiona,
la nieve que lo soterra...
¡hasta la misma neblina
que aún siendo ténue... lo ciega!

Inútilmente también
alza su verde cimera,
por vislumbrar a su abeto,
la palma de la leyenda.
¡Jamás distinguirlo puede,
nunca a vislumbrarlo llega,
pues a su antojo se oponen,
matándola de tristeza,
el viento que la enmaraña,
el terral que la desgreaña,
el aquilón que la cimbra,
el rojo sol que la enerva...
el vaho mismo de aquel suelo,
polvo de luz... que la ciega!

Tienes razón, vida mía,
la historia de nuestra ausencia

tiene los ojos amargos
de la alemana leyenda.
Yo del Norte en la montaña,
siempre de nieve cubierta,
y tú en el tostado suelo
de la andaluza ribera...
ausentes y enamorados
nos morimos de tristeza.

Amorosa

Para José Jesús García

Siéntate junto a mi, calor de mi alma,
posa en mi pecho tu gentil cabeza
y, mientras yo convulso y delirante
desrizo tu sedosa cabellera,
cuéntame tú, con el decir mimoso
que más caricias que palabras lleva,
de nuestra ausencia dilatada y triste
las angustias, las ansias y las penas.

¡Qué hermosa estás así! La misma luna,
mudo testigo de la amante escena,
con sus haces de rayos plateados
te acaricia solícita y te besa;
se mira en los cristales de tus ojos,
da extraño brillo a tus pestañas negras
y al rielar en las ondas de tu pelo,
pone nimbo de luz a tu belleza.
¡Qué hermosa estás así! ¡Ni aún el deseo
tan acabada perfección fingiera!

.....

¡No te apartes de mi! Tu aliento tibio,
germen de vida a mis entrañas lleva,
el eco de tu voz sonora y dulce
mi tedio extingue y mi pesar aleja,
y ante esta comunión de nuestras almas,
vibra mi ser, con vibraciones nuevas.
¡No te apartes de mi, ya que el destino
cortó, piadoso, nuestra triste ausencia!

¡Siempre juntos los dos! Yo fuerte abeto
y tú sencilla, pero amante hiedra,
la misma brisa que mis ramas bese
será la brisa que tus flores mueva;
el fiero golpe que mi tronco humille...
el mismo golpe que te incline a tierra.

Después del desastre
A España

Para Plácido Langle

¡No tienes salvación! Aires de muerte
rondan de cerca tu organismo helado;
tu cuerpo envilecido y desangrado
pronto será como despojo inerte.

Impúdica y venal, para perderte
a la vil abyección te has entregado;
ni esperes redimirte del pecado
ni alzarte esperes, triunfadora y fuerte.

¡No tienes salvación! Liviana olvidas
tus hondos duelos, tus profundas penas,
y en vez de restañar tus cien heridas,

apagas el crujir de tus cadenas
con el clásico "olé!" de tus corridas
y el loco vocear de tus verbenas.

Desaliento

Para Miguel Moya

Dicen que ya no me quiere,
dicen que ya me ha olvidado
y que otros amores nuevos
mis amores ahuyentaron.

Dicen que mi trato esquiva,
que mi voz la causa enfado
y dicen que ya mi nombre
no acude nunca a sus labios.

Madre, yo quiero ser bueno;
madre, yo evito ser malo;
pero ¡ay de mi, madre mía!
si como dan en contarlo,
es verdad que no me quiere,
y es verdad que me ha olvidado...

Diga el mundo lo que diga,
yo de concebir no acabo
que pueda trocarse en odio
amor tan grande y tan santo;
que esquiven mi vista, bruscas,
ojos que por mí lloraron
y que ya jamás acuda
mi pobre nombre a sus labios.
¡Nombre que tanto enlazaba
a labios que besé tanto!
¡Bien la aconsejó la envidia,
bien los celos la agujaron,
bien me envolvió la calumnia,
si como dan en contarlo,
es verdad que no me quiere
y es verdad que me ha olvidado!

Madre mía, siempre, siempre,
busqué refugio y amparo
de borrascas de la vida
en el puerto de tus brazos.
Y siempre para mis penas
alivio encontré probado
o con tus santas lecciones
o con tus consejos sanos.
Herido en mitad del alma
vengo a echarme en tu regazo,
que dolor que tú no alivies
mal no le podrá aliviarlo.
.....

Mira que quiero ser bueno,
mira que evito ser malo,
y ¡ay de los dos, madre mía!
es como dan en contarlo,
es verdad que no me quiere
y es verdad que me ha olvidado...

Así eres

Para Antonio Ledesma

Rayos de oro de la luz del día,
negros vellones de la noche oscura,
sombra, aromas, colores y frescura,
rosas y lirios de la selva umbría;

conchas y perlas que la mar bravía
avara esconde en la insondable hondura,
para formar tu espléndida hermosura
Dios escogió... y naciste, vida mía.

Con la obra de tu ser encariñado
y por que a todos venzas y deslumbres
con el rigor de tu mirar airado,

prestó a tus ojos de su sol las lumbres;
mas ¡ay! dejó en tu pecho despiadado
la eterna nieve de las altas cumbres.

Cantares

Para Salvador González Anaya

He dado tanto en pensar
que ya para mi te has muerto,
que algunas veces te lloro
y algunas veces te rezo.

Tú ves fulgores de gloria
en cada aurora que viene;
yo, en cada día que nace,
una esperanza que muere.

No tiembles cuando a contar
nuestros amores comienzo,
que ya te juré aquel día
guardar siempre aquel secreto.

Por mi ya pueden secarse
las rosas de ese rosal.
¡Con las rosas de su cara
para qué quiero yo más!

Dueño de mi voluntad
te he de olvidar, porque quiero.
Te he de olvidar... ¡pero aún flotas
en las nubes de mis sueños!

No te vayas, te lo pido
por la salud de tu madre;
mira que sin ti me quedo
solo y sin calor de nadie.

La mordedura del áspid
se cura por el cauterio;
para un alma envenenada
busco una mujer de fuego.

Jurando que me desprecias
dicen que vas por ahí;
ahora es cuando me convenzo
de que estás loca por mi.

Harto de torpes placeres
me alejo, al fin, de tu lado;
cuida no se desborde el vaso.

Nunca llegues a quererme
tanto como yo te quiero
y no te herirá la duda

ni te matarán los celos.

Mira tú si mi desdicha
es una desdicha inmensa:
¡vivo esclavo de un amor
que a mi mismo me avergüenza!

Jura que ya no me quiere
y juro que no es extraño;
jura que ya quiere a otro
y juro que jura en falso.

Mira tú hasta donde alcanza
mi desventura, y si es cierta,
que he fundado mi esperanza
en el amor de una muerta.

Dos veces han conseguido
verme por las calles ebrio:
en la noche de una boda
y en la tarde de un entierro.

Flores de vivos colores
sobre su sepulcro hacinas.
¡Muerto, corona de flores;
vivo, corona de espinas!

No le temiera a la muerte
si al morirme me enterraran
en la zanja de tu seno
o en el hoyo de tu barba.

Ni me tienes que pedir
ni yo te tengo que dar;
si yo te enseñé a querer,
tú me enseñas a olvidar.

Sigue cantando, mujer,
que cada copla que cantas,
como bienhechor rocío,
me va cayendo en el alma.

No te quiero, no te quiero,
no te quiero querer ya;
por mucho que tú me quieras
no te he de querer jamás.

Traición que de ti me aleja,
en rigor, no me maltrata,
si una ilusión me arrebató
una enseñanza me deja.

Ojos grandes, pelo negro,
labios rojos, tez morena...
¡Como la Virgen del Carmen,
la patrona de las Huertas!

¡Tienes el pelillo rubio,
como la paja de trigo
zilé por el mes de Julio!

No rías, por Dios te pido
que ceses de reir tanto;
mira que tengo aprendido
que al fin pagamos con llanto
todo lo que hemos reido.

Fija tu vista en la mía,
no me dejes de mirar,
que mirándome en tus ojos
haré mi mejor cantar.

A mitad de la jornada
cerca de mí, caes yerto;
no puedo hacer por ti nada,
beso tu semblante yerto
y... hasta luego, camarada.

Por desgremados y fríos
no desdeñes mis cantares.
Son mis ansias y mis penas
amasadas con mi sangre.

De Arte

Para Antonio Fernández Navarro

No hagas traición a tu gentil belleza:
 retira de tu lecho,
 tibio nido de amor y de pereza,
 la fina Holanda, de inmortal blancura,
 el albo encaje, por las hadas hecho,
 la nivea vestidura...
 y haz que resalte en su hermosura excelsa
 como sueño de artista tu escultura.

Por muy viva que sea,
 ante la luz febea
 apenas brilla la rojiza lumbre,
 así es tu cuerpo entre el sutil ropaje:
 copo de nieve en la nevada cumbre.

Rinde al arte homenaje,
 viste de negro el primoroso lecho
 donde a esos sueños de vestal te entregas,
 y deja ver del cuerpo de alabastro
 los trazos firmes de tus formas griegas.

Deja que se dibujen con bravura,
 despertando sensuales languideces,
 las helénicas formas,
 las dulces redondeces
 de tu sin par figura...
 las líneas todas del gallardo escorzo
 que deja ver tu femenino hechura

¡Ya eres presa del arte!
 Ya sobre el fondo negro abandonada,
 en soberbio desnudo,
 con no sentidas ansias te entreveo...

Déjame más de cerca contemplarte;
 nada temas, mujer, para copiarte...
 ¡mandé callar a mi brutal deseo!

A Ti

En las hojas de mi libro
leer Jeja a los demás,
que en sus páginas extrañas
sólo lo escrito leerán.

En los blancos de mi libro
sola tú, mi bien, verás
las canciones sin palabras
que a ti dedicadas van.

Aves tímidas, medrosas,
que, por no turbar tu paz,
en las ruinas de mi alma
acurrucadas están.

En las hojas de mi libro,
cien y cien nombres verás;
sólo tu bendito nombre
escrito en ellas no está.

En los blancos de mi libro,
que no he de escribir jamás,
tu dulce nombre mil veces
tu propio instinto hallará;

que con llanto de mis ojos
tu nombre tracé, tenaz,
en las páginas extrañas
que en blanco en mi libro van.

Dulces recuerdos son estos
de aquella lejana edad
en que, con el acre zumo
de fruta verde y agraz,

la historia de nuestras ansias
y de nuestro amante afán
trazábamos, cautelosos,
de albo papel sobre el haz.

Signos invisibles, mudos,
para todos los demás;
signos que, al fuego, cobraban
forma y expresión real.

Con el llanto de mis ojos,
de mis penas jugo agraz,
en los blancos de mi libro

sola tú, mi bien, verás,

esas sentidas canciones
que a ti dedicadas van,
y quiero que el mundo ignore
para no turbar tu paz.

¡Al calor de tus pupilas,
si de mí te acuerdas ya...
las canciones de mi alma
cuántas cosas te dirán!

AL VUELO (1912)

La Urbe

En el suave declive de una ladera, que antes de llegar a la playa se convierte en dilatado plano, se asienta la ya populosa Ciudad de casas blancas y menudas y de calles estrechas y torcidas como serpientes, por donde anda suelta la poesía.

Rotos o grieteados o erizados de aspilleras y decapitados torreones vacilantes, documentos vivos de otros tiempos y otras gentes, enterrados en la gran fosa del pasado por el polvo y la roña de los siglos, coronan como signos de pretérita realeza, la curvatura de la urbe.

El mar latino de aguas azules y planchadas, acaricia y besa con mimosos halagos de enamorado, las niveas plantas de la ciudad riende y si a las veces, celoso o descontentadizo embiste contra los acantilados de la roca o golpea furioso los estribos y contra fuertes de los majestuosos montes urcitanos tanteándolos con arremetidas de gigante pronto recobra su natural serenidad, y dolido de su rudeza, viste la atormentada playa con los finos encajes de su espuma y llora sobre las peñas de la costa lágrimas salobres de verdadera contrición, que la luz del sol poniente torna, de súbito, en deslumbrantes gotas diamantinas.

For entre las torres de los templos y los africanos minaretes de las azoteas meridionales, vense, de trecho en trecho, compactos moños de verdura, denunciadores de los paseos y plazas de la urbe, como otros tantos oasis refrescantes en medio del paisaje calcinado.

En las quebradas de las colinas y en las faldas de los montículos en que se asientan los viejos torreones rectangulares y por donde corren las terrosas murallas hundidas, descoyuntadas y deshechas, alza el nopal sus carnosas y punzantes palas, que nimba con aureas tonalidades la flor de oro de su fruto.

En las terrizas de los ramblizos y en los repachos de las hondonadas extienden los atirantados parrales sus tallos espartosos cuajados de rizados caireles y de pámpanos verdinegros, como palios protectores de las nidadas bulliciosas y del misterioso germinar de estambres y semillas en el seno de la fecunda tierra.

En los aleros de los terrados y en los barandales del balconaje de los edificios fronterizos a la bahía, macetas

cuajadas de geranios y de claveles y tiestos repletos de albahaca, aroman el ambiente, un tanto enrarecido por el polvo de oro de la tarde; y por las cercas encaladas de los huertos dejan caer los plátanos exóticos la airosa banda de su fronda.

En el pórtico de la Ciudad una cuádruple fila de palmeras da a los aires sus ramas triunfadoras; en tanto que hacia Oriente se extiende más y más la gran planicie de la vega, de un verde rabioso y lujuriente tocada aquí y allá de los mil puntos blancos de los enjabelgados caseríos.

Entre la zona europeizada de la Ciudad donde existen los pulcros boulevares y la ubérrima vega dilatada, muestra una honda rambla su lecho seco y descarnado. El sediento y encauzado brazo, desnudo de sombraje, es una nota desoladora en el soberbio lienzo de la urbe.

La parte occidental de la Ciudad nos brinda un panorama eminentemente africano. Las Cuevas y las casucas de tosca y modestísima traza trepan, vertientes arriba, por los recuestos de la Solana. Huertas de mísero cultivo que alimentan norias de árabes artes y que recuerdan las pobres vegas de algunos aduares rifeños, decoran las menguadas márgenes de los ramblizos. Unas cuantas higueras señalan las lindes de las humildes heredades; y de cuando en cuando una palmera centenaria abre, como en mitad del cielo azul, la verde cimera de sus ramas.

En la entraña de la ciudad por cima de las azoteas de corte tunecino y de las frondas de las arboledas, se destaca la Catedral, de tosca y pesadísima fábrica y aspecto de formidable fortaleza. La inmensa mole proyecta densa sombra sobre el apiñado y albo caserío.

Declive abajo, en un plan inferior y frente al mar, se divisa la mancha gris de los Asilos, el albergue de toda pena, un amplio y vetusto caserón que, como un angustioso quejido petrificado, se alza a la vera del palmeral de la avenida.

Unas cuantas chimeneas de airoso porte diseminadas por el contorno de la Ciudad, como signo de la vida fabril de todo un pueblo, sueltan al aire la negra crencha de su humo. Son algo así como inmensos pebeteros encendidos en la orgiástica fiesta del trabajo.

Al filo de la arenosa playa, entre la rambla polvorienta y el prado de esmeralda de la vega, ancla un pesado muelle de hierro los corvos y puntiagudos garfios de su base. Sobre los acerados rieles de la plataforma de la techumbre, una máquina de vapor arrastra perezosamente un

convoy. La máquina silba con estrépito; densa humareda se escapa de sus entrañas abrasadas y por los claros del maderamen y por la urdimbre del enrejado del armatoste, llueven detritus y granos de minerales, que manchan el azul purísimo del mar, con tonos azafranados y terrosos. A las veces, cuando el silbato de la locomotora se torna en un aullido desesperante y el convoy entero patina trabajosamente, haciendo crujir todos los soportes del calado muelle, semeja este, inmenso jaulón, en el que se despreza amedrentadora una fiera.

Encuadran el lienzo de la urbe, de un lado, las estribaciones de Sierra de Gádor y los calizos montes virgitanos, en uno de cuyos estribos, hirsutos y rocosos se alza el Castillo de San Telmo, inofensivo y débil; pero vigia escrutador de toda la líquida llanura. De otro, la generosa Sierra Alhamilla, con sus afloramietnos de hierro magnético, sus manantiales salutíferos y su gran riqueza forestal. Y de otro, allá entre las brumas de la lejanía, las volcánicas derivaciones de la cordillera penibética que corre, millas y millas, mar adentro, para formar el cabo de Gata y alentar a los navegantes con la promesa de su faro.

De ambos extremos del poblado arrancan dos colosales brazos de piedra que estrechan amantes el dulce remanso de la bahía.

Un cielo esplendente, de un azul purísimo e intenso, lo cobija todo...

Tal es, vista desde el Morro de levante en una caliginosa tarde de estío, la riente ciudad de casas blancas y menudas y calles estrechas y corcovadas, por donde anda suelta la poesía.

La lluvia

¡Llovió!

La madre tierra, sedienta y dolorida ha recibido como una bendición de Dios esta fecundante y anhelada lluvia de tres días.

La tierra andaluza, de cuyas entrañas generosas se han escapado durante tantos meses hondos quejidos de mortal angustia, acogió con amorosas ansias el beso refrescante de la lluvia, y pródiga de suyo y agradecida como nadie, paga a los Cielos el beneficio que recibe, vistiéndose en Otoño con todas las galas y con todos los esplendores de una primavera que rompe.

Se han desperezado los tallos de las parras, de cuyos racimos ambarinos penden aún irisadas gotas diamantinas; abrieron sus arcos triunfales las palmeras; negrean, de puro verdes, las frondosas higueras del ribazo; barnizó el agua las regulares y lustrosas hojas del magnolio; una fina labor de pulimento brillantó el ropaje de los naranjos y limoneros en los cercados y de los tardíos maizales en las vegas, y el campo todo se ha vestido, súbitamente, un primoroso traje de esmeralda.

En las macetas de los aleros y en los tiestos de los barandales irguió el nardo, pebeteros de afrodisiacas esencias, la esbelta vera de sus tallo; esponjose la albahaca, la más modesta y peregrina de todas las matas andaluzas, abrió el jazminero las mil estrellas de sus flores albas y purísimas, y los geranios multicolores, y las petunias delicadas y las enredaderas trepadoras, puséronse a tributo para formar una deslumbrante orgía de matices.

Sólo los altos castaños de la Avenida han llorado unas cuantas hojas, ya marchitas, a las primeras caricias de los vientos otoñales.

La ciudad, tostada y sedienta, también ha recibido la lluvia como un precioso don de las alturas.

La ya populosa urbe de casas menudas, mar planchado y cielo esplendoroso, tuvo que fiar siempre al Dios grande el remedio de sus desdichas.

El agua abundante que venga a nutrir sus veneros siempre agotados; el vendaval impetuoso y fiero que arrastra lejos todas las impurezas de un ambiente mortífero, por

olvido de los más elementales principios de la higiene; la avenida devastadora, que entrando a saco por ciudades y por aldeas, restituya a cada uno lo que usurpara la codicia; al río, su cauce; a la rambla su natural terrera; al descoyuntado barranquizo su prehistórica quebradura; a la misma calle urbana y europea, la línea recta que la propia estética le señalara...

Recuerdo de amistad

Carta de Salvador Rueda a Celedonio J. de Arpe con motivo de la muerte del poeta Aquino.

Mi querido Arpe: Me figuro el rato amarguísimo que habrá sufrido tu corazón, cuando en tu viaje de acompañamiento al Rey, hayas entrado en Almería y te hayas encontrado con que la bella ciudad, ya no tiene a tu poeta Paco Aquino. Bien podemos decir tú y yo, que hemos perdido un hermano. También habrás encontrado de duelo al elemento literario de la capital y a las autoridades civiles, las cuales hicieron al nobilísimo Paco unas honras fúnebres brillantísimas, no sabiendo como darle la despedida última al insigne poeta. Eso le llamó aquel Clarín inmortal en nuestra literatura: poeta ilustre, poeta admirable. Y acertó Leopoldo Alas, el crítico con quien tú sostuviste triunfalmente tu primera discusión estética. Acertó, porque Paco Aquino, como poeta, y aún como persona, era una vena de salud, un manantial de versos claros, limpios y sustanciosos. cuando dos días antes de morir el poeta almerense, tú lo llevaste a mi casa, desbordaba vigor, como su lírica natural. Recuerdo que al coger un libro mío, que él deseaba poseer, se lo dediqué de este modo: Al noble poeta Paco Aquino, cuyos versos me huelen a trigo de flor y a fragancia de naranjal. Sin quererlo, yo hice en frase descuidada y sencilla, un juicio exacto de su arte castellano. En esta época en que, salvo los casos consiguientes, una inmensa ñoñería poética invade con lamentables y cloróticas imitaciones del decadentismo francés, las veinte Naciones latino-americanas y España misma, es digno de que se eche el campanario a vuelo cuando se está frente a un poeta que canta con sus nervios y con su corazón, sin recurrir a hacer el diezmillonésimo calco del francés. Debían imprimirse las poesías de Paco Aquino y debían ser desparramadas espléndidamente sobre España y sobre América como una lluvia sana que cae sobre tierras enclenques de poesía. De algunos años acá, o no conocía la labor lírica de Paco, pero la de sus años mozos, me hacía el efecto de ver rutilar pilas de trigo bajo el sol, en las cuales podrían meterse las manos para santificarlas ¿Es semejante a aquella su obra posterior? La primera fue la que le valió el espaldarazo de Clarín: él lo armó caballero noble de la lírica.

Y un hombre que en su forma corporal y en su arte, poseía tanta salud, murió de un soplo como la cosa más feble, como la luz más vacilante. Aún tenía yo en mis brazos el calor de los suyos, todavía conservaban mis manos la tibieza amistosa de sus manos, cuando el telégrafo nos sacudió aquel zurriago eléctrico de la muerte de Aquino; hubo que tragarse la noticia desmesurada y enorme con la violencia y la protesta que se traga una descarga del cielo un pararrayos...

¿Lo querrás creer? yo me he desvelado muchas noches, asaltado por el trágico recuerdo de este amigo tan leal, tan puro, tan entrañable: le he rezado con los labios impalpables de mi espíritu, he humedecido su memoria con mis lágrimas. Algo caro de mi vida hubiera yo dado porque no muriese aquel hombre pleno de fuerza en cuya cara parecía estar dando siempre la reverberación de un naranjal del mediodía...

Tú, su hermano gemelo en nobleza y hasta en haber sido instituido por Clarín, habrás pasado unas horas crueles durante el viaje real por Almería. Los poetas de esta ciudad del sol, deben consagrarle después de muerto, vertiendo las armonías de sus versos sobre su sepulcro. todos los días no muere un poeta original.

Adiós, recibe un gran abrazo de tu devotísimo y entrañable amigo.

SALVADOR RUEDA

Madrid, enero 1911.

¡Granada!

¡No es sueño de artista,
no es vana quimera
ni ficción de la mente alocada
ni espejismo del alma suspensa!
¡Es Granada..., la tierra bendita,
la Ciudad de las fértiles vegas
de los días radiantes y puros
y las plácidas noches serenas
luminosas y tibias, cuajadas
de cantares, de aromas y estrellas.
¡Es Granada, la huri tentadora
que fue musa inmortal del poeta
recostada en su lecho de flores
de esmeraldas, granates y perlas;
vestida de raso,
de soberbios encajes y sedas
con los ricos chapines de oro
con que el Darro sus plantas estrecha...
con la egregia corona de plata
que la ciñe mimosa la sierra!
Dejadme que vague
por sus calles torcidas y estrechas
todas llenas de frescos claveles,
de jazmines, de albahaca y de hiedra.
Por las calles umbrosas que entoldan
compasivas, galantes y espléndidas,
las parras amantes
que lascivas se abrazan y besar
con su urdimbre espartosa de tallos,
sus rizos caireles
y sus bíblicas hojas inquietas.
Altar de mis ansias
y de mis tristezas,
al final de la calle entoldada
aún descubre mi anhelo una reja
¡Oh reja morisca!
que suspiros tan tristes me cuestras
al verte desnuda
herrumbrosa, sin vida y sin... ella!
Agostose el rosal primoroso
pebetero de gratas esencias,
se murieron las aves doradas
de irisados plumajes de seda,
y una tarde de invierno, muy fría
un aire de ausencia
apagó para siempre una vida
y engendró para siempre una pena.

¡Pobre niña de rostro moreno,
 atrevida y artística mezcla
 de contornos y líneas y rasgos
 de andaluza, de mora y de griega!
 Dejad que de hinojos,
 a la Santa Patrona haga ofrenda
 de mi alma de niño
 de impiedades y dudas exenta;
 y en la charla infantil de otros días
 a su Trono esta súplica ascienda
 "Virgencica pura,
 Madrecica excelsa
 por tu angustia tan honda y tan fiera,
 mis grandes amores,
 mis ansias eternas...
 a mi padre adorado en los cielos
 a mi madre del alma en la tierra...
 Dejádme, dejádme
 que contemple la pródiga Sierra
 arca santa del bético pueblo,
 fuente madre de miles de vegas;
 portentosa y gigante muralla,
 granítica cerca
 que a la mágica Alhambra protege
 de la torpe codicia agarena.
 ¡Que hermosa, que hermosa,
 a mis ojos se ofrece esa Sierra,
 con su falda de tonos del iris
 y su nivea y vistosa diadema!
 ¡Cuántos días la han visto mis ojos,
 cuántas noches la han visto mis penas,
 al rondar por los valles floridos
 de una infancia lejana y risueña;
 al llamar a un hogar apagado
 o al besar unos palmos de tierra!
 ¡Oh, brisa cargada
 de serranos efluvios y esencias...
 ¡Qué memorias tan tristes me traes
 qué suspiros tan hondos te llevas!
 Dejádme que admire
 los palacios de encajes de piedra,
 los bosques umbrosos
 y las fuentes de gratas cadencias,
 los bardales de mirto que guardan
 las marmóreas y puras albercas.

 Dejádme que evoque
 de Granada las nobles leyendas

 que visite sus típicos barrios,
 que me embriague en sus locas verbenas

que me encienda en los árabes ojos
de sus pálidas hijas trigueñas...
Cumplidas mis ansias
de cristiano, de artista y poeta...
¡dejad que por siempre
en su lecho de flores me duerma!

Patria

En un jirón de lienzo grana y oro,
que un tremendo revés ha desteñido,
mi juvenil ardor ha resumido
las cosas todas que en el mundo adoro

Trémulo de emoción lo miro y lloro,
y al verlo tan plagado y tan rendido,
en silencio mi sangre le he ofrecido
para lavar su mancha y su desdoro.

¡Oh, enseña de mi patria atormentada,
ayer tan victoriosa y tan erguida
y hoy tan rota, maltrecha y ultrajada!

¡Tú eres España y para ti es mi vida!
Y más te quiero cuanto más hollada,
y más te adoro cuanto más vencida!

Otoñal

A Paco Villaespesa

¡Alma de mi alma,
tengo mucha pena!
¡Ya conozco la triste noticia
me la han dado unas almas muy negras!

.....
Vida de mi alma,
dulce compañera
de mis ratos de franca alegría
y mis horas de horribles tristezas,
ya sé que la muerte
alevosa te ronda de cerca,
ya sé que te marchas,
ya sé que me dejas...
Ya conozco la triste noticia
me la han dado unas almas perversas.

.....
¡Adorado ensueño
de mis noches febriles e inquietas!
¡Iris de mis ansias
en el Cielo sin luz de mis penas!
¡Faro apetecido
en el mar de las largas ausencias!
Vida de mi vida,
dulce compañera,
ya sé que te marchas
¡ay! ya sé que por siempre me dejas!

.....
¡Qué oscuro está el cielo,
que plomiza y brumosa la tierra,
cuantas sombras arriba, bien mío,
no fulgura esta noche una estrella;
cuantas brumas abajo, los campos
inundados están de tristeza!
La lluvia rebota
en cristales, persianas y tejas;
canta Otoño con notas salvajes
la canción de las hojas ya secas;
al empuje brutal de los vientos
se desgredan las altas palmeras;
los troncos desnudos
del ropaje que Abril les vistiera
desolados y secos bien mío,
en los huertos se abrazan y besan;
en las torres con fríos chirridos
giran locas las locas veletas,
graznan temerosas
aves agoreras

y habla un perro con grito angustioso
de cosas siniestras!...

.....
¡Alma de mi alma
tengo mucha pena!

.....
Yo no puedo verte,
yo que por ti diera
gota a gota mi sangre, si sangre
a estas horas maldita me queda.
Ya se que en los ratos
en que loca a la vida te aferras,
ya sé que me llamas
ya sé que me esperas...
y ya se que a las veces mi nombre
con el nombre de Dios entremezclas.
Tú no sabes-me dice la gente-
con qué arranque exige tu vuelta,
con qué loco delirio te llama,
con qué firme constancia te espera
con qué amante codicia, tu imagen
en sus horas febriles estrecha...

Rimas

Ya cierra la tarde;
allá, el horizonte,
las luces refleja
del Sol que se pone.
los últimos rayos,
que brillan entonces,
dan en adiós con un beso, dorando
la cresta del monte.

Con el alma triste,
y el cerebro helado,
contemplo, alma mía
la marcha del astro;
recuerdo una tarde.
(Recuerdo y comparo,)
en que vi para mí, de tus ojos
el último rayo.

Ya cierra la tarde;
y avanza la noche,
las últimas tintas
haciendo se borren:
sombras tiene el llano
y el cenit crespones,
pero no, ya luna platea
la cresta del monte

¡Ay alma del alma!
¡La noche contemplo,
la noche espantosa
que alienta en mi pecho!
¡Las sombras perpetuas
que llevo aquí dentro!
¡ay que triste es un cielo sin luna,
qué triste y qué negro!

De pronto al oriente
se aclaran las sombras
y nuncio de dichas
se muestra la Aurora.
Las aves despiertan;
sus trinos entonan
y del sol los cristinos reflejos
las cumbres coloran.
¡Qué triste bien mío
despierta mi alma!
que triste recibe
las luces del alba!

no hay sol, es mentira,
la noche no acaba
para mi no hay más sol que tus ojos,
la luz que me falta.

¡Vencido!

En el fondo del vaso está el olvido,
pregona sin cesar tu musa fuerte,
mientras tu mano temblorosa, vierte
el vil ajeno en el cristal bruñado.

¡Beber para olvidar! ¡Estás vencido!
¿Es que tu genio singular no advierte
que en el fondo del vaso está la muerte
cual aspid entre flores escondido?

¡Lejos de ti la copa tentadora
que tu cerebro de simpar devora!
¡Que un gran dolor tu corazón contrista;
pues haz viril; que tu alma triunfadora
el fiero embate del dolor resista!

De arte

A Joaquín Costa

La bondad del Señor que a tanto llega,
dio a los pintores de mis patrios lares
la luz de un sol de vivos luminares
que aún tiempo mismo nos suspende y ciega.
Nada mi patria a sus artistas niega;
dánles sombras los montes seculares,
sus azules purísimos los mares
y sus verdes sin par la fértil vega.
Soberana del iris y las flores
da cuanto tiene en sí, luz y colores
sus gracias vivas y sus ruinas muertas...
Tú dirigiendo docto sus pinceles,
has dicho lo demás; hijo de Apeles.
¡ya son las glorias de mi patria ciertas!

APENDICE IX: FERMIN GIL DE ATNCILDEGUI

FABULAS PREMIADAS (1896)

El buitre y el águila

Un buitre viejo, tan viejo
que ya ni fuerzas tenía
para matar un vencejo,
"¡Contéplate en este espejo!"
a un águila le decía.

"Estoy tan flaco y tan mal
que no guardo ni señal
de haber sido lo que fui.
¡Llegará un día en que a ti,
te venga a ocurrir igual!

Para vivir y nutrirte,
de la fuerza y el vigor
de otros tendrás que servirte.
Y, a propósito: a pedirte
voy un pequeño favor:

Tengo en lugar apartado
un galápago encerrado
que ayer conseguí aturdir;
pero, por más que he intentado,
no lo he podido partir.

Ya que ves mi ancianidad,
vente y hazme la bondad
de matarlo. ¿Te decides?
Si lo matas y divides,
tuya será la mitad."

Haciendo un gesto expresivo
de majestad ofendida,
el águila en tono altivo
dijo:—"¿Yo quitar la vida
a ese ser inofensivo?

¿Tan ruin concepto de mi
tienes formado, insensato?
¡Por quién me has tomado, di,
para proponerme así
hacer un asesinato?

Ese que haciéndome estás
es un insulto que no
te perdonaré jamás.

¡Un asesinato yo!
Vamos... ¡no faltaba más!"

- "No era mi ánimo insultarte
-dijo el otro- ¡qué ha de ser!
Lo que acabo de contarte,
sólo es la primerra parte
de lo que pensaba hacer.

Yo conozco el paradero
de un cordero... ¡qué cordero!
¡Para ti era la mitad!
pero, no sigo, no quiero
ofender tu dignidad!"
Como el águila cediera
en su actitud, hasta aquí
arrogante y altanera,
el buitre siguió: - "Pues, sí:
¡el cordero es de primera!"

Yo ya estoy hecho un petate,
y como a ti mi deseo
te parece un disparate,
me voy a otra parte; ¡creo
que encontraré quien lo mate!"

Y al ir la espalda a volver,
el águila dijo: - ¿A ver?...
¡Ya estoy viendo que es verdad!
Es tanta tu ancianidad
que no te puedes mover.

Verte me da compasión
y me duelo de tu estrella.
Accedo a tu petición;
mas con esa condición:
la mitad...

-Cuenta con ella!
y sin más explicaciones,
fuese aquel par de bribones
por las presas indicadas,
cogidos de los alones
cual dos buenos camaradas.

No es necesario que os cuente
si fue o no fue el desayuno
de ambas aves excelente.
Lo que sí juzgo oportuno
es el consejo siguiente:

Si alguien de ponerse trata
en los cuernos de la luna

y empieza a daros la lata
con que rechazó más de una
proposición insensata,

no le elogieis en la idea
de que quien tanto gallea
es, le puro horrado, loco;
poco es posible que sea...
¡que le han ofrecido poco!

El mejor crítico

Como prueba de cultura, en yo no se qué provincia celebróse en cierto tiempo una exposición artística. Y no vieron ciertamente sus esperanzas fallidas los que de aquel pensamiento tomaron la iniciativa. Concurrieron al certamen con obras inspiradísimas de diversos territorios una multitud de artistas; y entre una porción de cuadros de procedencias distintas, expuso un pintor un lienzo que la atención atraía.

No era el autor, ni con mucho, ninguna eminencia artística, y así lo probaban otros cuadros con la misma firma; pero en éste, aunque el asunto era una cosa sencilla, estuvo inspirado... ¡y creo que basta que yo lo diga!

Coronando un cesto lleno de nardos y margaritas destacábase una rosa que era un prodigio de linda. Las demás flores del cuadro nada, o muy poco, valían; pero como la belleza siempre tuvo la exclusiva virtud de prestar a todo cuanto en torno de ella gira en efluvios invisibles parte de su esencia misma, la rosa daba al conjunto color y frescura y vida, con provecho de las otras flores sobre que se erguía.

Así, la turba profana de gente que embebecida se iba parando ante el cuadro, lo elogiaba a maravilla;

pero, realmente, ninguno
de los presentes sabía
en donde estaba el efecto
de obra en conjunto tan linda.

Medio escondido entre el corro
y ebrio de inefable dicha
estaba el autor, atento
sólo a la inconsciente crítica
que de los profanos labios
de tanto mirón partía:
Uno elogiaba el encanto
de varias hojas marchitas
de algún nardo; otro encontraba
superiores las espinas
del tronco rosáceo; quien
daba a la bien entendida
forma del grupo su voto,
y hasta hubo quien las varillas
de mimbre del cesto nallaba
de inmensos elogios dignas...
cuando, repetidamente,
entró, sin duda atraída
por las flores, una abeja
y en la corola rojiza
de la inimitable rosa
paróse provocativa,
como diciendo: "Esto vale;
todo lo demás... es filfa."

Así es que el autor, sintiendo
de rabia el alma encendida
al notar que así el encanto
del cuadro se descubría,
irguióse súbitamente
y alzando el bastón con ira
lo arrojó contra el insecto
(que al fin escapó con vida)
mas dando en el lienzo el golpe
quedó la rosa hecha trizas,
y la gente dijo a coro:
"¡Qué bruto es su señoría!"

Resulta pues, que hay autores
que, si alguna vez atinan,
en el elogio de cuatro
críticos de pacotilla
todo el soberbio edificio
de su vanidad fabrican.
Jamás la crítica entienden
caundo es atinada y fina
y siempre tienen dispuesta

una coz contra la crítica.
Bien, que esa clase de coces
sólo a quien las da lastiman,
pues son... como ciertos verbos...
es decir, ¡son reflexivas!

La cometa

Con sonoros cascabeles
pegados alrededor,
luciendo el vivo color
de caprichosos papeles,

y fuertemente sujeta
a un hilo, que retenía
un muchacho, se mecía
en el aire una cometa.

De mil flecos juguetones
luciendo doble aureola
y formando con la cola
gallardas ondulaciones,

daba en el aire señales
de ir a remontarse al cielo,
con el orgulloso vuelo
de las águilas caudales.

Soberbia y provocativa
por la altura a que se hallaba,
hasta las torres miraba
con desprecio desde arriba.

Y era, entretanto, de ver
al chico de nuestro cuento
con qué dulce arrobamiento
y qué inefable placer,

las graves ondulaciones
contemplaba de la que era
soberana verdadera
de aquellas altas regiones.

De pronto, la soledad
turbando del ancho espacio,
presentándose despacio
y lleno de majestad,

como evocado a ascender
de la alta cima de un monte,
pasó por el horizonte
un airoso mongollier.

Al verle mudo cruzar
el espacio a su albedrío,
la cometa, no sin brío,
del chico empezó a tirar.
-"Te advierto que ese me reta-
le gritó,-suelta el cordel;
verás si lo que hace aquel
puede hacerlo una cometa.

Yo como él libre he nacido,
y no sé por qué razón
se ha de limitar mi acción
a espacio tan reducido.

¡Suelta, suelta,-repetía,-
verás si lo alcanzo presto!..."
Y, claro está, todo esto
la cometa lo decía

con viradas vigorosas,
terribles de resistir,
que es como saben decir
las cometas esas cosas.

Y tanto y tanto insistió
en su temerario empeño
de ser libre, que el pequeño
propietario, ¡cómo no!

si bien lleno de ansiedad
y como nunca intranquilo,
le dijo soltando el hilo:
-"¡Hágase tu voluntad!"

Si hasta aquí todo iba bien,
fue en este instante lo bueno,
que, una vez perdido el freno
que era todo su sostén,

al verse en el aire sola
la cometa a su albedrío,
cabeceó, se hizo un lío
con los flecos y la cola,

y cayó de tal manera,
con tal precipitación,

que fue a dar contra un balcón
destrozando la vidriera.

Yo, que esto vi, certifico
que, casi rojo de ira,
(y esto parece mentira
que se le ocurriera a un chico)

sentí al muchacho exclamar,
su cometa al recoger:
-¡El caso era de esperar!
¡La libertad debe ser...
para quien la sepa honrar.

¡VIVIR PARA VER! (1898)

Prólogo

Que es el mundo una jaula de locos,
ya lo dijo una vez no se quién;
y es verdad, porque existen muy pocos
que estén del cerebro totalmente bien.

Por capricho de inquieto diablillo,
o tal vez por designio de Dios,
el que no tiene flojo un tornillo
padece hace tiempo la falta de dos.

Nadie tiene sus cinco completos,
y sin duda proceden de ahí
esas cosas, lectores discretos,
chocantes y raras que pasan aquí.

Por tal causa, en el triste planeta
donde a todos nos cupo nacer,
todo el mundo pronuncia y respeta
la célebre frase ¡Vivir para ver!

¿Quién aquí no será maniaco?...
Hay quien todo lo ve con horror,
y quien no compra nunca tabaco
teniendo el ajeno por mucho mejor.

Hay quien tiene la sucia manía
-y con esto se juzga feliz-
de pasarse gran parte del día
metiéndose a sorbos rapé en la nariz.

Hay quien quiere hacer ver que no es manco,
y con todo el posible candor
falsifica billetes de Banco,
tan bien imitados, que son un primor.

Hay quien públicos cargos anhela
para hacer venturoso al país,
y si al fin en las Cortes se cuele,
al mísero pueblo lo pone en un tris.

¡Todos tienen alguna manía!...
Hasta yo la padezco a mi vez,
y en lugar de comer arropía
o darme fricciones con sebo en la nuez,

son mis gozos, queridos lectores,
consonantes buscar con candil,
y me paso las horas mejores
lidiando con ripios, como un albañil.

Observando esos casos tan raros
y esos tipos que el mundo nos da,
me propuse en mis versos contaros
cuanto he recogido de aquí y acullá.

Y aquí están, en el libro presente.
Son extraños a más no poder,
y por eso, como es consiguiente,
titulo el volumen ¡VIVIR PARA VER!

Ahora debo decir que sería
para mi la más grata ilusión
que tras esta ejemplar sinfonía
leyérais el libro de un solo tirón;

que al mirar esta cáfila rara
de sucesos de clase especial,
os saliera el asombro a la cara
y no os pareciera su título mal.

Y que al fin con el íntimo dejo
que produce en el alma un placer,
al llegar al final del librejo
dijérais:- ¡Es cierto! ¡VIVIR PARA VER!

Programa cumplido

Fundó un periódico un día
un tal señor don Darío,
y en el programa decía
que el periódico venía
a llenar un gran vacío.

De la prensa con desdoro
hizo a mil chanchullos coro
y los defendió a granel,
y esta campaña para él
se tradujo en chorros de oro.

El que un tiempo, mal de traje
anduvo y lleno de ingleses,
viste hoy como un personaje
y hace tres o cuatro meses
que pasea en carruaje.

Hallo, pues, claro y sencillo
que se atreviera a afirmar
en el programa el muy pillo,
que iba un vacío a llenar:
el vacío era... el bolsillo!

Dos poetas

-Yo soy el poeta de aliento gigante
que imprime a sus obras artístico sello;
yo sigo la senda de Homero y del Dante,
yo aspiro a la gloria, ¡dejadme que cante!
¡yo canto lo bello!

Yo tiemblo de gozo si el aura suspira;
mi arrullo es el suave rumor de las frondas,
la gloria me alienta, lo grande me inspira;
mis ansias mitigo pulsando mi lira,
¡mis penas son hondas!

Yo sigo un sendero de acerbos dolores
de espinas sembrado; tras él imagino
que existe un palacio cubierto de flores
donde hallan su trono los grandes cantores...
¡allá me encamino!

Yo soy el poeta que, henchido de penas,
errante del mundo los páramos cruza;
yo tengo...

-No sigas: tú tienes melenas;
tú sientes nostalgias de almuerzos y cenas,
¡tú tienes...gazuza!

II

-Yo soy un poeta de hinchados mofletes
por cuatro envidiosos con saña zaherido;
yo hilvano zarzuelas en tres periquetes;
yo escribo revistas, yo arreglo juguetes;
¡yo soy aplaudido!

Por mí en los teatros se riñen batallas;
por mí se amotina la gente morena;
del éxito justo se rompen las vallas;
las tiples por horas, cubiertas de mallas,
me sacan a escena.

En largas estrofas con ripios sujetas,
los chistes ajenos copiar es mi sino.
En ciertas mansiones de plata repletas
se cobran trimestres de muchas pesetas...
¡allá me encamino!

A mí me sonríen las niñas del coro;
la prensa me adula, me mima el casero.
Yo tengo...

-Tú tienes un río de oro;
tú cobras derechos que son un tesoro;
¡tú tienes dinero!

Ya no me caso

Repito que no me caso,
por fortuna no estoy ciego,
y no he de dar ese paso
para arrepentirme luego.

Yo no niego que me gusta
Rosario, porque es muy bella,
pero es cosa que me asusta
la que he descubierto en ella;

y me encuentro satisfecho
y hasta estoy por bendecirme,
porque he descubierto el hecho
cuando aún puedo arrepentirme.

Si sé la nueva fatal
después de mi casamiento,
mi existencia conyugal
hubiera sido un tormento.

Hago mi razón patente:
imagínese el lector
que, hará un año escasamente,
tuve el especial honor

de conocer a Rosario,
una joven hechicera
que es hija de un boticario
de Jerez de la Frontera.

La muchacha me gustó
y mi mano la ofrecí;
como pudo decir no,
la chica dijo que sí,

y a contar desde aquel día
mi dicha no tuvo tasa,
pues Rosario es novia mía
y tengo entrada en la casa.

Como su porte es honrado
y la muchacha es muy bella,

yo me hallaba entusiasmado
y me iba a casar con ella.

Pero, ¡adiós, ilusión vana
de una ventura infinita!
al nacerla esta mañana
mi acostumbrada visita,

he encontrado a mi futura
y angelical compañera,
embebida en la lectura
de Gustavo el calavera.

Una chica que se afana
devorando a Paul de Kock...
no se si será cristiana,
lo que es católica, no!

Confieso que mi sorpresa
fue con exceso profunda,
al encontrarla con esa
novela que Dios confunda;

mas, como pudiera ser
que tal libro, en realidad,
se encontrara en su poder
por mera casualidad,

la hice preguntas al tanto,
y confesó sin rubor,
que constituyen su encanto
las novelas de ese autor.

No he sido dueño de mí
ante respuesta tan fiera.
y me he venido de allí
sin despedirme siquiera.

Ahora bien, lector querido,
supongamos que me caso,
que me encuentro decidido
y doy el último paso:
¿quién se atreve a garantizar
que al año del casamiento
no se le pueda ocurrir
a mi adorado tormento,

para desterrar la pena
o porque así le agradó,
el ir poniendo en escena
lo que en sus libros leyó?

De todos es conocido
que ese escritor doctrinario,
siempre reserva al marido
el papel más secundario;

y que al primo o al pariente,
por una gracia especial,
es a quien más comunmente
deja el papel principal.

Según común parecer,
una escuela es la novela,
y yo no quiero mujer
educada en esa escuela.

Mi amor a Rosario di
porque es graciosa y bonita,
pero hoy la aparta de mí
su lectura favorita,

Olvidarla me es preciso,
y a partir de este momento
queda roto el compromiso
formal de mi casamiento.

Yo no me vengo a vivir
sin una fiel compañera,
y me apresuro a advertir
a toda niña soltera,

que yo, joven elegante
y modelo de virtudes,
estoy en amor cesante
y admito solicitudes;

que para hacerla mi esposa
necesito una mujer
guapa, elegante, graciosa
y rica, si puede ser;

una, en resumen, que sea
un? mujer de mistó;
cariñosa y... ¡que no lea
novelas de Paul de Kock!

LA PAZ Y LA GUERRA (1899)

Al pie de elevada sierra
que se alza sobre la Tierra
por mirar su redondez,
encontráronse una vez
juntas la Paz y la Guerra.

Ninguna, al hallarse, esquiva
mirar de la otra la faz.
En a cual más expresiva:
la Guerra, brusca y altiva;
serena y dulce, la Paz.

Fuerte casco y férrea malla
luce, bruñidos, aquella,
donde una y otra batalla
con chispazos de metralla
grabaron honda su huella.

En arrogante apostura
yergue la curtida frente,
y apoya la mano dura
en la tosca empuñadura
de la espada reluciente.

Ramo de verde laurel
ciñe y orla su cabeza
y se deja ver tras él
la poderosa y cruel
contracción de la fiereza.

La Paz, en cambio, no usa
férrea malla; sólo suelto
y a manera de amplia blusa,
el largo ropaje acusa
del cuerpo el contorno esbelto.

Todo su ser luce el brillo
de la bondad de alto a abajo;
su aspecto es casto y sencillo,
y oprime el férreo martillo
como cetro del trabajo.

Y bajo el encantador
haz de espigas que en redor
ostenta de los cabellos,
lanzan sus ojos destellos
de mansedumbre y amor.

Al hallarse frente a frente
respirando el mismo ambiente,
porque así le plugo a Dios,
se contempla mutuamente
y así conversan las dos:

LA FAZ.- ¿Dónde te encaminas?

LA GUERRA.- ¿Lo sé yo acaso?

Sigo mi senda de espinas
con sed de trocar en ruinas
cuando se encuentre a mi paso.

El afán de destruir,
de hacer llorar y gemir
se apoderó de mi alma,
y voy errante y sin calma,
sin saber donde acudir.

En ansia de que mis ojos
miren sangrientos despojos
a mi pesar me consumo,
y anhelo ver campos rojos
y nublados por el humo.

Del cañón los estampidos
oír quiero hora tras hora,
y sueñan en mis oídos
los ayes de los heridos
como música sonora.

Y en constante combatir,
todas esas cosas juntas
constituyen mi existir.
¡Tú lo sabes, y aún preguntas
dónde voy!... ¿Dónde he de ir?

Ya lo ves: a todas partes
donde reclamen mi acción,
ya en campos, ya en baluartes,
los bélicos estandartes
y el rugido del cañón.

Donde quiera que se asombre
con mis estragos la Tierra.
Donde pronuncien mi nombre
la loca ambición del hombre
o la maldad. Soy la guerra

Y lo mismo ayer que hoy,
así he sido y así soy:
mi orgullo su afán no esconde.
Ya sabes a donde voy.

¿Y tú? ¿Dónde vas? ¡Responde!

Y así contesta la Paz
intentando contener
una lágrima tenaz,
que al fin rueda por su faz
y el suelo logra sorber:

-Por senda fácil de hollar,
pues se suaviza según
mi pie la toca al andar,
voy donde dejas de estar
o donde no has ido aún.

Fija la vista en el cielo,
hacer el bien es mi anhelo...
Tú gozas con derruir
y hacer llorar y gemir;
yo, con prodigar consuelo.

Y con afanes distintos
nos llevan nuestros instintos
buscando, a nuestro sabor
tú, campos en sangre tintos,
yo, cubiertos de verdor.

Con gusto tus ojos ven
del cañón el humo hirviente;
yo adoro el humo también,
pero es el humo del bien,
el que es, indistintamente,

del incienso, en los altares,
del sustento, en los hogares,
y en ciudades y en aldeas
el que brota por millares
de fabriles chimeneas;

El humo que como un velo
sube extendiendo su vuelo
y en espiral infinita
se remonta y llega al cielo
como plegaria bendita.

Tu música es el insano
estruendo de la pelea;
mi arrullo el cantar galano
con que el hábil artesano
ameniza su tarea.

No es el rugir del cañón
que las conciencias aplana;

es el cadencioso son
con que invita a la oración
la bendecida campana.

Es la balumba ruidosa,
fecunda, rauda y ligera
de la máquina ingeniosa
a quien da vida asombrosa
el vapor de la caldera.

Es, en fin, ese estribillo
rítmico, igual y sencillo,
que afanoso en sus quehaceres,
canta al caer el martillo
sobre el yunque en los talleres.

Tal me hizo Dios; auras suaves
de amor olean mi faz;
guardo las doradas llaves
del bienestar; soy la Paz;
y a donde voy, ya lo sabes:

Voy donde tu afán insano
los lazos de amor desliga,
a depositar el grano
de que el fecundo verano
saque la preñada espiga.

Tú al mundo entero estremeces;
yo la tierra vivifico;
yo alegre lo que entristeces;
lo que quitas doy con creces;
lo que arruinas reedifico.

Y por senda diferente
nuestro pie desciende o sube,
y vemos constantemente
flotar sobre nuestra frente
como inseparable nube,

yo, de Dios la bendición;
tú, la justa maldición
de mil madres afligidas
de cuyos hijos las vidas
segaste sin compasión.

El sello de la crueldad
perdió un punto el entrecejo
de la bélica beldad,
y exclamó con triste dejo
de honda amargura: -¡Es verdad!

¡Yo siento, como tú dices,
de esas madres infelices
la maldición sobre mí!...
¿Y tú? ¿también me maldices?—
Y la Paz le dijo—Sí.

Cuando con instintos viles
seduces pechos viriles
haciéndolos inhumanos
y fomentas entre hermanos
las tristes luchas civiles;

cuando a naciones enteras
induces a que altaneras
pierdan la razón y el freno
por un palmo de terreno
o un simple error de fronteras,

y del hombre a la ambición
das el mundo por testigo
para su eterno baldón,
te maldigo, ¡te maldigo
con todo mi corazón!

Sólo cuando vil y artero
la sangrienta espada esgrime
pérfido brazo extranjero,
y arrogante y altanero
pueblo que no es suyo oprime;

cuando con este motivo
impulsas contra el verdugo
en ademán agresivo
al pueblo en tropel esquivo
para sacudir el yugo;

y viertes la sangre a mares
y haces héroes a millares
que luchan como leones
defendiendo los blasones
de la Patria y los hogares,

y; en fin, cuando sin desmayo
haces brotar al conjuro
de tu voz un Dos de Mayo...
sólo entonces ¡te lo juro!
te es favorable mi fallo;

y mi voz tu gloria canta
y mi mano se levanta
para bendecirte augusta,
¡porque entonces eres justa,

y eres grande, y eres santa!

Así concluyó la Paz
su discurso y un momento
por su evangélica faz
cruzó un destello fugaz
de noble enardecimiento.

Y al sentir tales ideas
con tal nobleza verter,
la diosa de las peleas
no se pudo contener
y exclamó:—;Bendita seas!

Yo quisiera ser así:
siempre como has dicho ahora;
mas no depende de mí.
Sea o no justo, el frenesí
de la lucha me devora.

Somos distintas las dos
en hechura como en nombre;
ve tú de lo justo en pos,
que eres hechura de Dios;
iyo soy hechura del hombre!—

Y así diciendo, en la tierra
la fuerte rodilla hincó
la diosa que al mundo aterra...
y en esa actitud, la Guerra
la mano a la Paz besó.

Y ambas, su rumbo orientando,
de nuevo echaron a andar;
y aún siguen andando... andando...
iy sólo Dios sabe cuando
se volverán a encontrar!

APENDICE X : JOSE DE BURGOS TAMARIT

ZARANDAJAS (1899)

Rimas

I

Tenue rayo de luna
atravesó el cristal de la ventana;
con dulce claridad, su hermoso rostro
bañó en su luz, e iluminó la estancia.
De sus ojos azules desprendidas
rodaron por su tez de nieve y nácar,
como perlas de nítida blancura,
dos cristalinas, transparentes lágrimas,
que al caer en sus labios de claveles,
suspendidas en ellos, semejaban
dos gotas de rocío, sobre el cáliz
de una rosa cuajadas;
la suelta y abundosa cabellera
de hebras de oro formada,
caía, cobijando el talle esbelto,
como manto imperial sobre su espalda,
y en un punto perdido del espacio
vagaba su mirada,
apagando la luz de las estrellas
con el fulgor intenso de su llama;
de súbito su cuerpo se estremece
y con tintas de grana
tiñe el rubor sus pálidas mejillas;
como una nota vaga
lanza un suspiro rumoroso y breve
y en su faz hechicera se retrata
que es el amor el que su ser agita,
el que su pecho abrasa;
que es el primer amor, volcán que siente
nacer dentro del alma.

II

Me dices con la pena retratada
en tu semblante acongojado y triste
que el corazón te duele y que no puedes
vivir más como vives.

¡Infeliz! es que empieza tu calvario
de cansancio y angustias insufribles
y ves como un relámpago a lo lejos
el porvenir muy negro y muy horrible.

Encenagada en repugnantes vicios,

atolondrada y torpe y ciega fuiste,
labrando tu desgracia, envanecida
con r' slumbrantes oropeles ruines.

Te sedujo el placer que pasa pronto;
la lisonja falaz de algunos viles
te puso en la pendiente, al fin rodaste
y al cenagoso lodazal caiste
para ser de unos cuantos desalmados
diversión momentánea que se extingue.

Y ahora sufres y lloras; te acongojas
y quieres redimirte,
cuando el letal veneno te ha invadido,
cuando la fe y el corazón perdiste;
y te espanta tu suerte y sientes miedo
y arrepentida gimás.

Ya es tarde por desdicha; aunque te empeñes
tu regeneración es imposible;
está tan degradada tu alma impura
que ya no te redimes.

III

Radiante de hermosura y de belleza
la vi a lo lejos y sentí alegría
y ansias incomprensibles de acercarme
y cegar en la luz de sus pupilas.

Yo no sé que poder irresistible,
que mágica atracción desconocida
hace a mi corazón que sus latidos
apresure al mirarla o al sentirla.
Después, cuando el recuerdo trae al alma
tristezas y letal melancolía;
horribles horas de anhelante pena,
de torturas crueles o infinitas,
siento espanto de verla y sin embargo,
por verla sin cesar diera mi vida

IV

Tierna, inocente, candorosa, pura,
así la imaginé,
y como a Dios se adora, con el alma
entera, la adoré.

Me hirió a traición la ingrata y esa herida
siempre abierta está.
Las heridas del cuerpo cicatrizan,
las del alma jamás.

V

¡Qué triste y amarga
cruel pena siento
cuando al fondo del alma no llega
la luz de tus ojos hermosos y negros
ni tus labios de grana dibujan
sonrisas de dulce divino embeleso!

Mas si en éxtasis, mudo y absorto
tu angélico rostro celestial contemplo
y tu dulce mirada destella
sus mágicas luces que abrasan mi pecho,
adorándote loco, imagino
que en ti miro al cielo,
y que en él, a tu lado, bien mío,
el alma, de amores rendida, te entrego.

VI

Quise mirarla y no pude;
al suelo incliné la frente
y sentí dentro del pecho
congoja y dolor y fiebre;
algo horrible, comparable
sólo con ansias de muerte.

Ella serena, tranquila,
fría, muda, indiferente;
sonriendo con descaros
de infame impudicia aleve.

Yo, la pasión desbordada
como el volcán que se enciende.

Ella, la maldao cubierta
con envolturas de nieve;
y siendo ella vil, yo honrado,
ella traidora, yo débil,
anonadado e inmóvil,
confuso, atónito, inerme,
quedé como si yo fuera
en vez de ella, el delincuente.

XXI

Absorto de admirar tanta hermosura,
la pude contemplar mientras dormía;
quién sabe, yo pensaba, si en el fondo
de su alma pura existiría la dicha;
si latía su corazón a impulsos
de la pasión en que su ser agita;

pero al través de sus pestañas negras,
destellaba la luz de sus pupilas,
un torrente de amor voluptuoso
y un mundo al mismo tiempo de poesía.

Poesías

La feria de Almería

Cielo azul y esplendoroso;
mar tranquilo en dulce calma;
brisas que el ambiente olean
y perfuman y embalsaman.

La alegría y el bullicio,
el placer y la algazara;
un sol derrochando luz,
y la arboleda compacta,
formando bóveda inmensa
de hojas verdes y rizadas.

Dos largas filas de tiendas
donde el feriante se instala;
pabellones primorosos
que por doquier se levantan,
decorados con tapices,
flores, pinturas y gasa;
carteles que anuncian fiestas
en sus vistosos programas;
cohetes a todas horas;
músicas que al aire lanzan
notas brillantes y alegres
de pasa-calles y marchas;
pitos, tambores, trompetas,
panderetas y guitarras;
gritos de placer que suenan
como armonías lejanas;
vendedores que pregonan
el rico turrón a cata;
banderolas, gallardetes,
arcos de triunfo a la entrada,
y en este animado marco
de luz y de vida tanta,
las mujeres andaluzas,
las almerienses gallardas,
de arrobadora belleza
arrogante y soberana,
con sus rostros celestiales
y sus encantos sin tasa
dando realce y relieve
a la feria, fiesta clásica
en que todo se transforma
y se convierte y se cambia.

Su aburrimiento y su tedio
sacude con arrogancia
la ciudad que poco antes
perezosa dormitaba,
y sus tristezas olvida
y sus pesares acalla.

Animase placentera,
viste sus mejores galas
y cortésmente recibe
la visita, siempre grata,
de sus hermanos queridos
de Guadix y de Granada:
las hermosísimas hijas
de esas ciudades hermanas,
lucen también los encantos
de sus infinitas gracias,
y en el real de la feria
se confunden y entrelazan
como en ameno pensil
las flores más delicadas.

En pabellones artísticos
del "Casino" y "La Montaña"
la juventud expansiva
pasea, discurre y baila,
y allá, por el boulevard,
en inmensas oleadas
bulle la gente gozosa
por sus avenidas amplias
apagando con sus voces
y sus murmullos, las lánguidas
notas del wals que preludian
los sextetos y la banda.

Millares de luces brillan
sobre las férreas arcadas
iluminando este cuadro
de belleza extraordinaria
y de fantástico aspecto,
que convierte las veladas
de la feria de Almería
en edén de ilusión mágica

Con vertiginoso afán
corre la gente a la plaza
para presenciar la brega
de los toreros de fama,
y se llenan los tendidos
las delanteras, las gradas,
y allá en los palcos descuellan
las mujeres más barbianas

como estrellas fulgurantes
lujosamente ataviadas,
con mantillas de madroños
y ricas telas y alhajas
formando maravillosa
y peregrina guirnalda,
que más parece de flores
que de femeninas caras.

Ya es el castillo de fuegos
que simula una batalla
y que del mar a la orilla
al encender sus bengalas,
sobre las azules ondas
caen, y caen pausadas
como lluvia de colores,
de suspiros y de lágrimas.

Van por los aires volando
en mil figuras extrañas
los caprichosos fantoches
que a los chicos entusiasman.

A vela y remo realizan
los marinos sus regatas,
y dejando blanca estela
de espuma, en carrera rauda
las embarcaciones llegan
a la meta deseada.

Corren por el Malecón
los ciclistas en su máquinas
flexibles y vigorosas
como flechas disparadas,
y los premios valiosos
los campeones alcanzan.

En el circo el carrusel
y las carreras gallardas,
en las que apuestos mancehos
con regocijadas ansias,
caballistas y ciclistas,
cogen las cintas bordadas
por manos de nieve y rosas,
de azucenas y de néctar.

El Círculo Literario
da muestra elocuente y alta
de su cultura y buen gusto
y las fiestas abrillanta
con exposiciones bellas,
certámenes y veladas,

y a sus salones afluye
 concurrencia extraordinaria
 para admirar y aplaudir
 deleitándose, las varias
 cultas manifestaciones
 de las artes congregadas.

La excelsa Reina del cielo,
 la Patrona venerada,
 la Virgen del Mar, bendice
 al pueblo que la idolatra
 y en solemne procesión
 va por carrera alfombrada
 con flores cuyos perfumes
 se mezclan con las plegarias
 de mil piadosos devotos
 que llenos de fe la aclaman.

Todo es luz, todo es placer,
 todo alegría, todo canto
 y retratan los semblantes
 la placidez de las almas.

.....

Veloz el tiempo transcurre,
 ligera la dicha pasa
 como fugaz metecro
 que fascina y arrebató
 y un punto en suspenso deja
 nuestra aturdir mirada;
 así la feria concluye;
 así la feria se acaba;
 cesan ruidos y algazaras;
 a sus hogares regresan
 los forasteros; la calma
 vuelve al espíritu, y todo
 de nuevo torna a su lánguida
 y letal monotonía
 y a sus profundas nostalgias.

Las músicas ya no suenan;
 dispersa la gente escapa;
 los feriantes abandonan
 las casetas, que en su larga
 formación semejan huecos
 y cavidades que espantan;
 triste queda el boulevard,
 mustia y triste la enramada
 con sus árboles gigantes
 de hojas verdes y rizadas...

Y al dar el postrer adiós

la feria, en la mente causa
el efecto prodigioso
de un gran foco de luz clara
que, de pronto, a un formidable
soplo del viento se apaga.

Oriental

Sultana, la más hermosa
de los sueños del Profeta,
la de los labios bermejos
y cintura de palmera;
hurílla de negros ojos,
la de los dientes de perlas,
de garganta alabastrina
y sedosa cabellera;
la de mejillas de rosa,
la de frente de azucena,
la de nacarado cuello,
la de aliento de violeta.
Sultana, por mis amores
calma esta ansiedad inmensa
y dame de tus sonrisas
la más cariñosa y tierna;
que si tú mi voz no escuchas
y mis súplicas desprecias
y a mis ruegos no respondes
ni te apiadas de mi pena,
ante los muros sombríos
de tu palacio mudejar,
donde crecen los jazmines,
el arrayán y la hiedra,
donde los pájaros vienen
a cantar dulces endechas
para copiar de tu acento
las melodías más tiernas,
con el puñal damasquino
que de mi cintura cuelga
habré de darme la muerte,
pues que a muerte me condenas
si no amarme cual te amo
con la fe más pura y ciega
que amarse puede a una hurí
soñada por el profeta.

Cantares

Como se mira la estatua
que es de mármol duro y frío,
pero hermosa, muy hermosa,
así nada más te miro.

Perseguí un imposible:
que fueras buena, después
de lo mala que antes fuiste.

Aparta de mí tus ojos
y aparta tu pensamiento,
déjame sufrir a solas
y lejos de ti, muy lejos.

Dejadla, pues que se empeña,
que el huracán se la lleve;
esas son naves que nadie
llega a saber donde mueren.

No me preguntéis por qué
me río en vez de estar triste;
cuanto mayor es la pena
para ahondarla más, se ríe.

Torpe de mí que juzgué
que eran verdad tus promesas
¡Qué caro pagar me has hecho
tu traición y mi torpeza!

Se que es cruel, se que es fría
y se que no tiene entrañas;
se que de todo es capaz,
/ la quiero y me da lástima.

Ya ves si serás hermosa
y si por hermosa vales,
que a los cielos las estrellas
se asoman para mirarte.

Encadenado a ti vivo
y no hay en el mundo fuerzas
que rompan ni un eslabón
de nuestras dulces cadenas.

Lloraste un día en el mar;
el mar recogió tus lágrimas
y avaro las encerró

en sus conchas nacaradas.

Poesías festivas

La moda... elegante

¿Han visto ustedes, señoras,
qué modas tan seductoras,
de tan rara novedad
y de tanta variedad
van saliendo a todas horas?

Cosa es por demás sabida,
que la moda es una diosa
caprichosa y presumida,
que tiraniza la vida
así, como si tal cosa.

Doquiera su imperio fue
por todo el mundo acatado;
y no se me diga que
no es esto verdad, pues sé
que es eterno su reinado.

¿Qué es el verde o el salmón
el color predominante?
pues no hay duda en la elección:
se elige sin discusión
salmón o verde al instante.

¿Qué el sombrero es de plumero
y en forma de violetero?
pues esa es la forma ya
y, pegue o no pegue, está
admitido así el sombrero.

¿Qué el peinado ha variado
porque ya se ha suprimido
que vaya muy levantado
y hay que llevarlo caído?
pues ¡hala! abajo el peinado.

Y así como antiguamente
era toda la ilusión
llevar extremadamente
marcada y visiblemente
elevado el polisión,

Ahora es de ver la graciosa

moda nueva y caprichosa
que un gran éxito ha tenido,
de recoger el vestido
plegando su forma airosa,

Con tal arte, tal maestría,
con tal gracia y picardía,
que se lucen naturales
contornos esculturales
con mucha coquetería.

Y aunque es un poco molesto
ir siempre así, por supuesto,
con la mano por detrás
guardando e' mismo compás,
resulta elegante esto.

Van las señoras, en fin,
al último figurín;
y aunque así se sacrifiquen,
¿no vale nada el postín
y eso de que no critiquen?

¡Oh! la moda, aquí está toda
encerrada la cuestión:
si acomoda o no acomoda,
no importa, el ir a la moda
es la gran preocupación.

La Montaña

¿Qué es La Montaña? Un gigante;
un coloso sin rival,
la sociedad más pujante
más chic y más importante
que existe en la capital.

Sus fiestas llevan el sello
de lo espléndido y lo bello,
del buen gusto y la alegría,
y hay que convenir en ello:
dan siempre tono a Almería.

Quince años há que nació
y gallardas ruelas dio
de que puebe y de que vale;
no hay montaña que le iguale;
¿que por qué? ¡Pues porque no!

Sus ovilladas famosas,
sus carreras y veladas
son siempre tan deliciosas,
porque allí están congregadas
las mujeres más hermosas.

Tiene La Montaña un don
que es su más alto blasón
y el gran mérito que encierra;
y es que montañeses son
las beldades de esta tierra.

Diálogos

Modus vivendi

-Pues prencipia a contar.

-Pues ya prencipio y lo vas a saber, porque es mi gusto que aprendas a tratar con la finura que es natural y propia.

-Ya te escucho.

-Pues ná, lo que sucede en estos casos a cualquiera persona que en lo justo y prático se pone; que ella misma fue, dicho con verdad, quien lo propuso. Dormía yo en un cuarto acompañado de Sebastián el Pelma y Pedro el Zurdo, y andábamos los tres algunas veces a patás y a trompazos, por el uno se había o no guardado sin saberlo algo que no debía de ser suyo.

-Eso sucede siempre que los hombres tienen u diznidaz, u lacha, u mundo.

-Una vez me faltó la camiseta y un par de calcetines algo sucios, que dejé junto al catre una mañana que salí muy deprisa pa un asunto, y al rato, que volví, ya eché de menos las prendas antedichas de mi uso, y se armó la cuestión porque ya sabes que en faltándome a mí yo soy muy bruto. Me negaron con mucha desvergüenza que ellos hubieran sido los del hurto, y si no es por la Rubia, esa señora que habita el principal y tié esos humos que parece menistra u generala con viudedaz en caso, me figuro que van al cementerio esos amigos porque a los dos los dejó allí difuntos.

-Perdona una palabra.

-La perdono.

-Digo con franquedaz, que es extraño mucho que viviendo tú y ellos como hermanos armárais esa broncas u disgustos, porque yo, es un decir, si a mano viene me pongo el pantalón del Aceituno y él se lleva si quiere mi chaqueta y hasta que me la trae, con desimulo me estoy yo paseando por el patio tan fresco y tan jovial.

-Yo no discuto

ni me importan los aztos generosos de préstamos y cambics u chanchullos, de acuerdo con las partes, pero el caso es que me dijo ella: mira Rufo, tú no debes seguir de esa manera expuesto a ir al presidio de seguro, si un día de pendencia u de jarana a ti te toca dar un golpe a alguno.

-¿Y qué es lo que tú quieres? yo le dije; y ella me contesto: "no seas estúpido y vente a casa, porque aquí en familia, viviremos mejor", y lo hice al punto.
-Y ahora ¿cómo te va?

-Pues mira chico, sin que me vaya mal, porque yo fumo, y como y bebo regular, no ostante no tengo libertaz como el Tiburcio y el Rana y el Pelao que se gastan las perras sin sentir, y yo me atufó porque en dos u tres veces no he podido lucirme como sabes que me luzgo cuando puedo tirar dos u tres reales y me pongo a osequiar; por eso sufro y te lo cuento a ti.

-Mejor sería cuasi que fueras a contarlo al Nuncio; porque tó lo que ganas ¿pa qué sirve?
-Tó lo que gano yo, que son tres duros en cada siete días, si trabajo, los gasta Nicaroná.

-No seas burro y no se lo consientas tan siquiera, porque eso es ya ser tonto y ser otuso. Si ella con los chalecos gana poco, que se arregle y que gaste de lo suyo.
-Hombre, es que pa arreglarse necesita por causa del postín y del orgullo, de polvos y de peinas y de orquillas y otras cosas también, y me presumo que eso debo pagarlo yo que exijo que se cuide el semblante y...

-Mira Rufo; yo a la Pata la estimo tal cualmente, como tú a Nicaroná, u más, lo juro: pero si a mí me dice cualquier día, porque le de la gana u el barrunto, que le pague los polvos, u otro ojezto respetive a su físico u sus gustos, que le doy dos patas en cualquier parte y no me vuelve a ver, y la del humo.

Entusiasmos artísticos

-¿Pero es que entodavía tú no sabes quién es ese Gaspar?

-No

-Pues me extraña, porque es el tocaor más conocio y de más lucimiento y cercunstancias que sabe manejar el istrumento.

-¿Y qué istrumento es ese?

-La guitarra

-No conosco al sujeto.

-Pues no sabes

lo que es arte mayor, ni sabes nada de estilo y de verdaz y de soltura, de circunvalación y de elegancia; y cuando yo lo digo, me parece que debe ser porque me da la gana u porque entiendo mucho de esas cosas y sé lo que me casco.

-Claro, Charpa.

-No tiés tú más que ver, que hace muy poco que ese genio iznorao se pasaba la vida sin sentir metío siempre en las reuniones propias de las casas más u menos del caso, en que se goza como sabe gozar la gente guapa con cualesquier barbián que llega y puede dar un rato de gusto y de algazara, y se dio a conocer de esa manera, luciendo sus primores y sus gracias y trastornando el sexo a más de cuatro señoras distinguidas que se chalan en cuanto que les tocan cualquier cosa con cierto sentimiento y tal.

-Acaba

por decir que el gachó vale y presume y que toca mejor que el señor Arcas, aquel que conocí cuando yo era un joven de istrucción cuasi primaria.

-No, que toca mejor, y vas a verlo y yo te hago una apuesta de importancia, bien sea de aguardiente pa entre ambos u cafeses más bien, a que te pasmas en cuanto que él se ponga y ejecute algo que tu le pidas.

-¿SI?

-Palabra.

-Pero ¿? si gano yo, porque no es tanto

¿u porque no resulta así?

-Hombre, calla,
que ya verás lo bueno y lo sublime
y lo divino y lo inmortal.

-Pues basta,
y cuando quieras te acompaño y oigo
al mago rey Gaspar.

Verás tú gracia
y majestaz y sentimiento juntos
y manos superiores y templanza.
Cuanto yo ahora te explique me se anioja
descolorío pa que tú te hagas
una idea ná más de lo que vale
el héroe de toda esta comarca.
¿Y cuando al mismo tiempo que se toca
llega el caso también de que se canta?
Entonces enmudecen los canarios
y empiezan a dar saltos en la jaula,
y se atonta el sentío del oyente.
Yo le escuché una vez cantar de guagua
delante de un concurso de señoras
de buenas formas todas y sensatas
y que son, pa que entiendas, lo más fino
que he conocío yo, porque se trata
ná menos que de Amalia la ofendía,
Socorro la emigrá, Lola la alta,
Aurelia la del medio piso y otras,
incluso la señora de la casa,
que es amante de todos... los estilos
de cante y por la música se mata:
pues te puedo decir que se salieron
de madre todas, que le hicieron palmas
y le echaron ruiébros y piropos
y aquello fue el disloque y la guayaba;
pues tiene ese Gaspar un sentimiento...
-¡Pobrecillo!

-¿Por qué?

-¡Que algo le pasa!
-No seas tan animal y usa si puedes
talento u discreción pa interpretarlas
y distinguir las frases que se dicen
vulgo con sencillez, verbi la gracia;
es que cuando el gachó canta un noturno,
un valse u habanera y se acompaña
y escupe al prencipiar dos u tres veces
y se cierra los ojos y se alza
la cabeza hacia atrás y da la nota
de pecho, u si quiere de garganta,
parece meramente que te quedas
asorto y te se cae hasta la baba
y no pues respirar, ni estar sentao,
ni sabes donde estás y te embarracas,

si a mano viene, y si te coge cerca
lo besas sin querer hasta en la barba.

-No hables más del Gaspar, que me enternezco
y de verlo tocar ya tengo ganas.

-Esta noche sin farta en el Apolo,
que allí es donde el Gaspar tié resonancia;
y si cuando te toque lo que sea
y te cante una copla bien cantada,
no te quedas tú alónito u chalao
ni le tiras la gorra y te desmayas,
yo pago los cafeses y las copas
y me das dos tortazos en la cara.